

ANTONIO DE PÁCEMVIS



En los bancales del sur
(Roco, el pastor)

de

En los bancales del sur es una novela de Antonio de Pácemvis, seudónimo de Don Antonio Pozuelos Jiménez de Cisneros, prestigioso etólogo español.

Aunque escrita por el autor, es una autobiografía del más querido de sus perros, Roco. Así, el cachorro narra en primera persona, todas sus vivencias desde que nace hasta que se hace adulto en el seno y territorio de una familia humana.

De esta forma, un cachorro de Pastor alemán nos ofrece una visión muy peculiar de nuestro mundo, mientras él se convierte en Perro.

Ilustrado a mano y con dibujos originales del Licenciado en Bellas Artes Antonio Pablo Pozuelos Linares.



Antonio de Pácmvis

En los bancales del sur

(Roco, el pastor).

ePUB r1.0

TaliZorah 21.05.13

Título original: *En los bancales del sur*

Antonio de Pácmvis, 2002

Ilustraciones: Antonio Pablo Pozuelos Linares

Diseño de portada: TaliZorah

Ilustración de portada: Loukya ([deviantArt del ilustrador](#))

Editor digital: TaliZorah

ePub base r1.0



A todas las asociaciones cinófilas que velan porque el perro, de raza o no, ocupe sin voluptuosidades el lugar que le corresponde al lado del Hombre. A los hijos de los amantes de los animales y en especial, a mi manada... La Manada del Valle.

GRANADA, VERANO DE 1999



PRÓLOGO DEL AUTOR

Cuando escribí este pequeño cuento no pasó por mi cabeza la idea de publicarlo. Lo hice como homenaje a los perros con los que convivo, o mejor, como canto a todas las criaturas que Dios puso en el Mundo para que acompañaran al Hombre en su andadura vital.

Mi último Pastor alemán me fue regalado en un momento de mi vida en el que tuve tiempo de observar, con ojos de cinófilo, la «inteligencia» de mi perro. En clara evidencia, la Filogenia de vuestros perros es exactamente igual que la de mi buen Roco, y ese motivo fue uno de los que me impulsó a darle luz a este libro. Mis familiares y amigos leyeron con agrado las andanzas del travieso cachorro y aún, algún niño se identificó con él... ¿Qué necesitaba más?

Cuando estudiaba Comportamiento Animal en el Departamento de Ciencias Morfológicas de la Facultad de Medicina, hubo una profesora, la Doctora Anne McBride de la Universidad de Southampton, que me convenció de que no solamente entendía a los perros sino que, además, conocía su idioma. De hecho, las «conversaciones» que mantuvo con los simpáticos canes objeto de estudio, fueron mucho más fluidas que las nuestras entorpecidas por algo tan vano como la diferencia idiomática.

Esto me llevó a afirmarme en lo que siempre he sospechado. ¡Mi perro me «entiende»! Y así concebí este cuento para niños o para aquellos adultos que opinan, como yo, que aparte del concepto etológico del pensamiento animal por asociación de ideas, nuestros amigos desarrollan algo más; algo que mis perros me ofrecen a diario: amistad y lealtad.

Antonio de Pácmvis

CAPÍTULO I

He venido al mundo en un caluroso día de un mes que los Hombres llaman Julio. El mundo, creo, pertenece a los Humanos o, por lo menos, eso creen ellos.

Mi primer recuerdo es el de mi madre Anouska. He abierto los ojos sintiendo, pegado a su teta, que he aterrizado en un planeta con unas leyes naturales duras. Mis hermanos comienzan a darme las primeras lecciones de supervivencia al no dejarme acercar, cuando yo quiero, a las mamas de mi madre quien, por otro lado, me mimaba en el aspecto alimentario, dándome ración extra cuando mis lamentos la conmueven.

Me ha dicho Anouska que yo soy el más revoltoso e intranquilo de la camada y un fiel reflejo de Arthur, mi padre. Que nosotros somos, nada más y nada menos, que *Deutscher Schäferhund*; los mejores y más apreciados perros que un ingeniero genético alemán llamado von Stephanitz logró crear para acompañar en su andadura a la Especie Humana. Yo debo, por tanto, crecer con la educación, altivez y soberbia que mis padres y los Humanos esperan de mí; de un auténtico Pastor alemán.

Mientras dormito arrullado por los latidos del corazón de mi madre, me asaltan inquietudes y temores respecto al futuro que me aguarda en un hábitat aún desconocido para mí. ¿Soy yo acaso heredero de la inteligencia y virtudes de los mejores de la Especie Canina?... ¿Los que no se llamen como yo no tienen iguales obligaciones y derechos impuestos por el Gran Alguien?

¡Qué complicado para mí que sólo soy capaz de arrebatar la teta que alimenta a mi hermana pequeña!

Los días pasan entre siestas, lametones de mi madre y constantes envites a sus inflamadas mamas, hasta que... ¡Me he puesto en pie! Tengo cuatro cortas columnas que me sujetan y una extremidad que mi madre llama «rabo» y que sirve para moverlo e indicar a los Humanos que estoy contento. Aparte de ese adminículo, mi madre dice que tengo un agujero que luego se llenará de dientes para comer y defenderme de otros animales y, por supuesto, defender a los Humanos. Pero... ¿Quiénes son los Humanos? ¿Acaso el Gran Alguien los ha creado tan listos que entienden mis movimientos de rabo y tan frágiles que necesitan de mis dientes para sobrevivir? Qué extraño es todo esto y, sobre todo, que tontos sospecho que son los Humanos. Tendré que estudiarlos más detenidamente, pero antes hay que probar las cuatro columnas, el rabo y la boca.

Ahora entiendo para qué sirven gran parte de mis órganos y cosas extrañas de mi cuerpo; lo he visto reflejado nada menos que en mi Padre. Ha venido al territorio de Anouska el gran Arthur acompañado de un Humano que lo lleva atado por el cuello y a su lado.

Mi padre nos ha reconocido uno a uno, nos ha olfateado con detenimiento, ha lamido el hocico de mamá y cuando el Humano se ha ido, ha tenido una conversación con ella a la cual no he podido asistir porque Anouska nos ha explicado que mi padre no permite a los cachorros que lo interrumpen cuando habla.

¡Qué impresionante es mi padre! Dice mi madre que, cuando yo crezca, seré como él.

Es más claro que yo. Su boca más larga y armada que la mía. El rabo le cuelga entre las patas, peludo y en forma de cimitarra. Sus orejas están siempre levantadas. Su voz es profunda y desagradable a mis oídos. Se parece a mamá pero huele distinto y sobre todo, es muy grande y me da miedo.

Ha estado en el territorio toda la mañana y al final, ha dejado que nos acerquemos a él y le mordamos en la cola y en sus patas mientras dormitaba al lado de Anouska. Luego nos ha contado que venía de un territorio lejano donde había muchos perros de nuestro nombre y sobre todo, muchos humanos. Dice que ha competido con los nuestros y le han otorgado un título que se llama «Campeón». Su Jefe está muy contento con él y le dará muchos días libres de trabajo. ¿En qué trabajará mi padre con los humanos?

Poco a poco le voy perdiendo el miedo y ya le muerdo en los belfos igual que a mi madre, aunque con ella me siento más tranquilo y seguro.

Cuando mi padre se ha marchado del Territorio, nos hemos echado al lado de Anouska mientras nos cuenta historias de nuestros abuelos Farhu y Flora.

Me ha dicho mi madre que Arthur está orgulloso de mi estampa y carácter. Con esta agradable sensación de Perro me he acurrucado y dormido plácidamente entre las patas de Anouska.

Hoy he cumplido 40 días de edad. ¡Cuántas cosas importantes me han ocurrido! En primer lugar el Humano Jefe de mamá me ha traído al Territorio algo raro para que coma. Mi madre me lo ha hecho probar y es un asco. Son una especie de bolillas que me recuerdan a las deposiciones de otra especie animal que los Humanos llaman «Cabra». Indiscutiblemente está más rica la leche de mamá, pero Anouska me ha hecho ver que de aquí en adelante, no tendré más remedio que acostumbrarme a su ingestión por varias razones. La primera es que a ella se le acaba la leche porque así lo ha dispuesto El Gran Alguien. La segunda es que tengo que fortalecer mis mandíbulas y dientes y, la última, es porque esas apestosas pelotillas están hechas por los Humanos especialmente para nosotros y, según mamá, ellos son muy listos comparados con los perros, y a pesar de que yo los crea tontos, Anouska tiene mucha confianza en ellos. Dice que son hijos del Gran Alguien igual que yo de Arthur y que si yo soy tan guapo y fuerte como él, los Humanos son casi tan buenos y sabios como su Padre. No termino de creerlo, pero mamá sabe lo que dice y yo me he tragado sin rechistar esas bolillas malolientes. De todas formas me ha regalado el estómago con un trago de tibia leche.

Mi segundo acontecimiento ha sido un desagradable y doloroso pinchazo que me ha propinado el Jefe de mamá.

He llorado como un loco hasta que Anouska, me ha lamido y arrullado a la vez que me ha contado que esos pinchazos que nos han dado a toda la camada, nos previenen de las enfermedades propias de los perros de nuestro nombre. ¡Encima tendré que agradecer a los Humanos que me hagan daño y aguantar estoicamente todo lo que ellos inventen para mí!

Mamá me dice que ella tiene fe ciega en su Humano Jefe y que él es algo así como El Gran Alguien, que estaría dispuesta a morir por él y que no entiende otra forma de vida que la que

comparten juntos. ¡Qué buena Perra es mi madre y qué estúpido soy yo que no entiendo nada! Espero que algún día un Jefe Humano me enseñe a ser tan feliz como lo es Anouska.

El último acontecimiento ha sido el más doloroso. Me he enterado de que me van a separar de mi madre y mis hermanos porque un Jefe Humano quiere que yo vaya a su territorio y está dispuesto a aceptarme en su manada.

Anouska me lo ha contado, mientras comía, con su voz tierna y cariñosa. Me ha dicho que el Jefe que me quiere ha dado a cambio un montón de cosas que a él le dan por su trabajo y que llaman «dinero». Que eso sólo lo dan por Perros tan buenos como yo y que ella está orgullosa de que lo ofrezcan por mí.

Yo sé que mamá está triste por mi próximo abandono del territorio y pienso que si fuese un perro no tan bueno, quizá el Humano no me sacaría de él. Con estos sombríos pensamientos me dormí esta noche no sin antes propinar un buen mordisco a mi hermano para demostrarle mi mal humor y mi envidia. El seguirá con Anouska y a mí me llevarán donde sólo el Humano y El Gran Alguien saben.

Al amanecer hoy, mi madre me ha dicho que esta noche vendrán a buscarme dos humanos que me llevarán a donde está el Jefe que será mi amo. Me ha lamido el cuerpo y, mientras yo me rascaba con delectación, me ha dado consejos y orientación sobre la conducta de los Jefes.

—Hay Humanos a los que no les gustan los perros. Suelen coincidir con aquellos que tampoco disfrutan con sus propios cachorros; ¡aléjate de ellos!, no son buenos para ti.

—Mamá, ¿cómo sabré distinguirlos?

—Es fácil, nosotros los perros de cualquier nombre tenemos un instinto que un día perdieron los Humanos.

Ellos, como nosotros, podían detectar la emanación magnética que indica su personalidad e incluso, su estado de ánimo.

Los perros, por voluntad del Gran Alguien, seguimos adivinando la predisposición de cualquier animal, incluidos los Humanos. Ellos creen que huelen a miedo o a alegría pero es falso, huelen siempre igual.

He comprendido que los Humanos son muy fáciles para cualquier perro aunque mi madre sospecha que entre ellos no se entienden bien, y lo que es peor, ¡no respetan sus territorios!

Han venido por mí dos humanos, macho y hembra. Me han revisado con ojos críticos, han visto mi boca y han demostrado instinto de satisfacción.

¿Por qué miran mi boca? Seguro que ellos la tienen peor que yo. Debe ser porque no comen las pelotillas que me da Anouska.

A continuación me han introducido en un artefacto ruidoso y maloliente que se movía rápido y, cuando he salido, estaba en un territorio extraño rodeado de árboles y espacios abiertos. ¡El Territorio de la Manada! ¡Mi Territorio!

Un lastimoso quejido, mezcla de añoranza y miedo, ha salido de mis fauces.

—¡Mamá, Anouska, te echo de menos!

La primera impresión no ha sido mala. El Jefe y su hembra no están en el cubil. Me han recibido dos grandes cachorros humanos mientras el aparato que echa humo ha partido con mis portadores.

El Gran Cachorro me observa con mirada rara detrás de algo que cubre sus ojos que, por lo que entiendo, debe llevar puesto para evitar que otro como él pueda herirle en sus juegos.

La Hembra Joven me ha levantado y, mientras restriega su hocico contra el mío, hace unos ruidos extraños y totalmente desconocidos para mí. ¿Querrá mordirme? No lo creo lógico porque su actitud es muy buena hacia mí. Supongo que debe ser una costumbre humana. Le he dado sendos lametones para que entienda que yo tampoco le rechazo. Adivino que cada Especie se demuestra afecto según la forma que el Gran Alguien le marca.

El Gran Cachorro me impresiona seriamente por su tamaño, voz ronca y grandes garras. No obstante, su actitud también es buena hacia mí. Quiere jugar conmigo, a su modo, y yo estoy dispuesto... ¡Claro que al mío! Le he propinado un par de mordiscos en los belfos y no parece habérselo tomado a mal. Resiste más que mis débiles hermanos.

El Territorio no es mío. Hay una hembra más vieja que Anouska en él. Es de otro nombre distinto, más baja que mi madre y con peor genio que ella. Se me ha acercado y me ha preguntado después de olfatearme, quién era y qué hacía allí:

—No sé, me han traído a esta Manada, ¿me vas a echar del Territorio? Soy hijo de Arthur y Anouska y tengo buen nombre.

—De momento, no. En la Manada me llaman Kika pero no conozco mi nombre porque no conocí a mis padres ni hermanos. Pórtate como te enseñó Anouska y yo haré todo lo demás. Soy vieja, tengo fuerza y cuido de la Manada, pero ¡no me has dicho cómo te llamas!

—Creo, Kika, que eso lo hacen los Humanos.

—Así es, pero un perro como tú debería tener apodo. De todas formas, queda poco para que vengan los Amos. Ellos te nombrarán y te enseñarán a acudir cuando te llamen.

Kika me ha enseñado un truco que consiste en levantar las manos y quedarse sobre las patas. Dice que a los Humanos les satisface y le dan comida. Qué raro ¿no? De todas formas no puedo hacerlo porque me caigo sobre el rabo. Soy un Pastor alemán... ¡Pero muy pequeño!

En un momento Kika me ha informado de los seres que habitan el Territorio. Vivimos en el campo y la Manada se compone del Jefe, la Hembra Madre y los Cachorros que ya conozco. Nos acompañan dos canarios, dos tortugas, y un montón de roedores cuyo nombre nunca aprenderé.

Y por fin el momento esperado; un artefacto ruidoso para delante del Territorio y descienden mis Amos.

La Hembra Madre es del tamaño de la Cachorra pero emana más bondad y seguridad que ella. Debe ser la Dominante porque los Cachorros Humanos restriegan su hocico con su cara y cambian de actitud. Huele muy fuerte a algo desagradable que lleva en la mano y que echa humo. Además, su cuerpo desprende un fuerte olor que el Gran Alguien no ha puesto en mis pobres esquemas mentales. ¡Es posible que trate así de atraer a su macho!

Me coge en brazos y repite la operación de restregón de la Cachorra. ¡Ya sé qué es! Quiere quitarme de la cabeza esos pequeños bichos que me pican y yo voy a hacer lo mismo limpiándole los belfos con mi lengua. Le ha gustado porque inmediatamente su actitud se vuelve alegre.

Me pongo a jugar con ella mientras entra en el Territorio el Jefe de la Manada. Me da un poco de miedo su primera reacción. Se dirige hacia mí, me coge del belfo y me observa detenidamente. Al cabo de un momento emite unos ruidos como los nuestros pero en su idioma, luego me da unas palmadas en la cabeza y se marcha a su madriguera con la Hembra Madre.

Kika me mira y con voz tranquila dice:

—Te ha aceptado el Jefe y la Hembra también. Están contentos de tu nombre y ya tienes sitio en el Territorio. Tu apodo es Roco y ya te enseñarán a ir a su lado cuando hagan ese ruido.

Soy Roco, hijo de Arthur y Anouska, nieto de Farhu y Flora y pertenezco a la Gran Manada. Si mamá estuviese aquí me lamería complacida y mi padre levantaría orgulloso su cabeza llamándome por el apodo humano.

CAPÍTULO II

Todo el atardecer lo he pasado observando al Jefe. Es un Humano más grande que el resto de la Manada. También echa humo por la boca. Su olor es menos fuerte que el de la Hembra y su voz más ronca que la del Gran Cachorro. Me halaga su actitud hacia mí pero no lo entiendo todavía. Corre detrás de mí porque he hincado el diente en una cosa blanda que se ha quitado del pie. La Hembra Grande me alcanza, hace un ruido que me suena como «¡No!». A continuación me llevan a un sitio del que emanan buenos efluvios y me hacen engullir pelotillas y agua. ¡Ya sé! Cuando quiera comer robaré al Jefe la cosa blanda del pie y saldré corriendo. ¡Qué complicado es el mundo humano! Pero yo aprenderé a vivir en él; después de todo no es tan malo.

Ha llegado la noche. Cuando Kika vuelve de su ronda por el Territorio la abordo impaciente para hacerle muchas preguntas.

—Kika, ¿puedo dormir contigo en tu cubil?

—No, Roco. Yo duermo con la Cachorra Humana y tu sitio está al lado del Jefe.

—Kika, tengo miedo y me acuerdo de mi camada.

—Roco, yo no tuve camada, ni nombre. El Jefe se apiadó de mí cuando me vio encerrada con unos perros sin nombre y me llevó a su Territorio. Los Amos te cuidarán y te acostumbrarás a dormir a su lado. La Hembra Madre es más cariñosa con los Cachorros que el Jefe; ella te arrullará hasta que salga el sol.

—Kika, ¿por qué el Jefe se enfada cuando echo mis excrementos en esta parte sin tierra del Territorio?

—Roco, los Humanos tienen costumbres que hay que respetar. A ellos les molestan los olores nuestros. Tampoco les gusta marcar el Territorio y, además, cuando crezcas, te lavarán pero... Ya hablaremos de eso otro día.

—Kika, ¿por qué me gruñes cuando voy a tu cubil?

—Cuando crezcas tú no cabrás en él. Entonces serás el Dominante y yo no tendré más remedio que hacer lo que tú digas. Tu nombre es superior al mío, pero ahora, eres el último de la Manada, y si insistes en entrar en mi cubil, te enseñaré los dientes.

Toda la noche he llorado mientras mis Amos tratan de consolarme.

—¡Anouska, cuando nos volvamos a ver, tú y Arthur estaréis orgullosos de mí, me llamaréis por mi apodo e iré con mi Jefe al lado!

Los días que han pasado desde mi llegada a la Gran Manada, han sido una sucesión de descubrimientos de los que Kika ha sido mi guía.

¡Pobre Kika! Ya no tiene edad para aguantar a un cachorro de mi nombre. La martirizo probando en ella mis dientes y embestidas. De vez en cuando ella me pega y me reprende como lo hacía Mamá. Me ha enseñado a respetar su cubil y su escudilla de comida. Hoy, después de la marcha del Jefe y los Cachorros Humanos, me ha contado que después de tanto tiempo viviendo con ellos, ha llegado a entenderlos. Su idioma es muy fácil para nosotros que no hemos perdido el

instinto que el Gran Alguien nos inculcó. Sin embargo, me asegura, los Humanos son más simples en la comprensión. Sólo interpretan nuestros movimientos de cara y el tono de los ladridos.

Me ha referido también que el Jefe no la ha adiestrado porque opina que ella entiende todo sin necesidad de entrenamiento.

¡Es verdad! Pero Kika no hace las cosas que Anouska me contaba de Arthur. Creo que dentro de poco podré interpretarlos como ella.

De momento, me paso el día con la Hembra Madre. Ella es la que me muestra más cariño y comprensión cuando destrozo algo que a mí no me sirve para nada pero a ellos, parece que sí.

Cuando me hago una necesidad dentro del Territorio me la enseña, me coge en brazos y la deposita en la tierra exterior, me la hace oler y luego me acaricia.

El primer día que me hiciera esto, pensé de inmediato: ¿Para qué querrán mis porquerías que las guardan todas juntas al lado de un árbol?

Pronto comprendí, cuando oí al Jefe hablarme en tono duro, que precisamente quería que yo las pusiese allí. Si me hubieran gruñido como Anouska, lo habría entendido antes; ¡complicados Humanos!

Me pego todo el día, durante el tiempo que no martirizo a Kika, a la Hembra Madre porque: El Gran Cachorro es más bruto que yo y siempre salgo desgraciado cuando juego con él. ¡Ya verá cuando crezca!

La Cachorra es el Ama de Kika y si me restriego el hocico con ella, la Vieja perra me sacude. El Jefe me da algo de miedo. Se toma con peor talante mis estropicios y ya he probado sus garras que, por cierto, son más hábiles que las del Gran Cachorro.

Por otra parte, el Jefe ha tenido a bien mezclarme las apestosas pelotillas con parte de la comida de Kika que es más sabrosa que la mía.

Cuando el Jefe y su Hembra quedan solos juegan entre ellos y se restriegan el hocico. Entonces parece que vuelven a ser cachorros y me duermo a su lado con una agradable sensación de Manada.

Me he comido un animal a rayas amarillo y negro. Me ha mordido en la boca y he gritado como un loco porque dolía mucho.

El Jefe ha venido corriendo y, con sus garras, me lo ha sacado vivo. Lo ha matado y luego ha extraído una punta que me había dejado clavada dentro de la boca. Después, me ha palmeado la cabeza y se ha marchado echando humo por la boca con actitud despreocupada.

—Kika, ¿qué me ha pasado?

—Que te has tragado una avispa, ¡tonto! Esa afición que tienes a comerte todo lo que encuentras por el suelo te traerá algún disgusto si antes el Jefe no te enseña a no hacerlo.

¡Llevo un día fatal! Han venido a por mí la pareja de humanos que me trajeron al Territorio, me han introducido en el artefacto ruidoso y he perdido de vista a mi Manada. Dentro del «chisme» iba otro perro de distinto nombre quien, al oír mis lamentos, me ha tranquilizado contándome que esa pareja tiene buenas relaciones con mis Amos y que no se atreverían a

hacerme daño sin enfrentarse antes con las garras de mi Jefe.

De todas formas me ha engañado porque me han atizado un montón de pinchazos en una oreja, me han vuelto a meter en el «chisme» y he terminado vomitando.

Cuando he llegado al Territorio he escapado del artefacto y me he acurrucado debajo de la Gran Hembra. ¡Jefe, dales fuerte con tus garras a estos dos salvajes que me han hecho daño!

No sólo no les ha pegado sino que la Gran Hembra les ha dado de comer y sendos restregones de hocico.

—Kika, ¿qué pasa?

—Te han marcado el reflejo de tu nombre en la oreja.

—¿Para qué lo hacen? ¿A ti te lo han hecho?

—Roco, yo no tengo nombre. El Jefe dice que soy un cruce entre abejorro y pavo, y eso no se marca.

—No entiendo lo que es un abejorro y menos un pavo pero empiezo a arrepentirme de llamarme Pastor alemán.

»Me voy a quitar de en medio. Voy a esconderme en el cubil del Jefe. ¡Seguro que los salvajes allí no me encontrarán para pincharme!

Hoy también me han arreado. Ha venido al Territorio otro humano con los ojos protegidos como el Gran Cachorro y, sin que mi Jefe se enfade, me ha atizado dos pinchazos en el lomo. ¡Inaudito! ¡Y además, delante de la Gran Hembra!

—Kika, cuéntamelo.

—Este humano es viejo amigo de los Amos. Es el que cuida de nuestra salud. Una vez a mí me salvó la vida cuando me atropelló un artefacto de esos que llaman «coches».

»La Gran Hembra y los Cachorros aullaron creyendo que yo me moría. Vino «el que cura» y, entre él y el Jefe, me arreglaron y me quitaron el dolor.

—Kika, le he visto buena actitud pero me ha hecho daño.

—Roco, más cosas te pasarán pero aprende esto: no te fíes de los Humanos que no sean amigos de los Amos. Su actitud podría engañarte pero, en realidad, ellos no saben ocultar, ante nuestros ojos, sus verdaderas intenciones.

De todas formas y aunque «el que cura» sea bueno, corro al cubil del Jefe. Allí nadie se atreve a buscarme.

Hoy he cumplido noventa días y estoy aprendiendo a «cantar». Se lo he oído hacer a Kika. Cuando sale la luna ella la mira y «canta», con su cascada voz, canciones tristes acordándose de la Manada que no conoció.

Dice que sus antepasados eran chacales que no desconocían el canto, pero que los míos fueron lobos y esos sí que son los mejores cantores de la Creación.

Hemos formado un desastroso dúo. Kika tiene la voz vieja y cansada y yo... ¡Qué horror!;

desafino y encima me está cambiando el aullido. La perra me ha corregido desde la primera estrofa hasta la última. Pero ni soy un buen alumno ni ella consumada maestra.

Me cuenta que los chacales son más agudos y lastimeros en el canto que los lobos pero a mí me impresionan los lamentos de la Vieja perra.

—Kika, yo te cantaré canciones más alegres y roncadas que las tuyas, claro está, cuando aprenda a cantar.

Aparte del aullido, he aprendido el arte de entender a los humanos. Kika llevaba razón pues es bastante fácil. Si mezclas la emanación que indica su estado de ánimo con los sonidos y tonos, comprendes a la perfección su idioma. Lo que aún no comprendo es el significado de sus órdenes. La mayoría me parecen absurdas y reiterativas pero la buena de Kika me asegura que son beneficiosas para mí. Tengo por costumbre echarme en un matorral de grama al lado de un surtidor que hay en el Territorio. Los Amos me reprenden con un «¡NO!» rotundo y seco.

—Kika, ¿por qué? ¡Si no molesto a nadie!

—Roco, entre la hierba están las garrapatas y pulgas que se enganchan en tu piel y te sacan sangre.

—Kika, cuántas cosas tienes que enseñarme.

Aparte de esa pequeña negativa, los Amos me bombardean con el ¡No! o el ¡Muy bien!

El Jefe me pone la comida en mi escudilla pero... ¡No me deja tocarla! Me ordena que me siente y me quedo mirándola con la boca derretida en saliva. Cuando han transcurrido unos segundos, pronuncia una palabra clave que sólo Kika y yo conocemos y entonces, me como las pelotillas y todo lo que caiga.

Tampoco me dejan dormir en el cubil de los Amos desde que la Gran Hembra tuvo que sacarme a tirones de debajo de su lecho. A partir de ese momento, me han puesto a dormir en una esterilla cerca del Jefe. ¡Qué felicidad! De todas formas no puedo despertarlo hasta que, al salir el sol, exclama soñoliento: «¡Hola Roco!». En ese momento le lamo los bellos y a continuación, voy al lado de la Gran Hembra que casi siempre está dispuesta a dejarme subir a su lado en contra de la voluntad de mi amo.

El Jefe siempre dice a la Hembra: «¡Verás cuando crezca y tengas que irte tú de la cama!».

Nunca consentiría yo eso, pero comprendo que Arthur no cabrá en el lecho de su amo.



Entre órdenes y consejos de Kika comienzo a entender las voces de la Manada pero aún, la tentación de destrozar el cubil del Gran Cachorro o robar la cosa blanda que el Jefe se pone en el pie, es muy grande. Hasta la Gran Hembra me ha atizado con un palo que lleva ramas en la punta cuando me ha interceptado con uno de esos chismes en la boca.

He aprendido también que los demás animales que viven en el Territorio tienen sus reglas desde la pequeña avispa que me picó hasta el roedor de nombre extraño que me propinó un mordisco en la trufa cuando me acerqué a su jaula. Todos viven de acuerdo con la Ley Natural que el Gran Alguien ha dispuesto en la Creación.

Dice Kika que los únicos que se atreven a enfrentarse con esa ley son los Humanos. Pienso que deben ser muy sabios o muy tontos porque yo nunca me enfrentaría al Jefe de mi Manada. ¡De sobra sé que me destrozaría! y... ¿Ellos no lo saben?

Me dijo Anouska que el Gran Alguien ordenó todo muy bien. Desde avispas que me pican hasta humanos que me quieren. Lo que no me contó mi madre es por qué los hombres tienen conductas desviadas a veces de la Ley Natural.

Se lo he preguntado a Kika, que es más vieja que Anouska, pero sólo he obtenido una rápida contestación:

—Cuando seas un Perro, te lo explicaré.

Hoy he visto con dolor el cumplimiento de la Ley Natural en mi Territorio.

La perra Estia, una vieja Bóxer que ha vivido con nosotros unos días como invitada, se ha enzarzado en una pelea con Kika. Ni mis Amos ni los suyos podían separarlas.

Por fin, el Jefe ha levantado en peso a la perra Estia sin que por eso Kika cesara en su acometida. Me ha dado miedo mi vieja maestra que, aún siendo tan pequeña como yo, ha peleado gruñendo y babeando hasta que ambas han quedado maltrechas.

Cuando los Amos han impuesto la paz y Estia ha sido expulsada del Territorio, me he acercado llorando a Kika y, mientras la lamo, le he preguntado:

—Kika, ¿por qué has embestido contra esa perra tan fuerte tú que me aguantas a mí todo?

—Roco, he soportado pacientemente que esa perra me quite mi comida y esterilla, juegue contigo y con los Cachorros, pero... ¡Todo tiene un límite! Hoy me ha dicho que a partir de ese momento, ella será la Dominante del Territorio. Por eso he atacado, igual que atacé a Kanto el Pastor alemán que quiso lastimarte hace veinte días o a la perrilla Berta que te regañó sin razón. A ti te admito en el Territorio aunque me hagas daño pero no dejaré que me robes mi comida, mi esterilla ni mucho menos, el cariño de la Cachorra, mi Ama. ¡Cuídate Roco de mí cuando crezcas y quieras expulsarme! Yo seré ya vieja pero tendrás que matarme porque no retrocederé.

—Kika, nunca podré hacerte daño conscientemente. Soy un «patazas» pero no quiero molestarte.

—Cuando mi cuerpo no pueda soportar tus bromas te enseñaré los dientes y espero que en ese momento me entiendas, cachorro.

¡Buenas enseñanzas las de Kika! pero mi espíritu, de natural inquieto, ha olvidado pronto sus advertencias y esta noche, ¡zas!; le he volcado el cacharro del agua en la esterilla. Me ha regañado tan duramente que he salido disparado al cubil del Jefe no sin antes pasar por el del Gran Cachorro y arrearle un tremendo mordisco en la oreja mientras dormía... ¡Alguien tendrá que pagar mi mal humor!

CAPÍTULO III

El Verano toca a su fin. El fresco viento del Norte trae efluvios de próximas lluvias. Los animalillos del bosque comienzan a preparar la próxima estación mientras Kika, superviviente de varias temporadas, presiente en sus viejos huesos el próximo frío invernal.

Mis Amos, siguiendo las indicaciones de «el que cura», se han metido conmigo en un gran charco de agua que hay en el Territorio. Menos Kika, que grita nerviosa, todos chapotean en el agua con buena actitud.

El Jefe me ha cogido en brazos y me ha dejado solo en el agua. Al principio, ¡qué miedo! pero luego... ¡Qué fresquito!

He apoyado la cabeza en la palma extendida del Jefe y he ido caminando por el agua hasta el borde del charco donde los Humanos me han secado y *cachucheado*. Todos parecen contentos y hasta Kika grita alegre.

—¡Roco, sabes nadar! ¡Muy bien, cachorro!

Ahora me entran ganas de orinar por el frío. ¿Qué hago...? Pues me meo en el trapo con el que me han secado.

—«¡Cochino! ¡Sucio!».

Voy corriendo a mi árbol. Seguro que el Jefe, cuando vea una de mis boñigas, se tranquilizará. Evidentemente mi amo no me ha regañado pero me ha frotado el cuerpo con un líquido que huele muy mal.

Tampoco Kika ha escapado del restregón pero me ha contado que, aunque apestoso, el líquido en cuestión es muy bueno para nosotros, es decir, malo para los animalillos que atormentan nuestro pellejo.

Mientras esperamos el cambio estacional los acontecimientos importantes se suceden en mi fácil vida de cachorro.

Hoy he descubierto que mis mandíbulas hacen daño a los perros de los territorios lejanos y ello me ha traído serios problemas.

La perrilla Berta, de nombre *Zwergschnauzer* y menos vieja que Kika, ha probado una de mis mejores acrobacias. Consiste en correr todo lo que puedo y lanzarme, apoyándome en las patas, sobre el cuerpo del compañero de juego mientras le muerdo el cuello.

Berta se ha enfadado y me ha pegado. Kika inmediatamente, ha arremetido contra ella y la ha hecho retroceder asustada y avergonzada de su acción.

He repetido hoy el mismo experimento con Keny, un perro de nombre Cocker, con las mismas consecuencias e igual actuación de Kika. Los Amos de Berta y Keny se han sentido molestos con sus perros y conmigo y han optado por hacer menos frecuentes sus visitas al Territorio.

«¡Demonio de perro! ¡Va a dejar sin orejas a animales de concurso!».

Mi Jefe no parece darle importancia a mis peleas de cachorro pero vigila imperceptiblemente que ninguno de los perros viejos pueda herirme. De todas formas, Kika está más atenta que el

propio Jefe.

—Oye Kika, ¿por qué me pegan esos viejos?

—Pesas demasiado y tus embestidas duelen mucho. Además, tus dientes son tan finos que desgarran su piel al primer impacto. Cuando pasen tres meses los habrás cambiado por otros más fuertes y romos. Espero que entonces no los utilices como ahora porque, de hacerlo, matarás o dejarás maltrecho a cualquiera de estos perros.

—Kika, yo no quiero matar.

—Tu sangre impedirá que lo hagas pero... ¡Recuerda!; yo estoy dispuesta a matar o morir por el Jefe, la Gran Hembra, los Cachorros Humanos, por ti o por nuestro Territorio. Tú debes acatar esa Ley, el Jefe la marcará en tu memoria. Él te dará la orden de ataque. Entonces no lo dudes, estamos en peligro y tú eres el más fuerte de la Manada; ¡defiéndenos!

—Kika, nadie me ha hablado de esto, ni Anouska ni Arthur.

—Todavía eres un cachorro. El Jefe y la Gran Hembra te consienten conductas que no podrás mantener cuando crezcas. Ellos esperan mucho de ti y yo también... ¡No nos defraudes, Roco!

He dormitado al lado de la chimenea esquivando los primeros fríos otoñales mientras me vienen imágenes de la conversación con Kika. Evidentemente, el Jefe me ha traído a la Manada por varias razones. Una ya la sé, y las otras Kika me las explicará poco a poco.

¡Me gusta ser perro Pastor alemán! ¡Me gustan Kika, mis Amos y mi Territorio, y estoy orgulloso de mis antepasados!

El Jefe ha despertado hoy enfermo. Lo he comprendido por su emanación y actitud, además Kika me lo ha confirmado. Tiene una enfermedad que los Humanos enganchan cuando entra el Otoño, algo así como para nosotros el Moquillo.

Está muy caliente cuando acerco mi trufa a sus belfos.

¡Debo lamerlo!

Mi amo me ha palmeado la cabeza, se ha mostrado contento y creo que la medicina que le he aplicado es la correcta. El que cura a los Humanos le ha dicho que yo no debería estar en la habitación. Mi amo y la Gran Hembra opinan de forma distinta. Mi presencia les agrada, y aún más cuando están enfermos. El Jefe es inteligente y sabe que, al acariciarme, descarga en mí su tensión y sus emanaciones negativas. La Gran Hembra, conocedora también del secreto, me acaricia constantemente. El Gran Cachorro pelea y muerde como yo, y la Cachorra me soba hasta gastarme.

¡He tenido suerte de no ir al Territorio del que cuida a los Humanos! Porque de aterrizar en él, dormiría en la calle.

He estado toda la mañana echado al lado de mi amo observándole mientras dormía a causa de la fiebre. De vez en cuando lo he lamido hasta que al mediodía se ha levantado. ¡Qué poderosa medicina nos ha dado el Gran Alguien! Tengo que probarla con todos mis amigos.

Mis Amos se han enfadado hoy conmigo. Al quedarme solo con Kika en el Territorio mientras los cachorros han ido al sitio donde los adiestran para que al crecer sean como sus padres, nos hemos echado dentro de la casa. La Vieja perra me ha contado que un día ya próximo, el Jefe me adiestrará a mí también y, en ese momento, a parte de ser mi amigo de siempre se convertirá en mi maestro y Jefe de Manada.

¡Qué alegría, Kika! ¡Aprenderé como los cachorros humanos!

—Oye, perra, tengo sed, ¿cuándo vendrán los Amos?

—Han olvidado ponernos agua y la verdad es que las pelotillas del desayuno que yo me trago por tu culpa, piden agua.

—Kika, donde los humanos ponen las boñigas siempre hay agua.

—No hagas eso, Roco, no la bebas. El Jefe te pegará y la Gran Hembra gritará enfadada.

He hecho caso omiso de las sabias advertencias de la Vieja perra. He arañado la puerta, he bebido en un recipiente extraño, he roto una maceta, he destrozado algo que los humanos utilizan como escudilla y me he cargado el trapo con el que el Jefe se seca la cara. Cuando han llegado los Amos y han abierto la puerta, Kika ha salido en estampida. La Gran Hembra ha gritado y el Jefe ha dicho:

—¡Roco necesita mano dura!

A mí se me ha encogido el ombligo, he salido corriendo y he colocado una gran boñiga en el bancal donde el Jefe tiene una hierba que se llama «césped», amén de rosas y un pino enorme... ¡Qué desastre!

El Jefe, serio, me ha atado del cuello al pino en el centro del bancal y se ha ido al interior de la casa.

He llorado, cantado y ladrado pero nadie, excepto Kika, me ha hecho caso.

—Kika desátame, por favor, quiero irme con los Amos.

—No puedo, el Jefe me regañaría y además... ¡Te lo mereces, granuja!

—¿Por qué me han atado?

—Has puesto una boñiga en el Bancal del Pino, cuando sabes que debes hacerlo en el del Manzano.

—Kika, lo de la casa ¿me lo han perdonado ya?

—Yo qué sé. Cuando crezcas verás la que te espera.

—Llama al Jefe que me desate, Kika.

—Aguanta, endemoniado, ya vendrá él a por ti.

Cuando por fin me ha desatado lo he seguido con las orejas gachas, y al pasar al lado de la perra vieja he murmurado:

—Ya no volveré a cagarme en el Bancal del Césped.

La experiencia ha sido tan mala que he pasado la tarde dormitando al lado del Jefe para olvidar el mal trago.

CAPÍTULO IV

La mañana ha amanecido acompañada de un tibio sol otoñal. Después de estirar mis patas corriendo por el Territorio, he acompañado a Kika a ladrarle a unos perros vecinos que se llaman Doberman y que siempre están de mal humor. De regreso al Bancal del Gran Almendro hemos visto pasar, a través de las rejas, a un perro sin nombre parecido a un Pastor alemán. Lleva la cabeza baja, las orejas no tan levantadas como las mías y su andar es cansino. Emanaba tristeza y abulia, y su actitud no es la de disputar territorios. Su mirada asimismo, al pasar a nuestro lado, es poco brillante y exenta de vivacidad.

Nos ha saludado con un seco gruñido y al intentar continuar su camino, ha sido interpelado por mi compañera:

—¡Oye perro! Soy Kika y vivo en este Territorio. No conozco tu nombre ni apodo pero me pareces un buen animal. ¿Quieres conversar con el Pastor de apodo Roco y conmigo?

—No tengo nada que hacer. Hablaré un rato y luego buscaré algo de comer.

—¡Yo te traeré pelotillas, perro! A mí me sobran.

—¡Calla cachorro! Yo te diré cuándo debes hablar. Por cierto, mi apodo es Truco.

Kika me ha mirado como una madre avergonzada y he optado por echarme a su lado y oír la conversación.

—Truco, ¿cuál es tu Territorio?

—Yo habitaba un Territorio cercano al vuestro hasta hace pocas lunas. Mi vida era agradable aunque pasaba gran parte del día atado y sin poder acercarme a mi Jefe. Por las noches me soltaba y yo defendía a la Manada Humana de cualquiera que quisiera molestarla. No me faltaba la comida y el agua era limpia. A veces el Jefe me dejaba jugar con sus cachorros pero me regañaba si pretendía lamerlos. Yo quiero mucho a mi Jefe, Kika, pero ahora no puedo verlo.

»Hace poco tiempo cumplí los diez años de edad. Mis ladridos ya no son tan fuertes ni mis patas tan resistentes y además, «el que cura» ha tenido que darme medicinas porque apenas veo. Cuando terminó el Verano, el Jefe y su Manada subieron al coche, cerraron la verja del Territorio y me dejaron fuera. Lloré como un cachorro pero mi Jefe me reprendió e incluso me arrojó piedras. Me fui con el rabo entre las piernas. Nunca entenderé por qué mi Jefe no quiere ni verme ni que guarde su Territorio. Supongo, Kika, que tendrá una poderosa razón para arrojarme de su Manada pero aún soy capaz de matar por él, por más viejo que me encuentre.

»Voy por los territorios vecinos buscando algo entre la comida que les sobra a los Humanos y ahora bebo un agua que no es tan limpia como la de mi Territorio. De todas formas, Kika, un perro como yo puede pasar varios días sin alimentarse, pero lo que no soporta es la idea de no volver a ver a sus Amos. Cuando lleguen las flores yo habré muerto y mi Jefe ya no podrá jugar conmigo... ¡Qué pena siento por mi Manada!

—Truco, tengo un trozo de carne debajo del Gran Almendro y agua limpia al lado de los rosales.

Mientras Truco come con avidez bajo la amable mirada de Kika, me he atrevido a dirigirme al nostálgico viejo.

—Truco: yo soy Roco, hijo de Anouska y de Arthur, ¿puedo hacerte preguntas?

—Habla cachorro, no me importunas.

—¿Nos echarán a Kika y a mí del Territorio cuando seamos viejos como tú?

—Cachorro, si me respondes rápido a lo que te pregunto, este perro te dará la respuesta que quieres.

—¿Han pagado por ti mucho dinero?

—Mucho, Truco.

—¿Y por Kika?

—Nada. Lleva cinco años en el Territorio porque la recogió el Jefe cuando estaba sin amo como tú.

—¿Os dejan jugar con sus cachorros y lamerlos?

—Sí Truco, y además, dormimos cerca de sus cubiles.

—¿Coméis todos los días?

—Yo tres veces, Kika una.

—¿Os hablan los Amos a menudo?

—Sí, ríen con nosotros e incluso, el Jefe me perdonó que me cagara en el Bancal del Pino, y dice Kika que va a enseñarme a trabajar como sus Cachorros.

—Creo, Roco, que ya puedo responderte. El Gran Alguien, que creó iguales a todos los perros, ha tenido compasión de ti. Vivirás y morirás en el Territorio y, si algún día tus Amos cambiasen de cubil, tú irás con ellos, porque al fin y al cabo ...¿Qué importa el Territorio? Lo importante para ti, Roco, es la presencia de tus Amos.

En ese momento la voz de la Gran Hembra se oye lejana:

—«Kika, Roco... Fuss».

—Truco —ha dicho Kika— ven cuando quieras. Yo te guardaré comida debajo del Gran Almendro y, si quieres, mi Jefe te aceptará en el Territorio.

—Kika, gracias por tu ofrecimiento, pero soy viejo y ya no tengo Jefe. Me iré con una Manada de perros como yo. ¡Nos volveremos a ver, cachorro! La próxima vez tú serás más grande y fuerte que yo. Espero que no me hagas daño.

—Descuida, Truco, eres mi amigo... que el Gran Alguien cuide de ti.

Hemos corrido al interior del Territorio donde la Gran Hembra nos tiene preparado un buen plato de comida.

—¡Roco, come con educación! Estás metiendo tu pata en mi agua.

—Lo siento, Kika, pero estoy pensando en el viejo Truco y me da mucha pena.

—Roco, después de comer iremos a sestar al Gran Almendro, donde te contaré cosas que debes saber. Pero ahora... ¡Come y déjame comer, tonto cachorro!

Al terminar la comida, Kika, cumpliendo lo prometido, me ha conducido al Bancal del Gran Almendro. Va taciturna y, en sus ojos, he visto un atisbo de nostalgia al echarse debajo del ramaje y sobre el fresco césped.

—Roco, te voy a contar cómo llegué a la Manada Humana y por todo lo que he pasado hasta que tú apareciste en mi vida. Mi padre era un perro, mediano de talla, de nombre Griffón y mi

madre una perra sin nombre. Fui separada de ellos antes de que mis ojos pudiesen abrirse y verlos. Recuerdo, no obstante, el sonido del corazón de mi madre y la tibieza de su vientre. Cuando desperté a la vida me encontré en un pequeño territorio que los Humanos llaman «tienda de animales». Los pequeños Cachorros de Hombre intentaban acariciarme y meter sus deditos en mis ojos y orejas. Después de varios días de dormir en un pequeño cubil y trasegar leche caliente, llegó una pareja adulta humana y un pequeño Cachorro. Se pararon delante de mi cubil y el cachorro lloró durante un rato hasta que el amo de la tienda me entregó al macho Humano.

»Te aseguro, Roco, que mis seis meses de vida en aquella Manada no significaron para mí ni lo que uno sólo en ésta del Valle. A mi Jefe no parecía importarle mi presencia. La Hembra de la Manada sólo me alimentaba y se quejaba de que meara las alfombras de su cubil. El Pequeño cachorro jugó conmigo hasta que descubrió otro perro de nombre distinto al mío, que pertenecía a otro Humano. A partir de aquel día mi vida se tornó aciaga y triste.

»El Jefe me introdujo en un coche y me llevó a un territorio cercado de alambre y rejas donde convivíamos juntos más de cien perros sin nombre. Al macho dominante lo conocíamos por Canelo. Era grande y daba miedo aguantar su mirada. Sus antepasados fueron perros de nombre Dogo y, aunque viejo, sus defensas eran terribles. Desgraciadamente, más de una vez las sentí en mi propia carne. Pude establecerme en la jerarquía, cercana a la Hembra Dominante, por supuesto a base de peleas que destrozaban mi cuerpo y debilitaban mi espíritu. Yo entonces aún era una cachorra grande y no podía comer los huesos de cerdo y el pan duro que nos suministraban. Tuve que pelear por el pan que sobraba y remojarlo en el agua para poder alimentarme durante cinco meses. Llegué a pensar que el Gran Alguien tampoco quería a los perros sin nombre, pues veía pasar animales limpios y cuidados al lado de sus Amos... ¡Me sentía como el viejo Truco!

»Un día de Invierno apareció en el cercado nuestro Jefe: tu Jefe, Roco. Se acercó a la perrera acompañado del amo de todos los perros sin nombre. Todos mis compañeros comenzaron a ladrarle. El, sin inmutarse, introdujo sus garras entre las rejas prodigando caricias a los perros que osaban acercarse a él. Yo tuve miedo de su gran envergadura y de su ronca voz, y no me acerqué a él hasta que me llamó por el apodo que me puso el amo de todos los perros. Cuando me aproximaba a él sus emanaciones me causaron sensación de tranquilidad y cariño por los de nuestra raza. Después de acariciarme marchó del cercado.

»Esa noche imaginé la vida que podría llevar al lado de su Manada y sin quererme ilusionar, dormí acurrucada en un rincón del cercado mientras las primeras nieves del Invierno comenzaban a acariciar nuestro duro pelaje de perros sin Jefe. El mejor día de mi existencia amaneció frío y húmedo. La temperatura en el cercado hacía estremecer nuestros enflaquecidos cuerpos. El Gran Canelo me llamó y me dijo: «Vienen a por ti. He oído al Humano que nos acarició hablar con nuestro amo, y te va a llevar con él a cambio de una gran cantidad de comida para todos nosotros». «Canelo, si eso es así, yo seré feliz en su Manada. Nunca me olvidaré de vosotros, y deseo que El Gran Alguien os envíe un Jefe como ése que viene a por mí».

»No sólo apareció tu Jefe, Roco, sino que venía acompañado de sus cachorros. Entonces eran pequeños, pero igual de juguetones y con idéntica actitud de cariño hacia nosotros. Me introdujeron en el coche y me llevaron al cubil donde vivían entonces. Era muy pequeño y no tenía

tierra como éste. Me esperaba la Gran Hembra que me colmó de caricias. Me bañaron y me quitaron todos los animalillos que nos pican. Luego conocí a «el que cura». Me pinchó y me hizo ingerir una pasta extraña por la boca. A continuación me entregaron a la Cachorra. Desde entonces ella es mi Ama, cuida de mí y duermo en su cubil. El Jefe cambió mi apodo por el de Kika y esa noche dormí en una esterilla a los pies de la Cachorra... ¡Qué noche, Roco! Comida, calor y cariño. Eso es todo lo que el Gran Alguien desea para sus criaturas y todo me fue regalado en un momento.

»Desde entonces, Cachorro, mi vida en la Manada del Valle ha sido totalmente feliz. Hemos cambiado de aquel pequeño cubil a este gran Territorio, pero a mí eso no me importa. ¿Comprendes, Roco, por qué mataría por mi Manada?... ¡Porque soy Kika del Valle, hija de Nadie y nieta de Quién Sabe, pero perra feliz y con dignidad!

—Kika, cuántas cosas sabrás a tus cinco años, ¿me las contarás todas?

—Aprenderás poco a poco, el Jefe te enseñará, el Gran Alguien cuidará de ti y esta Vieja perra te aconsejará, pero ahora ... ¡Deja de morderme la pata, salvaje, cada vez tienes más fuerza!

He dormitado a la sombra del Gran Almendro hasta que el amo ha llegado.

¡Hola Jefe! Mira como nuevo el rabo. Te voy a lamer la cara y, si quieres, te quito los piojos para que no te piquen. Kika me lo ha contado todo... ¡Qué buena Manada diriges! Ya verás cuando sea como Arthur, estarás orgulloso de este macho joven, y si alguien osara tocar a tu prole, este cachorro matará por ella, o le matarán a él. Aún no entiendo esas órdenes que le dais a Kika, pero te prometo que siempre estaré dispuesto a satisfaceros y seré un buen alumno cuando me llesves a adiestrar como tus Cachorros.

CAPÍTULO V

Voy a cumplir próximamente cuatro meses. Me ha dicho Kika que el Jefe opina que no se debe sacar a la calle a los cachorros hasta esa edad para evitar contagios de otros perros y deformaciones en el carácter. ¡El Jefe sabrá! pero hoy me han sacado del Territorio. El Jefe y la Gran Hembra me han subido al coche y, en breve, me han bajado en algo que ellos llaman «Ciudad».

¡Qué Territorio más extraño! ¿Es posible que el Jefe trabaje aquí?

Me he pegado a la Gran Hembra asustado y desconcertado. Hay caminos duros y con olores malos que desprenden los artefactos llamados coches. Multitud de Humanos andan por esos caminos con paso raro y nunca en línea recta, como lo haría un perro.

El olor es penetrante, y recuerdo en ese momento lo que dice Kika.

—Los Humanos tienen el olfato setenta veces inferior al tuyo.

¡Gracias a eso no huelen esta peste!

Apenas distingo la huella de otros como yo. ¡Jefe, llévame al Territorio!

Mi Jefe no me entiende pero con sus palmadas me tranquiliza.

Me ha puesto un collar y una trailla y hecho caminar junto a su pierna izquierda entre él y la Gran Hembra.

A medida que pasa el rato me voy acostumbrando. Estando al lado de mis Amos no tengo nada que temer.

Eso pienso y me tranquilizo. Voy recordando que mi padre apareció en el Territorio de Anouska como yo voy ahora con mi Jefe: atado del cuello y a su lado izquierdo. ¡Paciencia! Creo que me estoy convirtiendo en un Pastor de verdad pero prefiero mi Territorio.

Cuando he llegado a él, Kika ha dicho:

—Roco: es tu primera lección. Hoy los Amos han estado parados un rato mientras tú observabas. Luego han andado un pequeño tramo de camino duro. Poco a poco tú irás al lado del Jefe hasta que él se canse. Cuando se pare, tu también lo harás.

—Kika, ¿ha empezado el Jefe a enseñarme como a sus cachorros?

—Todavía no. Cuando cumplas ocho meses, lo hará. Y pasado tres más serás el orgullo de la Manada y de esta Vieja perra.

Hoy he conocido al Perro más impresionante de los que el Gran Alguien creó.

Ha aparecido esta mañana en la verja del Territorio. Su nombre es «Mastín extremeño» y ha llegado aquí con un collar lleno de púas y un aspecto que me ha hecho pegar las orejas y observarlo con mucho miedo.

El Jefe, al oír los ladridos de Kika, ha salido a la verja y se ha dirigido hacia él con las manos abiertas a la vez que le hablaba en tono cariñoso.

¡Bravo Jefe! ¡Tú no le tienes miedo a ese gigante! ¡Yo sí!

Le ha ofrecido un trozo de pan duro a la vez que le ha palmeado su descomunal cabeza. El

perro lo ha comido y lamido la mano de mi amo. Luego le ha abierto la puerta del Territorio y le ha dado de comer y beber hasta que se ha hartado.

El Gran Mastín se ha acostado bamboleando su pesado cuerpo y produciendo un tremendo ruido al desplomarse.

—¡Oye Perro! ¿Quién eres y qué haces en este Territorio? Yo soy Kika, y este cachorro de voz ronca es Roco, hijo de Arthur.

—¡Vieja perra! ¡No me hables en ese tono! Soy Ron, hijo de Rhama y el perro más fuerte que habita el Planeta humano. Tu amo se ha compadecido de mi necesidad, mantente tranquila. Mientras esté en este Territorio nadie, ni los Doberman ni los Rottweiler, se atreverán a acercarse a veinte trotes de la verja. He destrozado a Reno el Gos D'atura, y a Oscar el Pastor alemán cuando sólo tenía ocho meses de edad. Nadie en los territorios cercanos osa dirigirse a mí ni, mucho menos, morderme en los belfos y orejas como hace este inconsciente cachorro. ¡Apártate de mi lado!

—¡Roco no molestes a Ron! Deja que nos cuente sus andanzas.

—Kika, no parece un perro. ¡Mira como me subo en su lomo sin que aparente notarlo! Oye Ron, ¿seguro que tu madre no era eso que los Humanos llaman «burro»?

—¡Basta cachorro! Échate a mi lado y sabrás qué hago aquí. ¡Déjame la pata, enano! ¡Tus pequeños dientes me rompen la piel!

Después de la seria advertencia de Ron y, siguiendo los sabios consejos de Kika, nos hemos tumbado debajo del Mandarino y, mientras yo me protegía del suave y fresco Poniente acurrucado entre las patas de mi nuevo compañero, ha comenzado una conversación bastante interesante.

—Ron, ¿quiénes son tus Jefes?

—Kika, vivo a sesenta trotes de aquí, ¡mira! casi se ve el cubil de mis Amos.

—¿Por qué te has ido?

—Kika, mi Jefe y su Hembra me quieren casi como a sus cachorros, pero se van de vez en cuando a la Ciudad y yo, que sólo tengo veinte meses, me aburro. Por eso me escapo, peleo con los machos de otros Territorios, troto por el Valle y, cuando veo a alguna hembra de mi nombre, la cortejo. Luego intento volver al cubil, pero ya no puedo entrar. Por eso he venido, tenía hambre y sed y me dijeron dos jóvenes hembras de Pastor alemán que en este Territorio dan de comer y beber a perros que no son de aquí. El Gran Cachorro Humano vuestro me ha cogido en brazos y ha levantado mis cuatro patas del suelo.

»¡Es fuerte pero yo lo soy más! De todas formas nunca pelearé con humanos que juegan conmigo y me dan de comer.

—¡Oye viejo! Lo entiendo todo menos eso de cortejar hembras, ¡explícamelo!

—Insensato Roco, ¿tú no conoces la Ley del Gran Alguien? ¡Suelta mi rabo!

—Ron, el cachorro sólo tiene cuatro meses, aún no ha despertado ni yo le he hablado del tema. Tendremos tiempo cuando llegue el frío intenso y nos echemos al lado del fuego del Cubil.

—Kika, te agradecería que te llevases a Roco a jugar a otro lado mientras yo me relajo. Estoy agotado y él tiene mucha energía. ¡Mira como me ha puesto la papada de mordiscos!

La buena de Kika me ha llevado al césped donde hemos jugado a tirar cada uno del extremo de

una rama, ¡mi juego preferido!

—Kika, ¿por qué se molesta Ron cuando el Gran Cachorro lo levanta del suelo?

—Para él es como perder una batalla. Significa lo mismo que para un Pastor alemán tumbarse y ofrecer el cuello, en signo de sumisión. Ten en cuenta, Roco, que el perro de nombre Mastín es capaz de matar a un lobo de un sólo impacto. Su cometido es defender a su Jefe y a sus rebaños de tus antepasados, los lobos.

»Nuestro Gran Cachorro, criado por el Jefe en el cariño y falta de miedo hacia los perros, no ve en Ron más que a un gran perrazo incapaz de hacerle daño.

—¡Bravo por el Cachorro Humano! Está aprendiendo a ser un Jefe como su padre.

—Advierte, Roco, que Ron no te ve a ti como al Gran Cachorro. ¡Cuidado con tus bromas hacia él! No le muerdas tanto porque su paciencia no es como la mía.

La interesante jornada ha terminado con un escobazo que me ha atizado la Gran Hembra al encontrarme meando en su pequeño huerto... ¿Por qué? ¿Acaso tú, Segunda Madre, no marcas tu territorio con vallas y siembras flores para que huelan? ¿Cómo quieres que marque yo el mío? La Cachorra me ha consolado de mi tristeza acariciándome y revolcándose conmigo por el suelo. Ella es menos estricta que su madre y más propensa a tapar mis desaguisados.

Me he tumbado en la esterilla, al lado de mi Jefe, para dormir mientras una imagen rondaba mi pequeño cerebro:

—Ahora entiendo eso que dice Kika de matar o morir por la Manada. Yo sería capaz de pelear con un Mastín por ella, pero en este caso me tocaría morir.

Hoy el Jefe ha estado mucho rato hablando solo, con un artefacto que se pone en la oreja. Al terminar ha exclamado: «¡Vienen a por Ron!».

He ido corriendo a ver al perro.

—¡Oye viejo! Vienen tus Amos a por ti.

—¡Bien, cachorro! Tengo ganas de ver a mi manada.

Efectivamente, sus Jefes han llegado poco después en un coche. Han bebido con los míos, hablado un rato y, al final, se han frotado los hocicos entre ellos en señal de amistad y antes de partir con Ron.

—¡Creo que nuestros respectivos Jefes han basado su nueva amistad en el cariño que sienten hacia los animales de nuestra especie!

Mientras marchaban he gritado:

—¡Adiós Gordo, ven otro día a vernos!

—Amiga Kika, cachorro, cuando me quede solo volveré y ladraré delante de tu Territorio para que tus Amos abran la verja.

Su gran cabeza asomaba por un agujero del coche mientras chorreaba saliva al alejarse.

—¡Enséñame a derrotar perros, viejo!

—Anda Roco —masculla Kika—, entrénate de momento, ladrando a los Doberman.

Al quedarme solo y fascinado por las historias de Ron, he imitado la pose de combate del

perrazo. He intentado bajar las orejas como él, pero las mías están tiesas. He erizado el pelo del lomo y sacado mis colmillos al aire a la vez que imaginaba un combate con un perro inexistente.

Mis saltos y cabriolas han hecho comentar a Kika:

—¡Pareces una rata con un Terrier pegado al trasero!

—Kika, ¿me comparas a mí, al Pastor alemán, con una rata? ¡Nunca te cortejaré, mala perra!

—Quizá Roco ese problema lo tengamos dentro de algunas lunas, de momento vete a comer, escucho el silbido que no se oye de la Gran Hembra llamándote.

El Valle donde vivimos —según dice Kika— se extiende desde las afueras de la Ciudad de los caminos malolientes, hasta algo que jamás he visto y que la Vieja perra, llama «Mar».

El brusco descenso crea un profundo y amplio valle lleno de exuberante vegetación y de pequeñas ciudades perdidas entre ella.

En una ladera, orientada al Suroeste, se encuentra nuestro Territorio. Los árboles que en él crecen contrastan por su cuidado, con los abandonados pinos del bosque del Este que se extiende cuando sube, hasta un punto visible desde mi Cubil pero al que nunca he llegado, y al que mi Jefe llama «el vértice de la Cruz».

Kika, durante el periodo del calor, y debajo del Gran Almendro, me ha contado historias sobre los habitantes del Valle. Me habla de la cantidad de perros —con nombre o sin él— que lo habitan, de los humanos dueños de los territorios que lindan al Sur con el Gran Charco Azul cuya agua no se bebe, de los pobladores de los árboles y de los que viven bajo tierra, de los que cazan y de los que mueren para alimentar las camadas de los que procedemos de los Lobos.

Los relatos de mi maestra me embelesan de tal modo que le hago repetirlos hasta que, harta de contar las mismas historias, estira sus acalambradas patas y abandona la siesta prefiriendo aguantar el calor antes que mis pertinaces preguntas.

—Kika; ¿cuándo veremos el resto del Valle?

—Pronto, cachorro. Los Amos quieren bajar al Gran Charco Azul y, para nuestra desgracia, nos llevarán con ellos.

—¿No quieres ir Kika?

Yo ya he ido de un lado para otro con el Jefe y la Gran Hembra antes que tu nacieras y la verdad es que prefiero la seguridad del Territorio. Me gusta más oír a los jilgueros de los almendros que el ruido de los coches. Prefiero el canto de Ramón el Doberman a la «música» que el Gran Cachorro nos aporta en los viajes. Soy descendiente de chacal, pero también me gusta la territorialidad.

Evidentemente Kika ha recorrido muchos territorios en su anterior vida de vagabunda pero yo no conozco mas que el que me rodea y el que me vio nacer. No sé lo que es el Gran Charco Azul cuya agua no se bebe ni eso que la perra llama «viajes».

Ha despertado en mí la curiosidad del cachorro y durante todo el día he observado atentamente las evoluciones de los Amos buscando algún indicio de tan esperado acontecimiento.

Los coches me inquietan por su mal olor y por las desagradables consecuencias que me ha producido el subirme en ellos pero hoy, he saltado y llorado cuando el Jefe con aire relajado, se ha dirigido a la cueva donde lo guarda en un rincón al Sur del Territorio.

Kika mohína baja las escaleras de la cueva acompañando a la Gran Hembra que porta chismes en la mano entre los que se encuentran nuestras escudillas y un recipiente que huele a agua fresca.

—¡Vieja perra, nos vamos de viaje al Gran Charco Azul!

—¡Ya verás, tonto cachorro, lo que te espera! ¡Vomitarás y te pondrás malo!

Nos han colocado en la parte de atrás del coche y acostados en el suelo. Desde donde nos encontramos no podemos ver los territorios que el artefacto surca a gran velocidad. Un intenso olor a algo desconocido me produce un mareo que, de haber comido, habría terminado en el vaticinado vómito de Kika.

El viaje ha durado lo que una pequeña siesta bajo el Mandarino del Sur. Antes de quejarme por lo mal que me encuentro el coche se ha detenido debajo de unos estrechos y altos cubiles humanos que están situados junto al Gran Charco Azul.

—¡Mira, Kika... No se ve el final del agua!

Mientras el Jefe y su Hembra han subido a uno de estos cubiles nos hemos encaramado a los asientos que nunca podemos utilizar.

—¡Qué bonito, Vieja perra! Mira el sol de Otoño metido en el agua. ¿Vamos a jugar allí? El Jefe ha dejado una apertura por donde podemos salir.

—¡No Roco; se enfadarán los Amos si salimos del coche!

Antes que mi maestra acabe su advertencia me he introducido por el hueco y aterrizado en el suelo. He salido disparado hacia el sitio en que el agua se vuelve blanca. El mareo me ha desaparecido en cuanto he metido las patas en ella.

—¡Corre Kika; he visto unos animalillos que se mueven rápido entre la espuma y que además no respiran!

Mientras trato inútilmente de morderles, la Vieja perra corre hacia mí con toda la velocidad que le permiten sus cortas patas de griffona.

—¡Roco, los Amos se van! ¡No han advertido nuestra falta del coche...! ¡Deja de jugar y corre con todas tus fuerzas!

En un momento toda la ilusión del viaje y de mis descubrimientos se han borrado de mi pobre mente dando paso a una desesperación que va en aumento conforme aumenta la distancia entre el coche de los Amos y yo.

Después de correr todo lo que mis pulmones y patas han sido capaces de aguantar, me he desplomado exhausto sobre los guijarros que rodean la orilla del Gran Charco Azul.

Poco tiempo después la Vieja perra, en peores condiciones que yo, se ha echado a mi lado jadeando mientras me apostrofa:

—¡Estúpido cachorro; hemos perdido a nuestros amos, vuelvo a estar abandonada y tú, ignorante aprendiz de perro, no sabes nada de utilidad que nos saque de este trance!

Después de desahogarse conmigo Kika ha trotado siguiendo el rastro, con la trufa pegada al

suelo, hasta que ha vuelto para sentarse a mi lado. Su enmarañado pelo ondea al viento mientras sus ojos parecen hundirse en las aguas del Gran Charco Azul.

Me ha parecido prudente guardar un respetuoso silencio que se ha prolongado hasta que mi maestra lo ha roto con esa voz que capta mi atención con la más extraordinaria rapidez.

—Roco: los Jefes no volverán a buscarnos aquí. Ellos saben que los perros tratan de seguir a los amos y nos rastrearán por el camino de vuelta al Territorio. Lo que el coche ha recorrido en una pequeña siesta, a nosotros nos costará dos puestas de sol.

—Kika: podemos trotar todo lo que sea necesario por el camino duro de los coches hasta que lleguemos a la cabecera del Valle que está en dirección a donde sale el sol.

—¡No, ignorante cachorro! Los coches son peligrosos para nosotros y con su olor, podríamos perder el rastro. Por otra parte el Jefe se acuerda de que yo fui herida por uno de ellos y sabe que no me acercaré al camino por donde andan.

»Él conoce el campo y tratará de atajar pero... ¿Por dónde?

—Kika: ¿por qué no nos acercamos a otros humanos para que nos lleven al Territorio?

—Roco, tu llevas pintado en tu oreja derecha algo que te acredita como perro valioso para ellos. Podríamos caer en malas manos que te llevasen a territorios lejanos y a mí me encerrasen otra vez... O algo peor. Trataremos de esquivarlos trotando siempre por el bosque que sube hasta la cabecera del Valle. Prepárate y que el Gran Alguien nos ayude.

Después de lanzar un potente aullido, la Vieja perra se ha puesto en movimiento siguiendo siempre la dirección opuesta a la del sol que ahora trata de ocultarse detrás del Gran Charco Azul cuya agua no se bebe.

Cuando las estrellas brillan altas sobre el negro que aguanta a la Luna, Kika se ha detenido en un calvero del bosque por el que discurre un riachuelo que busca la dirección del Charco Azul.

Después de olfatear el agua, ha comenzado a beber, indicándome que yo también puedo hacerlo. Mientras bebo la miro de reojo atisbando en su mirada un sentimiento de responsabilidad hacia mí. ¡Vieja perra veterana...! ¿Qué no serías capaz de enseñarme?

—¿Tienes hambre cachorro?

—Sí Kika, pero más que el estómago, lo que me duele es la falta de mi Jefe y su manada.

—Eso lo podrías haber previsto antes de hacer el estúpido con los pececillos de las olas. Ahora hay que alimentarse y tu aún no sabes cazar. Espera aquí sin moverte hasta que regrese.

El tiempo en el que la vieja cazadora ha estado ausente, se ha convertido para mí en un fascinante suceder de encuentros con otros animales que comparten con nosotros el Planeta.

He observado al búho de ojos inquisitivos y al aterrorizado ratón que huye de sus garras, a la culebra que husmea la madriguera del topo y a la rana que hincha el cuello para cantar una extraña canción. Todos estos compañeros me habían sido descritos por mi maestra pero nunca los había tenido tan cerca.

Por un momento su compañía me ha liberado de la tensión acumulada durante la jornada. La paz se ha apoderado de mí con tanta intensidad que he entrado en un profundo sopor.

—¡Despierta, Roco! Come y vámonos de estos parajes. Son peligrosos para nosotros.

De los belfos de Kika cuelga un amasijo sanguinolento de plumas y carne. Sin pensármelo dos veces me lo he tragado en pocas dentelladas... ¡Sabe mejor que las pelotillas!

Cuando me estoy relamiendo, una intensa luz ha iluminado el calvero mientras un tremendo estampido como el del rayo en las noches de tormenta, ha retumbado en el bosque. Al lado de Kika se ha levantado una gran polvareda que ha puesto a la perra en fuga con una velocidad inusitada en mi vieja maestra.

Otro trueno se ha dejado oír a la vez que un punzante dolor se ha apoderado de mi pata derecha.

—¡Corre desgraciado, o perderás la vida!

El dolor no me ha impedido alcanzar a Kika y mantener su misma velocidad por espacio de miles de trotes. Cuando la Vieja perra se ha detenido jadeando, me he desplomado a su lado debajo de dos gigantescos castaños alumbrados por la luna llena.

—¿Qué ha pasado? ¿Porqué me duele la pata?

—Mira Roco: estamos en el territorio del Zorro Gris. Él ya ha cazado hoy y por lo tanto, no he encontrado ni crías de Siro, el macho de perdiz, ni siquiera de las de Rabú el conejo del Cerro de Tomillo. He vagado hasta un territorio pequeño donde los humanos crían el animal que nos hemos comido. Ellos lo llaman «Gallina» y lo aprecian mucho. No se debe matar pero tampoco la Ley te obliga a morir de hambre. Había dos perros sin nombre vigilándolos pero estaban atados. Cuando comía mi presa, los ladridos de nuestros congéneres han despertado al humano que, sin parar en soltarlos, me ha perseguido hasta aquí. Si hubiera desatado las cadenas de los perros a estas horas, ya estaríamos muertos. Desgraciadamente de la mano del hombre han salido dos truenos —como los que lanza nuestro Jefe de vez en cuando— y uno de ellos al parecer, ha alcanzado tu trasero.

Por más que intento alcanzar el orificio con mis dientes, no he podido librarme del dolor hasta que Kika con sus agudos incisivos, ha extraído una pequeña bolita de metal incrustada en mi duro pellejo.

—No es nada, cachorro. Ambos hemos tenido suerte de no haber caído fulminados por el rayo.

El cansancio y la mala experiencia vivida ha dado con nuestros huesos en tierra. Los dos, acurrucados bajo un chaparro, hemos caído en un intranquilo sueño. El cuerpo de Kika se sacude y agita en movimientos involuntarios indicando serias desazones en el ánimo de la veterana Griffona.

El Este se ha tornado rojizo al amanecer indicándome el camino de nuestro territorio. Kika duerme profundamente cuando venteo un arroyo en el que saciar la sed.

Mientras desciendo la vaguada los pequeños hijos de Rabú huyen despavoridos pensando quizás que yo, un patoso cachorro de Pastor alemán, sería capaz de apresarlos y matarlos.

La verdad es que ganas no me faltan pero soy consciente de que ni aún la *bregueña* Kika, con su sorprendente agilidad, podría con ellos.

Después de beber he merodeado por la vaguada hasta que la suerte del cachorro me ha llevado

hasta el nido de la hembra de Siro. Recuerdo que el Jefe, de vez en cuando, nos mezcla las pelotillas con huevos del pájaro al que Kika dio muerte la noche pasada.

Cuando he olfateado la existencia de varios de ellos, he ido en busca de mi maestra y con todo lujo de detalles, le he contado mi hallazgo. De regreso al nido, la pobre hembra ha levantado el vuelo después de correr nerviosa de un lado para otro tratando de despistarnos y hacernos disuadir de la felonía.

Me hace gracia ver a mi pequeña amiga chorreando huevo y masticando cáscaras mientras cierra los ojos al igual que si engullese un buen trozo de carne fresca.

Medio satisfechos nuestros instintos primarios, nos hemos puesto en movimiento con un trote sostenido, en la dirección en la que el sol se levanta.

El trote del Pastor alemán es muy largo para ser aguantado por una vieja Griffona y, al cabo de un buen rato cuando el sol está alto, hemos alcanzado un otero en el que Kika se ha detenido no sé si por cansancio o para escudriñar el terreno que nos rodea.

La mirada de la Vieja perra ha vagado por el horizonte mientras yo me lamo el pequeño orificio que me produjo el trueno en el calvero.

—Roco, a pocos trotes tenemos una vivienda humana al Sur de aquella alameda. No veo movimiento de hombres y advierto, por la tranquilidad de los pájaros, que no hay peligro para nosotros. Vamos a coger el viento de cara para olfatear algún perro que pueda atacarnos en su territorio.

La prudente veterana ha cargado viento y merodeado con infinita cautela por los alrededores de la vieja vivienda hecha de piedras y palos.

—¡Baja, cachorro! ¡No hay peligro!

Cuando la he alcanzado, Kika olfatea insistentemente los aledaños del cubil.

—Los que habitan aquí son unos hombres que cuidan del ganado y solo vienen de vez en cuando. Suelen tener comida para aguantar los fríos del Invierno. ¡Entremos a buscarla!

Por un agujero de la puerta he conseguido introducir mi cuerpo más pesado que el de Kika, que no ha tenido ninguna dificultad para seguirme.

Nuestra búsqueda ha dado fruto. Cerca de la chimenea cuelga un buen trozo de carne medio seca que mi Jefe llama «tocino», y que suele llevar cuando se interna en el bosque del Este.

Esta vez Kika ha hecho uso de los privilegios del Dominante y no me ha permitido comer hasta que se ha retirado satisfecha del banquete.

Cuando en dos bocados he dado cuenta del resto, una sensación de empalago y sed se ha apoderado de mí.

—Kika: ¡tengo sed!

—Mira, cachorro, esa carne la mantienen los humanos sin pudrirse, a base de sal. Tendremos que buscar agua otra vez. Encaramados otra vez en el otero hemos divisado el río principal del Valle. En su ribera hay unos animales impresionantes ramoneando la hierba aún fresca de principio de Otoño.

—¿Qué son esos grandes bichos Kika?

—Vacas, Roco... Y tienen malas pulgas. Ignóralas cuando pasemos cerca de ellas porque son

capaces de darte un susto. Los humanos vendrán al anochecer y cuando eso ocurra, ya estaremos lejos.

Cuando trato de seguir a Kika que mantiene una prudencial distancia con los malhumorados bichos, uno de ellos me ha mirado.

Parece una hembra vieja con los cuernos mas cortos que el rabo de Ramón. Mientras — desoyendo los consejos de Kika—, me acerco para olfatearla, el feo animal ha levantado la cabeza y emitido una especie de rugido que ha puesto de punta todas las cerdas de mi lomo y... ¡Eso es demasiado para el honor de un cachorro! Mientras corro hacia ella he gritado con toda la potencia de mis pulmones:

—¡Estúpida vaca! ¿Cómo te atreves a desafiar a Roco, el hijo de Arthur? ¡Te clavaré los colmillos en el cuello hasta que chilles de dolor!

El torpe animal, cuando me ha visto correr hacia él, ha comenzado una loca carrera en dirección al río. Mi henchida vanidad me ciega de tal forma, que apenas oigo los ladridos de Kika.

—¡Roco, el macho va a por ti!

Antes de advertir su presencia una fuerza descomunal me ha levantado en el aire y, dando volteretas he aterrizado en el agua que se mueve a gran velocidad.

—¡Ayúdame Kika! ¡El agua me lleva!

Si el Jefe no me hubiera enseñado a nadar en el charco del Territorio, el grandísimo macho habría conseguido ahogarme.

Kika corre por la orilla en la misma dirección que yo hasta que ha encontrado un meandro por el que puedo salir. Después de indicármelo se ha tumbado en los guijarros de la ribera.

Cuando, chorreando agua y tosiendo me he echado a su lado, un aluvión de reprimendas ha salido por la boca de mi veterana maestra.

—¡Tonto cachorro! ¿Hasta cuando desoirás los consejos de esta perra? ¿No nos has metido ya en suficientes líos? Has estado a punto de morir entre los cuernos del viejo semental... ¡Basta ya de juegos!

En un instintivo acto de sumisión, he lamido la comisura de la boca de mi sabia compañera y eso, al parecer, ha calmado su mal humor.

—¡Vieja perra veterana, hija de un sabio chacal! ¡Este estúpido cachorro seguirá fielmente tus consejos como si proviniesen de su padre Arthur!

Kika, en el fondo es algo vana, y la mezcla de humildad y sumisión que he mostrado hace que cambie inmediatamente su seco gruñido por la mirada dulce y maternal que siempre me ha tranquilizado.

Cansados por el trote, la paliza y la buena comida, nos hemos ido a sestar debajo de un gran álamo blanco donde hemos entrado en un profundo sopor. Antes de dormir he aullado con todas mis fuerzas: ¡Echo de menos a la Manada del Valle!

Cuando hemos comenzado el trote el sol se encuentra ya en dirección al Oeste. Caminamos con él en nuestra espalda mientras Kika calcula en voz alta, la distancia que nos separa de nuestro

territorio.

—Si no nos metes en otro atolladero, cuando salga el sol de nuevo, estaremos en el Cubil. Descansaremos esta noche bajo el puente de piedra que se encuentra entre los castaños de la Vaguada del Sur. Una vez, antes que tu nacieras el Jefe nos llevó a todos allí. El agua es limpia y abundante, podremos cazar algo y descansar. Yo ya no estoy para estas aventuras y menos para los sustos que me das.

Mientras la perra rezonga, no cesa de mirarme de reajo sin que por ello pierda la velocidad de trote. Yo me encuentro en buena forma y, al tener que caminar con mas lentitud de la que estoy acostumbrado a mantener, me entretengo en mirar todo lo que me rodea con la incredulidad del cachorro y el asombro del perro doméstico.

—¡Mira, Kika: un pájaro de cuatro patas!

—¡No seas tonto, Roco! Es una ardilla voladora. Salta de rama en rama pero eso no quiere decir que vuele.

La Vieja perra no cesa en su atenta mirada manifestando —de esa forma— la total desconfianza en la seriedad de su pupilo. Sus ojos casi invisibles en su enmarañada frente, brillan como carbones encendidos entre las dos luces del atardecer.

Cuando la noche se nos ha echado encima, Kika me ha anunciado que nos encontramos muy cerca del viejo puente de piedra abandonado. Su instinto, vejez y prudencia ha impedido que continuemos la marcha.

—¡Huelo algo, Roco y creo que es fuego!

—¿Cómo puedes ventear algo así Kika? ¡Yo no huelo nada!

—No es que no tengas olfato, cachorro, es que no sabes utilizarlo. Estás de espaldas al viento que se dirige al puente. ¡Ponte de cara, tonto Pastor, y leerás en él todo lo que necesites!

He dado un pequeño rodeo para colocarme de cara al viento descubriendo de esa forma la sabia advertencia de mi veterana maestra. El aire me trae efluvios de agua fresca y romero del monte bajo, de zorro en el viso y de crías de Rabú en el espartal y... ¡De humanos junto al fuego!

—Kika: huelo hombres junto a la lumbre y comida humana.

—¿A tanto llegas, cachorro? Están muy lejos.

—¿Te extrañas tú que me has enseñado? Yo tengo, por ser pastor joven un buen olfato hasta ahora sin adiestrar pero, el viento de una vieja griffona, deja mucho que desear.

La buena de Kika, en otra ocasión, me habría regañado por mi falta de respeto pero ahora, hay que oler el viento.

Sentados en una gran piedra que domina en altura al viejo puente, hemos olfateado juntos y leído a fondo, lo que nos contaba el aire.

—Ventea bien Roco y confirma lo que yo leo.

—¡Sí, Kika, son hombres pero... son los de nuestra Manada!

El olor peculiar del Jefe y del líquido que se echa en la cara cuando se arranca los pelos, ha entrado directamente en mi cerebro como el estampido que me hirió.

—¡Vamos, Kika... son el Jefe y su Cachorro!

Ahora ya no he esperado a mi maestra. Con un galope desenfrenado he cruzado entre los

juncos dejándome mechones de pelo colgando de ellos. Mientras corro, grito con todas las fuerzas que me quedan:

—¡Jefe, somos nosotros! ¡Qué alegría de veros!

«¡Kika, Roco ...aquí!».

Cuando hemos llegado al calvero de la hoguera, el Gran Cachorro nos espera erguido mientras su padre, ha aguantado mi acometida de rodillas.

Los llantos, lametones y saltos han durado hasta que el Jefe nos ha servido la escudilla de comida.

Mientras me desahogo con las pelotillas, mi amo ha tomado en brazos a Kika y ambos se han alejado unos trotes de donde estamos. Entre la espesura he oído al Jefe hablar en susurros y a mi maestra gruñir quedamente. ¡Nunca sabré lo que hablaron aquella noche!

Acurrucados junto al fuego y pegado a mi amo, he pasado la mejor noche desde que perdí la blandura y tibieza del vientre de Anouska.

CAPÍTULO VI

En el albor de mis cinco meses he sufrido el primer revés emocional de los que el Gran Alguien envía a sus criaturas para enseñarles a vivir. Ayer mi Jefe enfermó. Kika lo captó al entrar en su cubil y observarlo detenidamente.

—Roco, el Jefe está mal. Sus emanaciones indican una enfermedad capaz de matar a los Humanos. No te separes de él, ya que tu presencia y la mía en su cubil lo tranquilizan.

—Kika, ¿vamos a perder a nuestro Jefe?

—Él es todavía joven y fuerte. La Gran Hembra y el que cura a los Humanos, lo atenderán, y el Gran Alguien querrá que sea él quien nos cuide a nosotros cuando nos llegue nuestra hora.

—Kika, yo no podría vivir sin mi Jefe. Para mí es más importante que Arthur y Anouska. Yo no conozco al Gran Alguien pero debe ser algo así como el Jefe de todas las criaturas y como una de ellas, insignificante que soy, no puedo concebir la idea de vivir sin mi amo.

—Roco, los Humanos enferman como nosotros, pero tienen una ciencia muy poderosa que los ayuda a curarse. Ten valor cachorro; yo he visto sanar a la Gran Hembra y a la Cachorra de enfermedades que a nosotros nos matarían... ¡Ve ahora al lado del Jefe!

El Territorio ha perdido la paz. La Gran Hembra ha hablado sola con el aparato de la oreja muchas veces. Los Cachorros están inquietos, Kika ha cantado toda la tarde mirando a la luna creciente, y yo he lamido constantemente la mano del Jefe mientras dormía.

Al amanecer, toda la manada ha partido del Territorio dejándonos, a Kika y a mí solos en él. Antes, la Gran Hembra se ha dirigido a la perra y le ha ordenado: «¡Vigila!».

—Kika, ¿qué pasa?

—Se llevan al Jefe a un Gran Cubil donde cuidan a todos los Humanos enfermos, y la Gran Hembra quiere que nosotros cuidemos el Territorio hasta su vuelta y... ¡Lo haremos, Roco! ¡Como mis abuelos eran chacales que lo haremos!

Pasan las lunas mientras la tristeza se apodera de mi espíritu. La ausencia de mis Amos es una tortura concebida por el Gran Alguien para poner a prueba la fortaleza de los Perros, con nombre o sin él.

Los Cachorros vienen al Territorio solamente a dormir. Kika, siempre atenta a sus conversaciones, me cuenta que el que cura a los Humanos ha abierto la barriga del Jefe y extraído un pedazo de tripa que le dolía y le hacía enfermar. Su vida, dice la Cachorra, ya no peligra y, con suerte, pronto estará en el Territorio.

Durante el día deambulamos por los bancales, dormimos y comemos cuando nos apetece. Kika vigila constantemente la verja y sus aledaños. Las conversaciones con ella no se ven interrumpidas, como antes, por el agudo silbato del Jefe o la ronca voz del Gran Cachorro al llamarnos.

—¡Atento Roco! Un Humano extraño merodea el Territorio. Parece que intenta penetrarlo.

—Kika, estoy sintiendo su actitud. Es muy mala y lleva en su garra un palo... ¿Qué hago?

Antes de contestar, la Vieja perra se ha lanzado contra la puerta, luciendo sus pequeños colmillos de vieja Griffona.

—¡Ataca Roco, o acabará conmigo!

No puedo pensar. Un sentimiento extraño recorre todo mi cuerpo. Mis cerdas dorsales se erizan. Los incipientes colmillos salen al aire sin que yo lo desee y un ansia de combate se ha apoderado de mí.

—¡Ataca cachorro, ataca! Yo no puedo más.

No sé lo que es atacar, pero mis ya fuertes patas me han llevado volando a la verja. Con todo el resuello de mi pecho he lanzado al aire un gruñido que me ha sorprendido a mí mismo, a la vez que paraliza el brazo que trata de abrir la verja. Mis colmillos buscan ansiosamente algo que desgarrar, y el miedo que me atenazaba ha desaparecido.

Me he puesto de pie en la valla para tratar de «morder», pero el Humano ha retrocedido. Es un hombre joven, más que nuestro Jefe, pero de menos envergadura que él. He captado un sentimiento de miedo mientras se aparta de la valla.

Kika sigue ladrando furiosamente mientras yo lo observo. Mi pelo vuelve a su posición, y el temblor de mi costado desaparece. El Humano retrocede lentamente y comienza a andar hacia un Territorio vecino.

Cuando lo hemos perdido de vista, Kika se ha echado, exhausta, al lado del Mandarin mientras jadea y gruñe de dolor. Ha recibido un golpe en las costillas y cojea de una pata.

—¡Bravo Roco! Has atacado como un perro de tu nombre. Quizá esta Vieja perra te deba la vida. Ya no te llamaré «cachorro»... ¡Ahora eres un Perro!

—Kika, ¿por qué el Mal Humano quería entrar en el Territorio?

—Entre los de su especie existe la mala costumbre de quitarse cosas que a nosotros no nos sirven para nada, pero que a ellos les supone un trabajo conseguirlas, y a las que tienen mucho apego. Ellos, asimismo, no mean su Territorio para marcarlo sino que ponen vallas para protegerlo. Los Amos nos enseñan a ahuyentar a los que no pertenecen a la manada con una orden que tú ya conoces y que suena... «¡Vigila! ».

—Kika, ¿por qué se roban entre ellos cosas que no puedan comerse?

—Sólo los Humanos que aceptan la Ley del Gran Alguien no cometen esas acciones que a ti te extrañan. De todas formas, perro, no te puedo explicar todo sobre ellos porque yo tampoco los entiendo siempre.

—Kika, ¿he «atacado» bien?

—Lo has hecho como un auténtico Pastor. Ya nunca pondré en duda tu Jerarquía. Puedes morderme el cuello como Macho de Manada. A partir de ahora esta Vieja perra será tan sólo tu consejera. Tu cuerpo es dos veces mayor que el mío y tres veces más fuerte. Sólo discutiré contigo por dos motivos: mi comida y el cariño de la Cachorra... ¡Estoy orgullosa de ti, Pastor!

Mi vanidad de perro ha crecido tanto que he llegado al extremo de llamar al viejo Ramón, el Doberman, con roncós ladridos y, levantando orgulloso mis orejas, he gritado:

—¡Doberman: he atacado!

—¡Bien cachorro! A partir de ahora no será Kika quien defienda tu Territorio. Le contaré tu

hazaña a Manolo y Paco, mis hermanos, y esta noche cantaremos a la luna para celebrar que hay otro Perro en el Valle.

He dormitado esta noche pensando, ilusionado, en las grandes gestas que los de mi nombre han llevado a cabo.

Me acuerdo de Anouska cuando nos hablaba, en su Territorio, de un perro de apodo Tommy, que fue herido tres veces en combate con los Humanos Guerreros, y «condecorado» con la «Cruz de Guerra».

Supongo que el combate sería para Tommy una defensa de su Territorio y el chisme con el que lo condecoraron sería comestible. Los Humanos Guerreros, de todas formas le tienen a estos premios mucha estima. Si se lo dieron a Tommy... ¡Qué orgulloso estaría su Jefe de él!

¡El Jefe y la Gran Hembra han vuelto a media mañana al Territorio!

La emanación de mi amo ha demostrado una tremenda alegría al vernos. Su rostro se ve demacrado, y su cuerpo más flaco. Camina con dificultad pero se ha inclinado para saludarnos. Lloro de alegría mientras mi lengua limpia la cara de mis Amos.

Kika ha estado a punto de perder el rabo de tanto agitarlo y al final hemos conseguido un buen restregón de hocicos del Jefe.

—¡Cuéntale, Kika, lo que hice ayer con el Mal Humano!

—Roco, nosotros entendemos el lenguaje del Jefe y los Humanos pero ellos a nosotros no. Sólo entienden nuestra actitud.

Aunque no me entiendan he corrido como un loco saltando entre los cachorros y mordiendo a Kika en el cogote hasta que el Jefe me ha ordenado echarme a su lado mientras protegía su vientre herido de mis alegrías.

Vuelve la felicidad a la Manada del Valle.

Mientras el Jefe descansa en su Cubil, se oye el trasteo de la Gran Hembra por el territorio, y del sitio de la comida emanan fascinantes olores ya casi perdidos en mi memoria.

Paso los días jugando con los Cachorros, impresionando a Kika con mis roncós ladridos y mordiendo todo lo que se pone a mi alcance. Un intenso dolor tortura mis mandíbulas, y manchas de sangre aparecen en un juguete que me ha hecho el Jefe en su Cubil, y que él llama «aporte».

Consiste en un palo de media pata de largo y como una manguera de gordo, al que mi amo ha forrado con un fuerte lienzo y cosido con suma paciencia.

Ayer me lo entregó mientras ordenaba «¡Aport!». Me acarició mientras lo mordía y me hizo comprender que en adelante, cuando mis dientes aún pequeños doliesen, debería morder el artefacto en vez de esas cosas que él lleva en los pies.

Para ello, lo lanzó varias veces, y cuando yo corría a buscarlo, él exclamaba: «¡Bien Roco! ¡Trae!».

La primera vez que lo deposité a sus pies me felicitó con efusividad e inmediatamente comprendí que ese juego le gustaba.

—¡¿Qué no haría por ti, Jefe?! ¿Quieres que te lo traiga? Yo lo haré todas las veces que tú

quieras aunque... ¡Voy a lastimar a Kika! Ella es ligeramente más rápida que yo y llega al aporte antes. Al intentar yo atraparlo doy con los huesos de la Vieja perra por el suelo.

—¡Bestia! ¡Vas a matarme en una de esas embestidas!

—Lo siento, Kika, lo ordena el Jefe.

Prefiero soportar tu mal humor de hembra sin macho que desobedecer al amo.

Mientras aprendo a jugar con mi Jefe al truco del aporte, la Gran Hembra ha descubierto la debilidad del *Deutscher Schäferhund*.

—¡Se burla de mí! ¡Del Pastor Roco! Se me separa unos trotes, me mira fijamente y luego se ríe.

Mi respuesta es inmediata. Ataco como lo hice con el «mal humano» pero algo en mi interior inhibe el sentimiento de miedo para transformarlo en alegría. Mis cerdas no se erizan y mis dientes no buscan su garganta, sino su trasero.

Hoy lo he conseguido. He mordido plenamente en el sitio justo.

«¡Bestia! ¡Salvaje!», me increpa mientras, entre risas, masajea sus doloridas posaderas. El juego me ha gustado. Lo practico con el Gran Cachorro pero, con él, siempre salgo mal parado; sus garras son extremadamente duras y su compacta anatomía no acusa el ataque de mis pequeños y aún romos dientes.

Mis continuas y fracasadas escaramuzas me han frustrado hasta que he adivinado su punto débil... ¡Las orejas!

Cuando, por fin, las he mordido plenamente, sus gritos de dolor, mezclados con sus risas han elevado mi vanidad de perro al «summun».

—¡Ya os tengo a ti y a la Gran Hembra! ¡Sólo me faltan la Cachorra y el Jefe...! ¡Pronto descubriré su punto vulnerable!

Hoy los ladridos de la Vieja perra me han despertado al amanecer.

—¿Qué pasa, Kika?

—Ha vuelto el Gordo. Se ha escapado de nuevo de su Territorio y está en la Puerta del Este esperando que los Amos lo dejen entrar.

—¡Hola Viejo! Me alegro de verte.

—Roco, cachorro, a mí también me da alegría ver cómo te has desarrollado en tan poco tiempo. Tu aspecto es magnífico, y tus orejas indican que eres auténtico en tu nombre.

—Ron: he atacado.

—¡Bien, pequeño! Cuando tus Amos me dejen pasar al Territorio nos echaremos con Kika debajo del Manzano y me contarás tus hazañas. Llama a tu Jefe para que me abra la puerta.

—He ladrado en la cara de mi amo hasta que la Gran Hembra, soñolienta, se ha levantado y me ha seguido hasta la puerta Este.

—«¡Ron, sinvergüenza, ¿qué haces aquí?!».

El perrazo ha lamido repetidamente la cara de mi dueña, a la vez que lloraba de alegría.

—Kika: ¡el Viejo llora como yo!

—Roco: Ron está muy contento de venir a nuestro Territorio y, aunque nos pasen las lunas, todos los perros demostramos nuestra alegría así... ¡Eso no es llorar, perro, es alegría!

El Viejo ha comido y bebido sin permitirme acercarme a su escudilla hasta que, bamboleando su enorme cabeza, ha desplomado su corpulencia, como un auténtico trueno, bajo el Manzano.

—¡Cuéntame, pequeño, ¿cómo es que has atacado?!

He intentado, con profusión de gestos y ladridos, relatar mi hazaña, hasta que Kika, relamiendo su blanco hocico, ha interrumpido mi diarreya verbal.

—Verás Ron: Vino un «mal humano» a penetrar el Territorio. Yo sufrí golpes de palo hasta que Roco se abalanzó sobre él provocando su miedo y huida... Es un auténtico Pastor alemán aunque, todavía, cachorro. Le he cedido la primacía del Territorio y he dejado mi voluntad en sus colmillos.

—Perra: por vieja eres sabia. Roco, al paso de pocos meses, te derrotaría con facilidad y aún a mí me pondría en apuros, has obrado con sensatez, la amistad de un Pastor es aconsejable, y sus colmillos peligrosos, más aún, cuando son entrenados por los humanos.

»A partir de ahora vendré con frecuencia a vuestro Territorio a enseñar a Roco. Él me ve como su hermano primero de camada.

—¡Es verdad Viejo! Estoy deseando aprender a atacar como tú.

—Roco: sólo debes hacerlo cuando tu Jefe te dé la orden de «prreee» y, cuando tu Territorio peligre. No te conviertas en un perro peleón porque, es posible, que yo me encargue de bajar los humos a todo un *Deutscher Schäferhund*.

Después de esta seria advertencia me he dedicado a jugar con Ron todo el día. El sí aguanta estoicamente mis embestidas y mordiscos. Ya no lo veo tan grande como hace unos meses, aunque me siguen impresionando su cabezón y descomunales colmillos.

La pobre Kika ya no aguanta mi ritmo. Siempre que jugamos sale llorando y más de un mordisco me ha propinado, en aviso de que le duele.

Al atardecer, los Amos de Ron han aparecido en el Territorio. Su Jefe trae actitud de disgusto, y su Ama de preocupación.

—Viejo: tu Jefe viene enfadado porque te escapas del Territorio y no lo vigilas como debieras. Creo que te van a castigar. Cuando yo corro con algo indebido en la boca, la Gran Hembra me aporrea con el palo que tiene ramas en la punta y me llama algo así como... «¡sinvergüenza!».

—Roco: a mí me atiza el Jefe con un palo que siempre se rompe contra mi lomo. Pero ¡no me importa! Me escaparé siempre que pueda. Viví con mis Amos, en su Cubil de la ciudad, hasta que tuve tu edad. Luego me trajeron a éste en el que no viven normalmente. ¿Qué harías tú, pequeño, si ahora se fuesen tus Jefes?

—Llevas razón, viejo, pero ¿no temes desobedecer a tu amo?

—Cachorro: yo no soy de tu nombre. Mis sentimientos son distintos a los tuyos. No puedo hablarte de ello ahora. Quizá no lo comprendas, sólo te diré que tu Manada me gusta. Son amigos de cualquier Perro y yo defendería gustoso este Territorio si mi amo me dejase.

Los Jefes de Ron se lo han llevado después de reprimirlo severamente.

Pobre viejo. Él no es tan feliz como yo.

—¡Adiós Ron! Vuelve cuando quieras. Te espero para que me des algunas lecciones.

—¡Pronto vendré cachorro! ¡Hasta la vista!

¡Gran día para mí hoy! Ha amanecido luciendo un suave sol invernal. El bosque que linda con la valla Este del Territorio se ha llenado de ruidos que sólo los Perros, con nuestros sentimientos ancestrales de cazadores, podemos apreciar. Oigo al jilguero llamar desde el pino de nuestro Territorio y ser respondido desde el cercano bebedero. Las ardillas, con su natural nerviosismo, no paran su febril actividad temerosas de que el próximo día no puedan abandonar su madriguera. De vez en cuando su movimiento se interrumpe y quedan petrificadas observando las evoluciones de un viejo gavilán que otea una fácil presa para sus desgastadas garras.

Los olores que provienen del Pinar despiertan en mí sentimientos hasta ahora desconocidos. Kika me dice que los efluvios son para nosotros como los papeles pintados para los Humanos. Leemos todo lo que la Naturaleza quiere que sus criaturas sepamos. Me siento identificado, en mi insignificancia, con el Universo que el Gran Alguien creó pensando, quizá también, en los pobres seres que como yo no somos Humanos. Creo firmemente que formo parte de la Naturaleza y que tengo pleno derecho a estar aquí.

Mis pensamientos me hacen evolucionar hacia límites que mi natural ignorancia canina y mi poca edad acotan en breves momentos.

—«¡Roco: vaaamoos!».

El Jefe está erguido en toda su humanidad frente a la verja Este que linda con el bosque. Lleva en su hombro una bolsa que Kika llama «zurrón». De él emanan olor a fruta, a «aporte» y a golosinas mías. En la mano lleva un burdo palo que, desde que salió de la Gran Casa, utiliza como bastón en sus desplazamientos.

Es el primer día que abandona el Territorio solo. Su cuerpo, aunque delgado, se ha fortalecido. Su pelo, siempre corto, ha crecido dándole cuando lo mueve el viento, un aire menos solemne.

Quiere que yo lo acompañe al bosque cercano.

—¡Voy Jefe! ¡Qué alegría verte tan fuerte como para ir andando conmigo!

Lo he seguido, en su lento ascenso por el Pinar, corriendo a su alrededor, tratando de demostrar mi alegría, mientras de sus labios salía un silbido armónico que Kika llama «música».

Hemos recorrido unos quinientos trotes antes de que el Jefe deje de silbar y su respiración se agite. Se ha sentado en una roca enclavada en un calvero del bosque. Su mirada deambula por los árboles observando la evolución de sus pobladores. Su actitud demuestra relajación y serenidad. Pasado el tiempo de mutismo y, mientras compartíamos una fruta, ¡me ha hablado!, ¡mi Jefe quiere hablar conmigo!

Lo entiendo gracias a las largas y tediosas lecciones de Kika. ¡Vieja perra, gracias por enseñarme a oír a mi amo!

—«Roco, amigo, te he echado de menos, cuando estaba herido. Tanto casi, como a mi propia camada. Te he notado grande y fuerte a mi vuelta y me he enterado, por unos amigos, que defendiste nuestra casa muy bien. Tus ladridos se han oído en el Valle, y todos los vecinos hablan

de tu buen carácter. Durante mi enfermedad, cuando los médicos dijeron a mi mujer que peligraba mi vida, tuve miedo, miedo a todo, y por primera vez, difícil de superar. Yo soy, lo que en tu lenguaje, se llamaría “guerrero”. A lo largo de mi vida he sentido esa mala sensación muchas veces. Algunas cuando he saltado desde un aparato que tú no conoces y se llama “avión”. Otras, cuando, enfrentado a otro hombre, en competición, he sufrido golpes más contundentes que los míos. Otras, las peores, cuando uno de mis Cachorros, o su Madre enfermaron gravemente. Pero ahora, Perro, ha sido distinto. Jugándome la vida me he jugado la de mi Manada ¡y la tuya! No soy imprescindible en la camada pero sí necesario.

»La Hembra lo ha pasado muy mal, y los Cachorros también. Toda mi familia, mi madre, hermanos y demás han sufrido conmigo, pero todo eso ha pasado ya. Vuelvo a ser el hombre que te compró y te trajo a casa. Dentro de poco volveré a correr y practicar unas técnicas de combate, parecidas a las vuestras, que algunos humanos conocemos y que nos fortalecen enormemente. Cuando esto ocurra, tú tendrás casi ocho meses, y podré comenzar el adiestramiento. Te prometo que haré de ti un perro fuerte e inteligente, ¡ah!, y te buscaré una perra de tu nombre cuando llegue el momento.

»Ahora, Roco, estoy cansado. ¡Lástima que no me entiendas! Algunas veces creo que lo haces, y doy por cierto la vieja frase humana “Cuanto más conozco a los Hombres, más quiero a mi Perro”. ¡Vámonos! Oigo a Kika ladrar desde aquí. Tiene celos de ti “bergante”. Cuídala, cachorro, es una buena perra y tiene mucho que enseñarte».

Después de terminar con las frutas y golosinas, el Jefe me ha acariciado, y me ha vuelto a ordenar: «¡Vaamoos!».

He partido como un rayo delante de él, volviéndome constantemente para escrutar sus emanaciones. Está cansado pero tremendamente en paz consigo mismo y con su entorno.

Cada trote crece en mí un sentimiento que los Humanos definen como «felicidad» y que ellos nunca alcanzan ¡pobres criaturas! ¡Es tan fácil para mí! Soy un perro sano y con orgullo. Pertenezco a una buena manada y además mi Jefe habla conmigo. La Gran Hembra consiente mis trastadas, y los Cachorros juegan conmigo. ¡Qué necesito más para alcanzar eso tan difícil!

Cuando hemos llegado al Territorio, Kika ha recibido al jefe con ladridos y carreras a su alrededor. Me ha mirado con actitud recelosa y con voz agria me ha preguntado:

—Roco: ¿dónde has estado?

—Kika, con el Jefe en el bosque del Este.

—Antes me llevaba a mí y reía cuando acechaba, inútilmente, a las ardillas. Mi pelo era más largo y mis patas más recias. Ahora lleva al Macho, y tengo que soportar oír su «música» desde el Territorio sin poder correr a su lado. Es ley de la Naturaleza, pero es dura, Roco, muy dura.

—¡No te enfades, Kika! El Jefe también aprecia tu compañía, duermes en el Cubil de la Cachorra, la Gran Hembra juega contigo y si no te acercas al Gran Cachorro es porque tienes miedo a la dureza de sus alegrías.

—Es inútil, Roco. Esta Vieja perra sabe cuándo ha pasado su tiempo. Debo retirarme para que los demás Perros suban en la Manada. Aún eres cachorro pero, ya, dominante. Pronto serás el Jefe indiscutible, sólo sujeto a la voluntad de los Amos, y entonces recuerda lo que te enseñé: acepta el

consejo de los Viejos perros y serás sabio.

Me he acostado a los pies del Jefe con sentimientos contradictorios recorriendo mi mente.

¡El Jefe me ha hablado! ¡Kika está vieja y celosa!

CAPÍTULO VII

Mis presagios estaban fundamentados. He visto a Kika últimamente retraída y mohína hasta que la inquietud de mis Amos ha confirmado lo que temía: Kika se ha ido del Territorio.

El Jefe, la Gran Hembra y los Cachorros han recorrido, insistentemente, las vallas que lo delimitan hasta descubrir el agujero por el que ha marchado. Luego han partido en su busca mientras yo he quedado sujeto a la orden, casi incomprensible para mí de «¡Vigila!».

Transcurrido un tiempo interminable he olfateado en el Viento del Norte, la presencia lejana de toda la Manada, ¡incluida Kika!

Al entrar en el Territorio, he detectado el enfado del Jefe, la preocupación de la Gran Hembra y la tristeza de los Cachorros. La Vieja perra, casi arrastrando el vientre, ha franqueado la verja Este. Sus orejas, plegadas hacia atrás y su incipiente temblor, han despertado en mí el instinto paternalista del Macho Dominante.

—¿Dónde has estado, Kika?

—He recorrido el Valle y me han ladrado los perros de los territorios vecinos. El viejo Ron me ha consolado de mi tristeza y, luego al volver, he visto a nuestra Manada. Roco, yo sé lo que es ser abandonado y desde que el Jefe se centra en ti, y todos celebran tu inteligencia, me he sentido desplazada. He probado a mis Amos, al irme, y ellos me han buscado. Yo seré la que me adapte a la nueva Manada. Sólo te pido, perro, que no me quites todo el cariño de Ella.

—Kika, no sólo no te robaré el calor del Territorio, sino que sabes que, aunque sea casi un Perro adulto, siempre serás mi vieja maestra.

Le he pegado un buen revolcón a la perra y un par de mordiscos en el cogote. Parece que esa actitud le alegra y hace que olvide el complejo de perra abandonada, ¡complicadas hembras!

Dicen los Humanos: «Lo prometido es deuda». El Jefe ha cumplido la palabra que me dio en el Bosque del Este. La Gran Hembra quería tener una «cachorra» de mi nombre, y mi amo no ha encontrado mejor regalo, de algo que Ellos llaman Navidad, que hacerle.

Al amanecer de hoy, aún, con los carámbanos colgando de los árboles del Sur, el Jefe se ha apresurado a cortarse los pelos que le nacen en la cara, por más que se los arranque a diario. Ha despertado a la Manada, ha sacado el coche de su cueva, nos ha metido dentro y, cuando nos preguntábamos Kika y yo qué pasaba, la Gran Hembra, aún soñolienta, ha anunciado:

«Vamos por una cachorra que se llamará Tana».

—Muy bien, Amos, ya tendré a quién tullir a mordiscos y revolcones.

—¡Calla Perro! No sabes lo que nos espera.

La voz de Kika parecía salir de la madriguera del Zorro. Sus orejas bailaban como la cola de una lagartija, y sus ojos parecían querer salir corriendo.

—Kika, ¿qué hará la cachorra?

—Roco: todo lo que tú me has hecho a mí. Sólo que, tratándose de una hembra, peor.

Sin importarme, en absoluto, el miedo de la Vieja perra, he venteado todo el camino,

esperando detectar el olor de la Manada desconocida.

Cuando por fin, hemos llegado al Territorio lejano, las impresionantes voces de varios machos adultos de mi nombre, me han acobardado enormemente. Luego he pensado: «Soy como ellos, igual de fuerte y con el mismo ronco ladrido ¿qué temo?».

Sin tenerlas todas conmigo, y tranquilizándome la presencia de mis Amos, entro en el Territorio calmando a Kika, que está mucho más asustada que yo.

Multitud de machos y hembras de mi nombre me ladran y cuentan tantas cosas a la vez que no me entero de nada.

Cuando nuestra Manada entra en el cubil del amo de todos los perros, me relajo y echo a los pies del Jefe. Nos traen un montón de cachorros y los dejan en el suelo ante nuestros pies.

La Gran Hembra, tremendamente cariñosa con ellos, los coge a puñados mientras el Jefe, sentado con el Humano, los observa detenidamente.

Hay una cachorra tremendamente descarada que me dice:

—¡Oye Gordo! ¿Tú quién eres?

—Kika, ¿cómo se atreve esta rata peluda a hablarme de esta forma?

—Calma, Roco, tú me hablabas peor.

—No sólo me ha llamado Gordo, sino que me muerde los belfos y las patas.

Precisamente mis Amos se han fijado en ella, y después de hablar con el Humano, el Jefe ha dicho:

—«¡Cumple perfectamente el patrón del *Deutscher Schäferhund!*!».

La Gran Hembra la ha cogido e introducido en el coche. Todos hemos subido y regresado al Territorio.

—¡Kika ya somos tres!

—¡Ya verás lo que te espera, Roco!

—¡Vieja perra! ¿Por qué te llaman Kika?

Kika y yo hemos guardado silencio mientras ella se refugiaba en el fondo del coche.

La Manada del Valle ha sido acometida por un torbellino pequeño, negro y peludo que ha acabado con las pocas fuerzas que Kika tenía después de criarme a mí.

La Vieja perra se esconde de los asaltos y dentelladas de la cachorra, y muestra constantemente su mal humor mediante gruñidos roncós.

—Kika, ¿por qué es tan mala Tana? ¿Acaso no es una perra de mi nombre? Todo el día está pegada a la Gran Hembra y, cuando no, se pasa el rato mortificando mi piel con tremendos mordiscos. Se mea y caga donde quiere. No respeta a los Amos y sólo descansa cuando duerme.

—Roco, sólo tiene setenta días. A esa edad tú acabaste con mis fuerzas, y además Tana es una hembra, y nosotras somos más revoltosas, inquietas y, ¿por qué no?, listas.

—Kika, ¿debo aguantarle todo?

—Todo lo que no sea robar el cariño de tus Amos y la escudilla de tu comida.

Obedeciendo las indicaciones de Kika he peleado hasta reventar con la inquieta Tana. Sus

puntiagudos colmillos desgarran mis belfos y su fogosidad casi puede con la mía. Poco a poco siento hacia ella un cariño de macho a su pequeña hembra.

Copia mis poses e intenta enderezar, inútilmente sus tiernas orejas cuando detectamos un ruido extraño en el exterior del Territorio.

El apego a la Gran Hembra, su dueña, hace que yo salga malparado de algunos juegos que terminan en estropicio y regañera pero: ¡Yo soy un Pastor alemán! y soporto estoicamente las consecuencias de tener una futura compañera.

Por las noches, cuando los Amos respiran tranquilos, y su quietud nos indica que duermen, se levanta de su sitio al lado de su Ama y viene a acurrucarse entre mis patas buscando el calor del cuerpo de su madre y el sonido de su corazón.

He dormido con el sentimiento de plenitud y paternalismo de un Gran Macho.

—Roco ¿por qué eres tan grande?

—Tana; tengo seis meses y mis padres eran también grandes y fuertes. Soy hijo de Arthur y Anouska, nieto de Farhu y Flora y mi otro abuelo es Natz, ¿cómo voy a ser débil?

—Roco, yo soy Tana, hija de Trust y Mary, y nieta de... Pero de todas formas no me entero de nada. Kika me gruñe y tú me rabias. Cuando meo en el Cubil la Gran Hembra me dice «¡Cochina!», y eso me asusta. El Jefe es serio y juega más contigo. La Cachorra Humana protege a la Vieja perra y no quiere que la muerda, y el Gran Cachorro es demasiado grande y fuerte para mí. Sólo puedo esconderme debajo de la Gran Hembra... ¿Qué hago Roco?

—Tana, haz lo que te digan los Amos y tú entiendas. Dentro de poco aprenderás a conocer sus deseos. Acepta los consejos de la Vieja Kika. Ella peleó con la Bóxer Estia y con el Mal Humano. Me ha criado y yo la respeto enormemente... ¡Es mi maestra! El problema es que está cansada y a ti, pequeña rata peluda, te enseñaré lo que yo sé pero te voy a tullir a mordiscos, y la Gran Hembra te deslomará con el palo de ramas como insistas en mearte donde quieres. De todas formas, endemoniada perra, perteneces a la mejor Manada del Valle, ¡has tenido suerte!

—«¡Roco vaaamooos!».

—¡Corre Tana, el Jefe nos llama!

Llegamos junto a la verja Este a la mayor velocidad que nos permiten nuestras patas. El Jefe, la Gran Hembra y la Cachorra están abrigados y con nuestros collares y traíllas en las manos. Del «zurrón» del amo emanan los efluvios que me hacen sentirme alegre: el olor de mi saco de yute, el aroma de la fruta fresca y el agradable tufillo de las golosinas, mezclado con el «aporte».

Hemos comenzado a subir la ladera de pinos entre risas de los Humanos y lastimeros quejidos de la pequeña Tana que siempre queda rezagada.

Cuando pasamos por un sitio de difícil acceso la Gran Hembra coge a la cachorra en brazos y le franquea el paso.

—¡Oye Jefe! A mí nunca me has cogido. He aprendido a andar por el bosque yo solo sin tu apoyo ¡qué suerte tienes, Tana! La Gran Hembra te trata mejor que el Jefe a mí. Debe ser que yo soy el Macho Dominante y tú no más que una rata peluda.

—Roco eres un Gordo envidioso y además tonto porque hablas con el Jefe como si os entendieseis.

—Yo lo entiendo muy bien, casi como Kika, y él no sé, pero interpreta muchas de mis actitudes. Creo que con el tiempo podremos hasta «hablar».

El Jefe parece totalmente recuperado. Su caminar es más rápido que el del resto de la Manada. Se ríe de las Hembras mientras el Ama, feliz, mira a su Macho trepar como una cabra por las cortaduras del bosque.

—«¡Oye Roco! Vete con el Jefe y no lo dejes solo. Aunque él sea “guerrero” y conozca el campo, todavía es pronto y los machos humanos, a veces, no saben medir sus fuerzas».

Quizá sea la primera orden que yo capte totalmente y en toda su extensión de la Gran Hembra. Entiendo que acompañar al Jefe provoca confianza en ella y mi orgullo de perro me ha hecho exclamar:

—¡Oye vieja Kika! La Gran Hembra me necesita y me llama por mis cualidades de animal de campo.

—Eres un perro vanidoso y ya estoy empezando a cansarme de estúpidos cachorros e inútiles hembras que se mean en el Cubil.

La respuesta de la perra ha encendido en mi limitada mente una alarma y un sentimiento de pena hacia mi antigua preceptora. ¡Se encuentra desplazada!

Mis lúgubres pensamientos han desaparecido cuando toda la Manada, cansada de aguardar el lento trotecillo de Tana, ha hecho alto en un otero del Valle.

El Jefe, orgulloso de su hazaña, ha llamado «tortugas» al resto de su Camada. La Gran Hembra ha bromeado y le ha transmitido el mismo mensaje de vanidad que Kika a mí, mientras se reían ambos de los porrazos que la Cachorra se propinaba al resbalar por las vaguadas.

—Gordo, ¡me duelen las patas!

—Llora, seguro que la Gran Hembra, menos brusca que el Jefe, te coge entre sus garras.

Mi consejo ha surtido efecto y a la vez que Tana era arrullada por su Ama, los demás hemos rastreado y localizado la madriguera de un Zorro.

El Jefe ha tocado las ramas aún con savia, olido excrementos frescos y se ha ido convencido de que estaba habitada.

—«¡Vamos hacia abajo!».

El día ha sido inolvidable. La pequeña Tana, reventada por el largo trote se ha acurrucado al lado de la chimenea y dormido plácidamente mientras su pequeño corazón late apresuradamente, a la vez que extraños gruñidos y quejidos relatan sus gloriosas hazañas de Pastor alemán en el Bosque del Este.

Sigue rondándome el sentimiento de tristeza que me provoca la actitud de vieja desplazada de la Perra Kika.

Antes de dormirme a los pies del Jefe, un grito en forma de aullido ha salido de mis fauces:

—¡Vieja perra, vuelve a ser la que eras!

Un lastimoso quejido ha contestado desde el Cubil de la Cachorra:

—¡Dejadme en paz, Pastores, me encuentro mal!

CAPÍTULO VIII

Hoy he cumplido siete meses de vida.

El rigor del Invierno en el Valle nos hace pasar largas horas echados junto al fuego mientras las conversaciones fluyen entre nosotros. La Vieja Kika, como dice mi amo, se ha retirado a sus «Cuarteles de Invierno». No contribuye, en absoluto, a la crianza de Tana. Sus hostiles gruñidos la mantienen a raya cuando el inocente cachorro trata de acercarse a ella moviendo su hirsuto rabo. Frente a estas respuestas de la veterana, la pequeña hembra descarga todas sus energías destrozando mi pobre piel con sus agudos dientecillos. Es tremendamente inquieta. Su agilidad es muy superior a la mía cuando contaba con tres meses de vida, y su capacidad para inventar «faenas» rebasa los límites de la inteligencia canina. Desgraciadamente no aprovecha su sagacidad para dejar de mearse en sitios prohibidos o destrozarse los objetos que los Humanos aprecian.

Hay algo en esta pequeña Perra que me fascina y que me hace participar en las correrías que traen fatalmente, como consecuencia, la desagradable voz de «Fuit» o el tremendo escobazo que nos atiza la Gran Hembra. Tana inventa un desastre y yo, a pesar de mi seriedad, participo. Cuando después los Amos nos reprenden, mi tristeza contrasta con el falso arrepentimiento de la pequeña hembra. No obstante estoy dispuesto a participar en su siguiente desaguizado. Debe ser que, aunque mi cuerpo está casi desarrollado, mi edad mental no ha alcanzado la cota de la madurez.

Kika nos reprende seriamente y no nos acompaña más que cuando los Amos nos llaman a todos con el agudo silbato. Contrasta la paciencia que la Vieja perra demostró conmigo con la intolerancia y el mal humor con que acoge a Tana.

—Kika, ¿por qué no quieres a Tana?

—¡Claro que la quiero! Tanto que estaría dispuesta a pelear de nuevo con Estia, la Vieja Bóxer, si peligrase su vida.

—Entonces, ¿por qué no dejas que juegue contigo como hiciste cuando yo era un cachorrito?

—Roco, hay dos motivos fundamentales que explican mi actitud: el primero es que cada vez que la Manada crece, los Amos dispersan su cariño y, normalmente, lo dirigen hacia el que más lo necesita, en este caso, a Tana. Yo era la mimada del Cubil, y el perder mi «status» me hace poner huraña; el segundo motivo, tú como Macho Dominante lo deberías saber, cuando los Amos te trajeron al Valle yo sabía que te convertirías, como perro, en el Jefe de Manada y yo sería la Hembra Dominante. Al llegar Tana sé que mi preponderancia acabará pronto. Su nombre es muy superior al mío. Es una Pastora alemana, como tú, con la que no podré dentro de unos meses. En ese momento se producirá el enfrentamiento por la Jerarquía, y yo no quiero que eso ocurra entre nosotras. Prefiero ocupar un lugar fuera de la Manada, junto a los Amos, que siempre apreciarán mi compañía y lealtad.

»Aparte, Roco, desde que tú llegaste yo he envejecido siete veces más que un Humano en este tiempo. La energía que me queda debo emplearla en atacar la valla cuando algo extraño ocurre, y en escapar de los escobazos que vosotros, auténticos demonios, hacéis que la Gran Hembra

descargue sobre nuestros lomos.

—Kika, tus mandíbulas ya no son tan fuertes, tu olfato es el de una vaca y tu pata se acalambra cada vez que duermes pero... ¡Sigues siendo sabia, Vieja perra, muy sabia!

»El Gran Alguien querrá que, cuando yo termine de crecer, tú me hayas enseñado a ser un perro listo, reflexivo y, como dice el Jefe, con iniciativa.

La conversación ha sido interrumpida por la veloz carrera de Tana, que venía perseguida por su Ama, la Gran Hembra. La perra traía las orejas pegadas al cráneo y el rabo entre las piernas. Dos escobazos la han alcanzado plenamente mientras trataba de colocarse al amparo nuestro.

—«¡Cochina! ¡Sinvergüenza! ¡Sucia!».

Cuando la Gran Hembra, escoba de jardín en ristre, se ha marchado mascullando palabras de enfado, la cachorra jadeando, ha preguntado inocentemente:

—Roco, ¿por qué no puedo mearme en el gran trapo que hay en el suelo del Cubil?

—Tana, cochina, eso es una alfombra. Vete a mear al bancal que el Gran Cachorro limpia; ése que tiene un Manzano.

—Si es que no me da tiempo, Roco.

—A tu edad también a mí se me escapaba pero no me lo hacía en un sitio tan visible.

A la pequeña se le olvidan pronto las reprimendas. Después de intentar morder a Kika en una pata la ha emprendido conmigo hasta que el sueño del atardecer nos ha vencido. Hemos dormitado cada uno al lado del sillón de su amo, junto al fuego, mientras en el Territorio exterior una llovizna fría y blanda empapa las hojas de los aligustres.

Ha amanecido un día gris, húmedo y frío. La inclemencia del tiempo ha acompañado a la peor desgracia que me ha ocurrido en mi corta vida de cachorro.

Todo ha empezado cuando el Jefe y la Gran Hembra han bajado del coche y, entre caricias y lloros nuestros de alegría, nos han entregado a Tana y a mí un hueso que parece real pero que al olfato de un perro de nuestro nombre no escapa el hecho de ser un pedazo de piel de animal, moldeada y prensada.

Tana ha comenzado a roerlo con fruición, perdiendo algún que otro diente en la faena. Con mi recién estrenada dentadura, lo he deglutido en poco tiempo y, a continuación y como es lógico, le he quitado el suyo a la cachorra a pesar de sus airadas protestas. A la Gran Hembra no le ha gustado mi proceder. A ella no le parece lógico que el Dominante se coma lo que quiera.

—¿Por qué? ¡Soy el Jefe de la Manada, y Tana una simple cachorra!

A pesar de estar en posesión de la razón y por obediencia, he soltado el hueso y he visto con envidia, cómo ante mis hocicos, la perrilla volvía, una y otra vez, a morderlo.

El juego de quitar y devolver el hueso se ha prolongado todo el día mientras el mal humor de la Gran Hembra iba en aumento.

Al mediodía, y como siempre, el sonido característico del coche del Jefe anuncia su presencia en el Territorio.

—Jefe: soy un Macho Dominante y no me dejan comer el hueso de Tana y... ¡Tengo derecho!

Mientras trato de comunicarme con él, lloro y lamo su hocico, Tana le mueve el rabo y Kika se pone sobre sus patas traseras.

La Gran Hembra, preocupada por su cachorra, se queja al Jefe.

—«Tu perro no deja nada a la mía».

—«Es ley de naturaleza, pero procuraremos que Roco deje echar los dientes a la perrilla».

Mi amo ha cogido el hueso y se lo ha entregado a Tana.

Parsimoniosamente ha echado humo por la boca sentado junto al fuego mientras conversaba con la Gran Hembra.

—¡Esta es la mía! ¡Dame eso, peluda!

He salido del Cubil a toda la velocidad que me permiten mis ya recias patas y, encaminándome al Bancal de las Tortugas, me he echado bajo la lluvia a devorar el hueso de Tana.

—¡No pienso obedecer! ¡Soy Roco, nieto de Natz e hijo de Arthur, y soy tan fuerte como el Jefe o quizá más! ¡Es posible que lo pruebe!

La Gran Hembra, asomándose al exterior me ha llamado repetidas veces y a continuación mi amo ha hecho sonar el silbato que no se oye.

—¡No voy al Cubil hasta que me haya comido el hueso!

Repentinamente, la gran envergadura del Jefe se ha erguido ante mí. Su cabello gotea agua que, al formar un pequeño canal, rebota por su hocico hasta empapar sus botas. Antes de que yo reaccione, sus piernas ya entrenadas, han golpeado con dureza mi lomo y un zarpazo horizontal ha arrancado el resto del hueso que mantenía aún en las fauces. Al detectar su emanación más fuerte que nunca, he asumido inmediatamente en mi amo un estado anímico desconocido hasta ahora para mí. ¡Me ha presentado batalla! y por otro lado, un halo de pena envuelve su figura.

El ancestral impulso de autodefensa con toda su parafernalia de erizado de cerda y descubierta de colmillos, no ha llegado tan siquiera a ser perceptible por mi Jefe Humano. Mientras él se yergue aún más bajo la lluvia y frente a mí, una mecanización de mi instinto se ha materializado en forma de imagen animal.

¡Soy un Macho Dominante... pero no un Jefe de Manada! En ese momento me he encontrado como el cachorro abandonado o, lo que es peor, como el Macho derrotado. Un lastimoso quejido ha salido de mis fauces mientras un profundo respeto hacia mi amo me ha obligado a echarme a sus pies y ofrecer el cuello. El ritual que he desarrollado parece que aplaca la emanación del Jefe. Me ha hablado con voz fuerte y seca.

—«¡Vete dentro, Roco!».

Mientras camino al lado izquierdo del Jefe en dirección al cubil, no puedo evitar bajar la cabeza y esconder el rabo entre las patas. Me considero el perro más traidor del Planeta y en mi limitada mente veo la imagen del Jefe acariciándome cuando yo era un cachorrillo y él estaba enfermo.

Al llegar al Cubil me he refugiado entre las piernas de la Gran Hembra. Ella es como mi segunda madre y quizá sepa cómo me siento. Se ha dirigido al Jefe interrogando:

—«¿Qué le ha pasado a Roco?».

—«Ha intentado probarme. Se está convirtiendo en un Perro; creo que ya sabe cuál es su sitio».

en la Manada».

La Cachorra Humana me ha acariciado mientras me habla en tono dulce, a la vez que la pequeña Tana, ajena al problema pero instintiva, ha lamido mis belfos.

—Roco, ¿te has enfrentado al Jefe?

—Kika, no sé qué me ha pasado. Supongo que el amo me expulsará de la Manada, ¡de mi Manada! De la Manada en la que soy tan feliz, del Territorio del Valle.

—Roco yo también lo hice y creo que todos los perros y, aún más siendo machos, se han enfrentado, en su adolescencia, a sus Amos. Lo hacéis porque vuestra sangre de Dominantes os impulsa, en un momento determinado, a probar vuestra fuerza con el Humano Jefe de Manada. Si él no se opone te convertirás en un caprichoso, irascible y agresivo perro.

—Kika, no me han dolido los zarpazos del Jefe, sino la emanación de agresividad y pena que ha emitido durante un momento.

—Roco, no te acerques a él hasta que te llame con buena actitud. Estás muy asustado y la demostración de tu pena, reflejada en tus orejas y rabo, preocupa al Jefe. A él no le gusta castigar a un animal y menos a ti que eres su perro predilecto.

Durante el resto de la tarde he permanecido echado al lado de la Gran Hembra, acariciado por sus manos y arrullado por su voz de la que no descarta, en algunos momentos, unos cariñosos reproches.

La pequeña Tana ha comprendido, después de dialogar con Kika, el conflicto que se ha derivado del juego con su «hueso».

—Roco: me da pena que el Jefe te haya castigado, toma mi hueso, ya no lo quiero.

—Tana: el Gran Alguien querrá que no pases por lo que yo he sufrido esta noche; nunca había detectado en el Jefe una actitud así hacia mí.

»No ha sido culpa tuya, sino de mi instinto, que no he sido capaz de controlar. Nunca más pasaré por esto y ahora... ¡Déjame en paz! Estoy muy triste.

Los días en el Valle se van haciendo claros en su amanecer los almendros del Territorio ofrecen su impresionante pelaje de flores blancas y rosas. A finales de Febrero, los olores que proceden del bosque cercano anuncian la llegada de la próxima estación y la inquietud de sus moradores advierte que, acatando la Ley del Gran Alguien, se disponen a reanudar su latente ciclo vital.

Pronto cumpliré ocho meses y me encuentro dominado por sentimientos contradictorios. Una fuerza en mi interior me lleva a presentar batalla a todos los perros que antes me saludaban a través de la verja del Territorio y que ya rehuyen en su camino. Hasta mi amigo Ron me ha enseñado sus descomunales colmillos después de advertirme que no quiere bromas de un Macho como yo.

Por otro lado sigo con ganas de jugar y correr con la pequeña Tana, morder el cuello de la pobre Kika y saltar constantemente al lado del Gran Cachorro, tremendo inventor de divertidos y peligrosos juegos. A sus 185 meses, es tan alto y recio como el Jefe, aunque más duro y, si cabe,

de más envergadura. Yo lo entiendo menos que a su padre y él a mí tampoco me comprende pero ¡juega mucho!, y eso para mí es importantísimo. También recibo algún escobazo por su culpa pero, al fin y al cabo, compartido duele menos.

Me ha enseñado a llevar leña desde debajo del Gran Charco hasta la chimenea y, cosa curiosa, mi juego hace las delicias de toda la Manada.

—«¡Qué perro más trabajador! ¡Gracias Roco!».

La Cachorra Humana ha abandonado el Territorio para marchar muy lejos, tan lejos que se ha ido al país de mis orígenes, donde von Stephanitz fue inspirado por el Gran Alguien para conseguir el primer perro de mi nombre.

Todas las noches paso por su Cubil y veo a la Vieja perra dormitando debajo de su lecho en ensoñaciones de tiempos pasados.

—¡Pronto volverá tu Ama, Kika! Se lo he oído decir al Jefe que, también como su Hembra, echa de menos a su Cachorra.

También llegará pronto la Primavera y tus viejos huesos se desentumecerán, la pequeña Tana será por primera vez hembra, y aunque el Jefe no me deje cortejarla hasta la tercera, me consideraré un perro adulto. Echo de menos al viejo Truco, creo que ha muerto durante el Invierno y sin embargo tu, vieja gruñona, has echado un pelaje precioso.

—Kika, ¿se acordará el Jefe del día que me porté como un mal perro?

—Seguro, Roco, pero te ha perdonado. Es más, he oído que te va a presentar a una especie de competición de perros cachorros de tu nombre.

—¿Tendré que pelear con ellos?

—¡No Roco! Sólo tienes que demostrar que eres un auténtico *Deutscher Schäferhund*.

—Ya lo soy, Kika, ¿quién va a decir lo contrario? Todos en el Valle me llaman Roco el Pastor alemán. ¿Acaso los Humanos saben más que Rhama, Truco, Oscar o Ron?

—¡No seas petulante, perro! Ellos tienen sus normas y tú tendrás que acatarlas y decir allí quién eres.

No satisfecho con lo de la competición me he entretenido en molestar, acompañado de Tana, a las viejísimas tortugas que el Gran Cachorro tiene hibernando en el Bancal del Noroeste.

Hemos escarbado hasta tropezar con sus espantosas caras y oír unos extraños ruidos que hacen con una especie de pico que tienen en vez de boca.

Tana ha huido despavorida mientras gritaba:

—¡Corre Roco, se han enfadado y además el Gran Cachorro nos tullirá a escobazos!

He adoptado una postura digna de retirada y he marchado con un orgulloso trote hacia el Bancal del Mandarin.

—¡No vale la pena, Tana, son muy pequeñas!

»El silbato que no se oye ha anunciado la retirada hacia los cubiles de los Humanos Tana, mañana iré a una competición.

—¿Eso qué es, Gordo?

—Cuando venga te lo contaré, yo tampoco lo tengo claro.

CAPÍTULO IX

El Jefe, al amanecer, mientras se quita los pelos de la cara y emite ese ruido que tanto me gusta y Kika llama «música» me ha preguntado con voz seria:

—«¿Te vas a portar bien, Roco?».

No sé lo que tengo que hacer, pero si tú quieres me dejaré tocar por los Humanos y no morderé a Hembras ni Cachorros.

¿Qué tendré que hacer hoy?

Pronto he salido de dudas: toda la Manada menos Kika, que ha quedado con la orden de «¡Vigila!», hemos subido al coche y en poco tiempo llegado a un sitio donde no he podido contar los perros ni los humanos que hay. Tana se ha puesto nerviosa y ha pretendido morder a todos los animales que encontraba, incluso a un macho de nombre Rottweiler y enorme cabeza.

—¡No ladres más, Tana! La Gran Hembra se va a enfadar y un perro de esos acabará mordiéndote.

A continuación han comenzado una serie de situaciones difíciles de superar para mí.

Un Humano con ropa blanca y buena actitud ha cruzado su zarpa con la de mi Jefe, me ha cogido de la traílla y me ha llevado a un sitio donde hay un montón de cachorros machos como yo. Soy el más corpulento de ellos, pero alguno es más viejo.

—¿Cómo te llamas, perro?

—Soy Roco, de la Manada del Valle, hijo de Arthur y nieto de Natz y Farhu. ¿Y tú?

—Me llamo Merlino y mi padre es Natz, somos de la misma sangre.

—Merlino, ¿quién es ese perro que me recuerda a Anouska?

—Es tu hermano de camada, hijo como tú, de Arthur y de tu madre Anouska y.... ¿Ves, Roco, aquel perrazo de nuestro nombre? Es tu padre Arthur.

—¡Mi padre!

Un espíritu ancestral se apodera de mí. Me suelto de la traílla y corro a su encuentro.

—¡Arthur, padre, soy Roco!

—Ya te he reconocido. Eres un gran cachorro. Anouska se sentiría orgullosa si te viera.

He intentado jugar con él hasta que el Humano de blanco me ha llevado al sitio del que me escapé.

—Roco, me llaman Elios, y soy tu hermano. Aquél es Nor y ese otro, As. Más allá: Qex, Haleso, Enzo y Mito.

Tantas emociones han alterado mi ánimo de por sí tranquilo. Un humano que habla el idioma de Stephanitz me ha tirado de los testículos, me ha mirado los dientes y palpado mi cuerpo.

—Jefe, ¿dónde estás? ¿Qué me están haciendo? ¿Quieres que les muerda?

Mi amo no aparece, pero he visto al Gran Cachorro. Me he vuelto a soltar y corrido a su lado.

—«Roco, debes dejarte conducir por ese Humano amigo del Jefe, no te hará daño y, sobre todo, no me pierdas de vista».

Después de obligarme a ponerme en posición de «¡Atento!», todos los cachorros hemos comenzado a correr detrás de nuestros Amos. Apenas veo al Gran Cachorro, pero oigo su voz entre

muchos Humanos que gritan.

La privación de la vista del Jefe me ha puesto demasiado nervioso.

—¡Allí está! ¡Jefe me voy contigo!

He organizado un follón entre mis compañeros hasta que el Humano de blanco me ha sentado y acariciado.

—«¡Muy bien, Roco! Siendo tu primer concurso, ¡muy bien!».

Mi Jefe ha cogido mi trailla y me ha hecho sentar mientras me tranquilizaba.

—«Roco, dice el Humano que entiende de Pastores que eres un perro muy bueno».

Le han dado a mi amo un papel mientras los demás humanos golpeaban sus zarpas y reían complacidos.

Mi Jefe y el que habla otro idioma han cruzado sus zarpas y musitado algo que entre ellos no entienden.

¿Cómo es posible que no se entiendan por vivir en Territorios distintos? ¡Yo entiendo a todos los perros de todos los nombres! Tengo que hablar con Kika de esto.

Un Humano, Jefe de otro perro nos ha puesto a mi Jefe y a mí delante de un artefacto encajado en su ojo y antes de sonar «¡clic!» nos ha ordenado «¡quietos!». Yo he puesto postura de «¡Atento!», y mi Jefe el papel delante.

—Jefe, ¿cómo tú, Jefe de Manada, aceptas órdenes de ese Humano más viejo y menos fuerte que tú y que encima no te entiende?

Si mi Jefe está contento, yo también lo estoy. La Gran Hembra y el Cachorro me han frotado el hocico con los suyos.

—«¡Muy bien, Roco! ¡Eres un perro muy bueno!».

—¿Oyes, Tana? Dicen que soy un auténtico Pastor y eso yo ya lo sabía... pero ¿qué estás haciendo, inconsciente?

—Voy a morderle a esa perra tan fea de cara.

—¡Tonta, es una Bóxer! Una como ésa iba a matar a Kika, ¡aléjate de ella!

Mi nerviosismo ha acabado cuando por fin hemos subido al coche y he captado las actitudes de mis Amos. Todos están contentos.

De camino al Valle he dormitado pensando en mi hermano y, sobre todo, en Arthur.

—¡Kika ya estamos aquí!

—¿Cómo te ha ido, Roco?

—No quiero volver, Kika, no quiero volver.

A partir del día en que competí, varios humanos con perros de mi nombre, han venido al Territorio a charlar con mi Jefe. Pasan las horas sentados junto al fuego echando humo por la boca mientras yo juego con mis amigos.

Me cuenta Trazy que él compitió en muchos concursos. Su Jefe estaba muy contento con sus hazañas y todos en su Territorio lo admiraban por su carácter y fortaleza.

Cuando cumplió un año de edad «el que cura» le detectó una enfermedad frecuente entre los

perros de mi nombre, que afecta a la cadera y que los Humanos llaman «displasia».

Ya no pudo competir más y su Jefe hace que otros perros, libres de la enfermedad, cortejen a sus hembras. Sigue, Trazy, siendo el Dominante de su Territorio, pero está triste porque nunca tendrá cachorros de su sangre.

Es un perro impresionante, parecido a mi Padre y muy bien enseñado por su Jefe, quien lo cuida y adiestra como a su propio cachorro.

Mi amo, cuando escuchó del Humano amigo la historia de Trazy, cambió su emanación normal por una indicativa de respeto y admiración hacia su congénere. Fumó en silencio y, con la voz que hace que yo preste inmediata atención, sentenció, pasados unos instantes:

—«Hay Amos que prestan cuidados a sus cachorros hasta que advierten que no valen para la cría. En ese momento se desprenden de ellos regalándolos o haciéndolos pasar por situaciones peores. Mi perro Roco es mi amigo. Kika no vale para la cría, pero también es amiga nuestra y mi pequeña Tana ni se sabe cómo resultará en su crecimiento pero nadie se llevará a un perro de mi Territorio mientras vivan».

El Humano amigo de mi dueño es de la misma opinión y acepta complacido la igualdad de pareceres.

Durante la tarde ha admirado el talante y la valentía que se desprenden de la actitud de Trazy y le he presentado a mis hembras.

La pequeña le ha mordido inmediatamente y la Vieja Kika, consciente de que no se trata de intromisión en su Territorio, ha charlado de sus antiguas hazañas de juventud.

¡Vieja perra vanidosa! ¡Cómo embelesa al bueno de Trazy con sus historias!

Cuando la noche, fría para esta Primavera incipiente, ha caído sobre el Valle, el Humano y Trazy han partido hacia su Territorio.

Mi primer impulso ha sido ir donde Kika y preguntarle preocupado:

—¿Es verdad, Kika, que hay Humanos que rompen la amistad con su perro por un defecto físico?

—Desgraciadamente, Roco, es verdad. Ya te conté cómo yo fui abandonada por otras razones menos importantes.

—Kika, ¿el Gran Alguien aceptaría en su Ley a un perro que abandonase a su Jefe cuando estuviese enfermo como le ocurrió al nuestro?

—No Roco, nuestra Ley es inalterable, y tu instinto hizo que no te separases del Jefe herido.

—Ya te dije, amigo, que sólo los Humanos que tratan de parecerse al que los creó son capaces de ir contra su Ley, la Ley de la Conservación de sus Criaturas. Son seres infinitamente más inteligentes que nosotros, pero a la vez tan vanos que se comparan a su Creador. A veces pierden los instintos básicos de la Ley y se roban entre ellos o se matan por cosas tan superfluas como eso que llaman «dinero» y que no sirve para comérselo. Sólo sus cachorros y algunos de ellos que sí quieren ser reflejo del Gran Alguien, acatan escrupulosamente sus normas. Son los que aman a los cachorros y a los perros, aceptan a las demás criaturas del Planeta y sólo matan por supervivencia o en defensa de sus camadas.

—No te creas, Roco, que los malos predominan sobre éstos. Afortunadamente el Gran Alguien

no lo permite. De todas formas, recuerda el pensamiento de nuestro Jefe: «Desconfía de quien no quiera a niños y perros».

—Vieja Kika: ¿nuestros Jefes nos abandonarían?

—Nunca, Roco, nunca.

Tranquilizado por la conversación de la veterana griffona, me he retirado al cubil del Jefe. Hace una noche extremadamente fría y la pequeña Tana, soñolienta, se ha acurrucado entre mis patas.

—Tengo frío, Gordo.

—Tana, el cielo tiene un color extraño. No he visto las estrellas cuando he ido al Bancal del Manzano. Algo raro ocurrirá esta noche. ¡Duerme cachorra! y sobre todo, no te mees en mi estera.

—¡Despierta, Roco, algo pasa en el Valle! ¡Está blanco!

He corrido al agujero del Cubil de mi Jefe que da al Bancal del Pino. No sé si ladrar y despertarlo, porque lleva razón Tana. Algo blanco cubre los árboles del bosque y todo nuestro Territorio. Del cielo caen pedacitos de algo que se asemeja a lo que sale de la tripa de un oso de juguete al que Tana ha destrozado recientemente.

No he podido resistir el impulso de ponerme a ladrar al lado del lecho de mis Amos. El Jefe se ha levantado alarmado y se ha aproximado rápidamente al agujero que da al bosque.

—«¡Está nevando, Roco, no pasa nada!».

De todas formas mi amo ha despertado a toda la Manada. Hoy es un día en que los Humanos no tienen por costumbre trabajar y, a pesar de eso todos han ido a sus agujeros a ver lo que llaman «nieve» y además se han puesto muy contentos.

Kika, estirando su cuerpo y sacando la lengua de manera ostentosa, ha murmurado aún soñolienta:

—Vosotros los Pastores alemanes deberíais saber mejor que yo lo que es la «nieve». Cae todos los años antes de la Primavera y ahora se ha retrasado algo pero claro, ¿qué vais a entender de nieve si tú tienes siete meses y Tana tres? Yo ya lo he visto siete veces y en todos los Territorios en los que la Manada ha vivido.

En el exterior, el viento arrastra los trocitos blancos de un lado para otro. He visto al Petirrojo en el Gran Pino escondiendo su aterido cuerpecillo en el interior de su nido. El ya casi constante ajetreo de los moradores del bosque, hoy está prácticamente detenido. La vida parece volver otra vez a su estado latente.

El Gran Cachorro, muy poco abrigado para el frío que hace, contempla extasiado junto a mí el fenómeno blanco. Para él es casi tan excitante como para Tana. Dice Kika que nació cuando la Manada estaba en un Territorio muy al Sur del Planeta, en el que no había casi vegetación y el calor durante todo el año era asfixiante. Luego vino con su padre al Norte, donde todos los Humanos hablan como ellos y el color de su piel es igual. En aquellos Territorios nunca caía nieve y, ahora aún, sigue extasiándose en su contemplación.

Nos ha llevado a todos los Perros al bosque a jugar, y durante toda la mañana hemos corrido

entre los árboles y comido nieve que el Gran cachorro nos arrojaba en forma de bolas. Cuando el sol estaba alto y nuestro pequeño Jefe agotado hemos bajado al territorio desde donde el olorcillo de la comida llamaba a nuestros vacíos estómagos.

Al pasar por un calvero del bosque Tana se ha detenido y adoptado de inmediato la pose de «¡Atento!».

—¡Soy Tana de la Manada del Valle, hija de Trust, sal y pelea conmigo, viejo perro!

Mi instinto de Macho me ha hecho percibir que no era un perro lo que excitaba a Tana a pelear.

Toda mi cerda se ha levantado y, con los colmillos al aire, me ha acercado al agujero en el que Tana montaba guardia.

—¿Quién eres tú que gruñes al paso de los Pastores?

Del interior de la Guarida una voz atiplada y sibilina se ha dejado oír.

—¡Marchaos de aquí, perros! Soy Ladin el Zorro, estoy en mi Territorio y no podéis hacerme daño más que en campo abierto.

—A mí me llaman Roco, y esta pequeña hembra es Tana. Delante de nosotros van Kika y el Pequeño Jefe. No pretendo combatir contigo por cuestión de territorios. ¡Sal de tu agujero, nunca he visto un animal de tu nombre!

Ante el nerviosismo de Tana y mi estupor, una cabeza similar a la nuestra ha aparecido en la entrada del Cubil. Sus fauces son más afiladas y sus colmillos del tamaño de los de Tana.

Cuando, por fin, hemos apreciado su íntegra anatomía, me ha llamado la atención su tremendo y peludo rabo.

—¡Es como nosotros, Roco, pero más chico y feo de color!

El temeroso Ladin nos ha olfateado mientras sus orejas se pegaban al cráneo y su rabo se humillaba entre las piernas.

—Conozco vuestro nombre. Tú eres un gran macho de Pastor y ésta una joven hembra. Vuestra inteligencia es grande, pero no así vuestra astucia. Soy hijo de Rallo, el Zorro Gris del Monte que domina el Valle y podría enseñaros mis habilidades si vuestros Amos, al verme no os ordenasen acabar conmigo.

—Escucha, Ladin, viejo petulante, tú no puedes ser más sagaz que mi Jefe, ni aún que yo. Respecto lo de matarte, nadie en mi Manada lo ordenaría. Mis Amos están en paz con todos los animales del bosque, desde la culebra que se arrastra hasta el colibrí que vuela como las hojas de Otoño.

»Advierto que los de tu nombre sois cobardes y vanidosos y no te vendrían mal un par de escobazos de los que recibe Tana cuando se mea en el Territorio. Guárdate de mis colmillos o los de la Vieja Kika. Yo no te atacaré si tú no entras en mi zona. Y ahora me marchó al Valle... ¡Buena caza, viejo Zorro!

—¡Muérdele, Roco, no te aguantará ni dos impactos!

—Calla, cachorra, eso no es lo que el Jefe me ha enseñado.

—Vete en paz, Roco, este Zorro nunca atacará a tus crías ni a los animales de tu Territorio. Me reconozco inferior a tu nombre.

Hemos aligerado el trote para alcanzar a Kika y, mientras Tana me reprocha mi falta de agresividad, mi mente hace abstracción de un pensamiento expresado por el Jefe en presencia de los Cachorros: «Todos los animales, como los Humanos, han sido creados por el Gran Alguien; todos tienen derecho a estar aquí». El agudo silbato y el humo de la chimenea nos anuncian que la escudilla está llena.

Mientras corro, encabezando al grupo, un pensamiento de desagrado me embarga.

—¡No me gusta Ladin ni los de su nombre, Kika!

—Es normal, hemos sido creados en enemistad.

El temporal de nieve ha dado paso al esplendor de la Primavera que me ha traído mis ocho meses de edad y un sinfín de experiencias. La pequeña Tana sigue empeñada en no comer el pienso de pelotillas creando una profunda preocupación en la Gran Hembra, que ve el desarrollo de la cachorra más lento que el mío. El Jefe le da menos importancia, ¡claro, su cachorro soy yo!

Kika se ha vuelto un poco menos intransigente desde que su Ama ha regresado al Territorio. De todas formas ya no es la Perra que yo conocí. Me gruñe incluso a mí cuando me acerco a su plato de comida o intento jugar con ella. Su existencia se limita a darme innumerables consejos, a advertirme de la presencia de extraños en la valla y a dormir casi todo el día.

Mi carácter se va afianzando como macho Dominante y el cariño que siento por la pequeña perra, me ha hecho hoy vivir un acontecimiento capaz de despertar en mí el espíritu ancestral de defensa de Manada.

Los Amos han ido a visitar un Territorio cercano del Valle. Mientras el Pequeño Jefe observaba atentamente una especie de caja en la que se mueven unos Humanos muy pequeños y que no huelen a Hombre, unos ladridos potentes y roncós han hecho que Kika y yo nos lancemos, de inmediato hacia la valla Norte. La situación planteada allí me ha creado una rabia incontenible. Dos hembras adultas de Doberman, escapadas de su Territorio, ladran furiosamente a la pequeña Tana, quien, lejos de achicarse, grita enloquecida:

—¡Soy Tana, hija de Trust, de la Manada del Valle y hembra de Roco! ¡Fuera de aquí, viejas bestias, si no queréis probar mis colmillos!

Su pequeña cabeza ha salido entre dos barrotes de la valla, circunstancia que ha aprovechado la más vieja de las Perras para morderle con fuerza el hocico. ¡El pequeño hocico de mi joven compañera!

—¡Recuerda la Ley, Roco! Ningún Macho atacará a hembras ni cachorros.

—¡Ya lo sé, Kika, pero tú no puedes con ellas y están haciendo daño a mi cachorra! ¡A mi pequeña hembra!

Un impulso incontenible me ha hecho saltar limpiamente la valla. Antes de que mi instinto me frenase he mordido con toda mi potencia el cuello de la hembra que atenazaba a Tana. La he levantado en el aire y la he lanzado a cuatro trotes de mí. Su compañera, acobardada ante mi acometida, ha vuelto grupas mientras mis colmillos buscaban sus ancas, sin que haya podido alcanzarla. Cuando me he dirigido a rematar a la primera Doberman tumbada en el suelo, la aguda

voz de Kika se ha hecho oír en el Valle:

—¡No mates, Roco!

La férrea zarpa del pequeño Jefe me ha levantado en el aire e introducido dentro de la verja. El Gran Cachorro ha reanimado a la vieja Doberman hasta que ha sido capaz de andar y regresar donde su compañera a lo lejos, la esperaba.

—¡Si os atrevéis a volver por aquí y hacer daño a alguien de mi Manada, Roco, el hijo de Arthur, acabará con vosotras! La Ley no impedirá que limpie el Valle de alimañas capaces de atacar a una pequeña cachorra.

El Pequeño Jefe trata de tranquilizarme mientras Ramón, el Doberman del Territorio vecino, espectador del rápido combate, sentencia con voz profunda:

—No has incumplido la Ley, Roco, al proteger a tu hembra de esas dos perras que no merecen el nombre que llevan. Ningún Doberman en su sano juicio atacaría a un cachorro. Ellas no tienen toda la culpa. Algún Humano habrá manipulado sus instintos para separarlas de la Ley Natural que todos acatamos. Espero, Roco, no tener que enfrentarme a ti nunca. Eres excesivamente rápido y fuerte. ¡Nunca vengas a mi Territorio!

La pequeña Tana, dolida y asustada, ha corrido a refugiarse entre mis patas donde, entre lamentos y respingos, se ha adormilado.

—¡He tenido miedo, Gordo!

Duerme cachorra, eres muy pequeña aún para enfrentarte a perros adultos. El hijo de Anouska cuidará de ti hasta que crezcas.

El Jefe, a partir de mi encuentro con las Doberman y, en el albor de mis nueve meses, ha puesto su zarpa sobre mi cabeza y, mientras me acaricia con inusual suavidad, se ha dirigido a la Gran Hembra.

—«Ha llegado el momento de adiestrar a Roco. Lo está pidiendo. Su carácter se está endureciendo y pronto será un perro adulto. Trataré de enseñarle todo lo que aprendió Sigfrid, hijo de Indio, mi primer perro Pastor alemán. Tiene su misma inteligencia, pero su talante es mejor».

—¡Kika, Tana, voy a aprender como los Cachorros Humanos!

—Roco, el adiestramiento es duro. No te extrañe que el Jefe cambie de actitud hacia ti a partir de ahora.

—¿Seré más sabio, Kika?

—Mucho más que esta Vieja perra que nunca ha tenido adiestramiento.

El aviso de mi Jefe sobre mi próximo aprendizaje me ha llenado de orgullo. Mi voz se ha oído este atardecer ronca y profunda a lo largo y ancho del Valle. Todos mis antiguos compañeros de juegos conocen mi enfrentamiento con las Viejas Doberman y comienzan a respetarme. Mientras, Tana echada a mis patas me admira en silencio con su dulce mirada; me he sentado sobre mis cuartos traseros y he cantado una vieja canción, aprendida de Kika, usando para ello toda la potencia de mi pecho.

«Soy el Macho de mi Manada. Dominante porque todos temen a mis colmillos. ¡Acércate y los probarás! Yo cuido a mis animales y ellos a mí me respetan. Sólo temo a mi Jefe y cumpla la Ley. ¡Cantad compañeros esta canción que inventaron nuestros padres, los lobos!».

Después de los débiles gruñidos de imitación de la cachorra he oído a lo lejos la voz atiplada del Viejo Zorro del Bosque de Pinos.

—¡Eres fatuo, perro, pero prefiero tenerte lejos de mi madriguera! ¡No espantes mi caza!

Para alardear y, de camino molestar a Ladin, he vuelto a cantar mi canción dos veces más y al final, satisfecho de verme coreado por ecos lejanos de perros jóvenes del Valle, me he despedido de la Luna con un profundo aullido.

¡Desgraciados los perros que nunca aprendieron a cantar!

—¡Despierta, Roco! Está a punto de amanecer. El Jefe hoy no trabaja en el sitio de los caminos duros y malolientes y, anoche vi cómo introducía en el zurrón una trailla más larga que la de paseo y un collar extraño. ¡Creo que va a empezar tu adiestramiento!

—Kika, ¡eres capaz de detectarlo todo!

No se engaña la Vieja perra. Mi amo, después de comer y echar humo ha cogido el zurrón y, con voz extraña para mí, ha susurrado: «Vamos cachorro, veremos de lo que eres capaz».

Durante un rato ha jugado conmigo sin que yo advierta nada de lo que me esperaba. Me ha corrido y tirado ramas por el exterior del Territorio, cuando por fin he comenzado a dar muestras de cansancio se ha sentado junto a mí y, mientras me acaricia con su gran zarpa, ha sacado del zurrón la trailla extraña y el collar reluciente. Me los ha colocado y entonces sí lo he visto como algo más que mi compañero de juegos. ¡Está en su papel de Jefe!

—«¡Roco, Fuss!».

—No entiendo Jefe, ¿qué quieres?

Ha comenzado a andar y yo, instintivamente, me he colocado a su lado izquierdo. Hasta ahora mi instinto me hacía tirar y adelantarlo. Eso he hecho hasta que, sin detenerse, ha ido acortando la trailla colocando mis patas delanteras al lado de su pierna. Cada vez que trato de adelantarlo una voz seca y en tono desconocido para mí hasta ahora, me ordena: «¡No!». Después de reprenderme varias veces cuando tiro, el sonido de mi Jefe ha sido más desagradable «¡Fuit!».



Después de un rato he comprendido que lo que quiere el amo es que ande pegado a él. En efecto, cuando lo hago su voz se suaviza y dice: «¡Muy bien, Roco!».

Cada vez que me adelanto o atraso se oye el «¡No!» a veces acompañado de un pequeño tirón de la traílla. Cuando me pego a su pierna izquierda oigo «¡Muy bien!» y si me mantengo durante varios trotes mi amo para y me felicita efusivamente.

Al final del adiestramiento y después de acariciarme el Jefe me ha dejado en libertad y su actitud ha vuelto a ser jovial como siempre.

—«¡Corre, Roco, tráeme la pelota!».

No ha sido tan duro como yo creía. El problema consiste en entender al Humano. ¡Yo estoy dispuesto siempre a agradecerle! ¡Con lo fácil que es entenderlo por sus tonos!

—¿Qué tal, Roco, te ha castigado el Jefe?

—Nada de eso, cachorra, lo he pasado bien y creo que es fácil lo que me enseña.

¡Craso error! A partir del segundo día mi amo ya no me consiente cuando da la orden de «¡Fuss!», que me distraiga ni con los perros de los Territorios vecinos, ni tan siquiera con las ardillas del bosque. Si no quiero oír el desagradable sonido de «¡Fuit!» debo andar totalmente atento a las evoluciones de mi Jefe.

Todos los días, cuando llega del trabajo y come, me saca al campo y dedica un buen rato a esta orden.

Ahora, cuando anda despacio, rápido o trota, cambia inesperadamente de dirección y gira sobre sus piernas. Debo andar listo para no separarme de su pierna y conseguir, de esa forma, el «¡Muy bien!» o las palmadas en la cabeza.

Esta orden me la ha hecho ejecutar durante varios atardeceres hasta que mi pequeña inteligencia la ha mecanizado de tal forma que, cuando golpea con la mano su pierna izquierda,

voy corriendo a su lado desde donde esté. ¡Me gusta! y además, no es difícil.

Pasan los días y las Perras ven con admiración cómo entiendo por gestos a mi Jefe y cómo su aprecio hacia mí va en aumento.

Hoy nueva orden.

Cuando iba haciendo el ejercicio de «¡Fuss!» mi amo se ha detenido y me ha ordenado «¡Sitz!»». Después de tirar ligeramente de la trailla me ha empujado en la grupa hasta que he quedado sentado con la cabeza junto a su pierna izquierda.

—¡Esto es muy fácil, Jefe, enséñame otra cosa!

Durante varios entrenamientos mi amo combina las dos órdenes hasta que, puesto en pie frente a mí, me señala con la mano y al doblarla hacia abajo me siento como un rayo.

—¡¿Cuándo podré enseñarle al Jefe a perseguir gatos o a encontrar a un ratón enterrado?!

El entrenamiento se ha prolongado hasta mis diez meses con esas dos órdenes. Mientras tanto, Tana se ha convertido en una joven perra impresionante por el fuego de sus patas y el negro de su manto.

Su habilidad para desenterrar todo lo que los Amos plantan desata las iras del Jefe, que constantemente aconseja a la Gran Hembra que le dé las primeras lecciones de buenos modales.

A su Ama el pequeño ciclón le sigue dando pena. Se acuerda de lo dura que ha sido su crianza y se resiste a darle el castigo que el Jefe me dio con su edad.

No obstante, Tana es inteligente y dócil. Le encanta mi compañía, y siente envidia cuando el Jefe me adiestra.

La siguiente orden ya no me ha gustado. Cuando mi amo me ha colocado en la posición de «¡Sitz!» me ha señalado con la palma abierta y me ha ordenado «¡Quieto!»». Luego ha empezado a retirarse de mí dejándome solo.

—¡No te vayas, Jefe!

He corrido hacia él, a ponerme a su lado y he sido reprendido con el «¡No!»».

Cuando, por fin, me he quedado sentado viendo cómo se alejaba ha vuelto sobre sus talones y, tomándome la cabeza, ha exclamado «¡Muy bien, Roco, quieto!»».

A lo largo de los días ha ido alejándose hasta darme la espalda y separarse veinte trotes de mí.

Cuando golpea su pierna, el palmazo es para mí una liberación. Corro a su lado y me felicita mientras me acaricia.

Más días y más órdenes.

En la posición de «¡Fuss!» el Jefe me ha ordenado «¡Platz!» a la vez que, con su pie izquierdo, ha ido empujando la trailla, obligándome, de esa forma, a echarme a su lado.

Ahora sí lo entiendo. Esta orden es muy fácil y no he recibido nunca un «¡Fuit!» por castigo. Es la misma que me daba cuando, de cachorrito, me señalaba la esterilla donde aún duermo.

A punto de cumplir once meses ya combino todas las órdenes y posiciones a plena satisfacción

del Jefe que me mira orgulloso y cuenta a sus amigos lo despierto y atento que estoy en el adiestramiento.

El nuevo ejercicio que hemos comenzado hoy me ha llevado a la conclusión de que mis patas son más fuertes que las del Jefe, y mi agilidad muy superior a la suya.

Me ha colocado la trailla y, después de ordenarme «¡Fuss!» hemos trotado juntos hasta llegar a una valla de madera levantada del suelo la longitud de mis patas. He recibido la orden de «¡Hop!» a la vez que el Jefe y yo la saltábamos limpiamente. Hemos repetido el salto hasta que mi amo, sin resuello, se ha sentado a mi lado y acariciando mi ya enorme cabeza, ha exclamado:

—«¡Muy bien, Roco, ahora saltarás solo! Yo estoy cansado. Tengo el equivalente a cinco o seis años tuyos y ya no soy lo que podría llamarse un “cachorro”».

Ha ido levantando la valla hasta que, al alcanzar la altura de su cintura y yo saltar la valla con facilidad, me ha felicitado y llamado a toda la Manada para que observen mis «proezas».

¡Qué orgulloso me siento cuando todos me ven saltar al lado del Jefe que pasa por un lado de la valla!

—¡Miradme perras y humanos! ¡Pronto seré como Sigfrid, el viejo Pastor!

Al paso de los días el Jefe me ha hecho saltar solo incluso señalando la valla y ordenando «¡Hop!».

Al sexto entrenamiento lanza el «aporte» por encima del listón y hace que yo salte, lo coja, vuelva a saltar, me siente y lo entregue en su mano a la voz de «¡Auss!».

Tengo once meses. Mi amo, entusiasmado con mis resultados en el adiestramiento, ha comentado mientras comía con su Manada:

—«¡Mañana comenzará Roco el ataque!».

—Kika, ¿qué es eso de atacar? ¿A quién debo morder?

—No sé exactamente qué es el Ataque. Yo no he sido adiestrada, pero debe ser algo bueno que me gustaría aprender.

Nos hemos acostado la siesta debajo del Mandarino, y Tana me ha contado que la Gran Hembra ha comenzado, en secreto, a adiestrarla en las órdenes básicas.

—¡Me cuesta mucho trabajo prestar atención, Roco!

—Claro, Tana, eres un demonio y demasiado inquieta. Oirás muchos «¡Fuit!» hasta que aprendas.

—Ya los he oído, Roco, ya los he oído.

Kika, más peluda que nosotros, soporta peor los ya potentes rayos solares de la tardía Primavera. Mientras ronca profundamente con la lengua fuera, tranquilizo a Tana a la vez que le enseño las evoluciones de las criaturas del Bosque del Este.

—¡Mira Tana, un Petirrojo! ¡Y más allá, un Pardillo anidando!

—¡No sé qué son, Roco!

—Son animales que vuelan. El Gran Alguien sustituyó sus colmillos por algo que el Humano llama «Alas». Dice Kika que a todos los Hombres les encantaría volar como ellos. Simbolizan ante su especie, la Libertad.

—Me haré amiga de ellos, Roco, y quizá me enseñen a volar.

—¡Perra estúpida, tú nunca volarás, ningún animal de cuatro patas lo ha hecho nunca! ¡Confórmate con aprender el Adiestramiento y así serás inteligente aunque no vuelas!

Enfadada, la cachorra se ha dormido junto a Kika.

—¡Voy a pensar una canción para cantarle a la Luna esta noche!

«Escucha Pardillo del Bosque esta canción del perro Roco. No temas a otros animales, ni temas por tus crías. Tú tienes alas y eres, en el aire, invencible como el Lobo en tierra. Escucha al Petirrojo y al Jilguero, hablan otro idioma pero todos entendemos su alegría. Oye esta canción que no la inventaron los Lobos, sino este humilde perro que canta como ellos».

La he ensayado, quedamente, durante toda la tarde y cuando la Luna ha salido en todo su esplendor me he sentado en la Terraza del Norte. Mi pecho hinchado ha emitido un potente aullido perturbador de la tranquilidad del Valle. Jesús el Doberman y Tino el Mestizo se han unido a mi canción después de ensayarla varias veces. A lo lejos, la ronca voz de Ron, mi amigo el Mastín, ha sentenciado:

—¡Me recuerdas a los Lobos, y eso me pone nervioso! ¡Calla, Roco. No podré dormir en paz con esos aullidos! ¡De todas formas me gusta eso que cantas de los pájaros!

Hasta ahora, para mí el Humano era algo superior al que había que respetar mientras no tratara de cruzar la valla. Cierta sensación de miedo se apoderaba de mi espíritu cuando veía a un desconocido. Sus emanaciones me hacían levantar la cerda del lomo y enseñar mis colmillos. Recuerdo, con miedo, al mal Humano que apaleó a Kika. No sé cómo pude atacar. Hoy el Jefe, ante la expectación de toda la Manada, me ha sujetado con la trailla larga de cinco trotes, me ha llevado fuera del territorio y hemos emprendido un apacible paseo.

De momento:

—«¡Atento Roco!».

Un Humano ha aparecido súbitamente a veinte trotes de nosotros. Su envergadura es casi como la del Jefe. Se mueve de forma extraña y nos amenaza desde lejos agitando algo en el aire. ¡Lo he olfateado con el viento de cara! ¡Es mi saco de yute! ¡El saco con el que el Jefe me enseñaba a morder con todos los dientes!

He comenzado a ladrarle mientras mi espíritu se levanta en rebeldía.

—¡Tiene mi saco, Jefe!

Las manos de mi amo pellizcan furiosamente mis orejas y de sus labios ha salido un sonido

extraño a la vez que ha soltado la traílla y corrido a mi lado en dirección al Humano.

—«¡Roco... PPRRRR...!».

Mientras embisto veloz contra el Hombre, el miedo me atenaza. Sólo la compañía del Jefe en la carrera me hace ver que pretendemos arrebatarnos nuestro saco al «Maldito Humano», y que él está allí para ayudarme.

Cuando, por fin, he clavado todos mis dientes y molares en el saco... ¡Sorpresa! El Humano ha corrido asustado abandonando el yute.

He quedado jadeando con el saco en la boca y totalmente sorprendido. ¡Ha huido de mí! ¡Me tiene miedo!

—«¡Bien, Roco, muy bien!».

Mi amo me ha calmado con palabras cariñosas a la vez que me solicitaba el saco dándome la orden de «¡Auss!».

A través de su jadeo he podido adivinar una sensación, en su cara, de alegría. Su satisfacción, con mi actitud hacia el Humano, se asemeja a la que experimenta cuando sus cachorros vienen de donde los adiestran con un papel en la mano donde sus adiestradores pintan cosas raras que ni Kika entiende.

El Ataque se ha repetido tantas veces como patas tengo, y en el último, mi Jefe no me ha acompañado.

Después de darme la orden ha permanecido quieto y me ha lanzado a cinco trotes en busca del saco que yo siempre le llevo después de desahogar en él mi nerviosismo. El Humano siempre expresa miedo ante mi acometida y eso me llena de fatua vanidad.

La orden de «¡PPRRR...!» es para mí una liberación cuando veo las evoluciones del Humano y el Jefe me obliga a estar en posición de «¡Fuss!».

He vuelto al Territorio hinchado como Siro el Macho de Perdiz cuando corteja en la solana. Me he pavoneado ante las hembras y sólo me ha ensombrecido la mirada burlona de Kika cuando relataba mis hazañas con el Maldito Humano enemigo del Jefe.

—¡Quizá no sea tan enemigo, Roco, quizá no lo sea!

—¡Escucha Vieja perra: he visto cómo nos amenazaba y robaba nuestro saco! ¿Cómo no va a ser enemigo nuestro?

El ominoso silencio de Kika ha turbado algo mi buen humor, pero la vanidad de macho ha podido más y he reventado mis pulmones gritando a todo el Valle mi gloriosa hazaña.

Ramón, el hermano de camada de Jesús el Doberman, ha escuchado burlón mi canción de guerra. Su padre, al parecer, fue campeón del Planeta Humano en eso del ataque, y él mismo ya ha pasado esa fase del adiestramiento.

—¡Mira, perro engreído! Ese humano al que has atacado es amigo de tu Jefe. Quiere convencerte de que te tiene miedo para sacarte el carácter pero, en realidad, no teme a ningún perro. Sabe cómo tratarnos porque es un buen hombre y un especialista.

»Aún así, tu carácter es recio, y llegará un momento en que, como yo, tampoco le tengas miedo a ningún Humano. Ahora... ¡Cállate mestizo de lobo y no asustes a mi camada con tus aullidos!

Poderosa mente tienen los hombres. Manipulan nuestros sentimientos para obtener provecho

de nuestras habilidades.

De todas formas, ¿no es ésa mi misión en la Manada? ¿No daría yo la vida por mis Amos?

Evidentemente prefiero hacerlo, llegado el caso, en las mejores condiciones y con la más depurada técnica que sea capaz de asimilar.

—¡Duerme, perro fatuo!

—¡Buena ronda, Doberman!

CAPÍTULO X

A punto de cumplir mi primer año de vida, el Jefe ha dado por acabada la primera fase de mi adiestramiento. El calor del Verano nos impide, a los dos, continuar el ritmo anterior. Ahora las clases son ligeras y sólo me repasa lo ya aprendido.

Mi relación con él ha cambiado. Somos «amigos». Trato de satisfacerle en todo lo que entiendo y, a cambio, me respeta como Macho Dominante. A veces me ensalza delante de las hembras y me consiente algún capricho.

Yo he cambiado y la Manada también. La Cachorra Humana es toda una Hembra, amable y cariñosa con nosotros. El Gran Cachorro ha dejado de serlo para convertirse en un pequeño Jefe. Pequeño por su corta edad, pero impresionante en envergadura y fortaleza. Durante todo el Invierno ha alternado su adiestramiento de hombre con el ejercicio de su musculatura. Ha estudiado, a la vez, el arte de combate que practica su padre. Lo lleva haciendo desde los cuatro años y ahora ha fructificado su semilla como un retoño de Manzano de los bancales del Norte. Supera a su padre en rapidez y sus golpes son más potentes. ¡El Jefe lo contempla con orgullo cuando golpea con patas y garras a un saco que cuelgan del gran Almendro! Ambos se visten de blanco y se ponen un trapo largo y negro en la cintura. ¡Van a combatir!

El Jefe pierde el resuello antes que su cachorro y eso, al parecer, le llena de satisfacción.

Mi amo es muy listo pero a veces, creo, no advierte que su hegemonía como Macho Dominante está a punto de acabar en su Camada... ¿Será que no le importa?

¿Entre los Humanos no es el más fuerte el Dominante? La Gran Hembra se siente muy complacida con los resultados del papel de los adiestradores de sus cachorros. Les ha prometido un buen descanso y al pequeño Jefe... ¡Otro cachorro de Pastor!

Tana se ha convertido en una gran hembra de ocho meses. Su primer celo despierta en mí sentimientos hacia ella, que no tienen nada que ver con los que nos unían.

Su carácter se ha dulcificado a la vez que van madurando en ella su inteligencia y tranquilidad. La mirada inquieta de antes ha dado paso a otra serena y madura. Su Ama ha comenzado, entre mis burlas, su adiestramiento; pero el caso es que aprende rápido la condenada. Ya sabe hacer «fuss», «sitz» y «platz» pero, afortunadamente, ¡me sigue admirando! La buena de Kika sigue envejeciendo pero ya acepta lo inminente: la supremacía de Tana. Acepta sus lametones y demostraciones de cariño con un talante de igualdad.

—Roco, ¡viene otro cachorro a la Manada! y yo no tengo huesos ni humor para criarlo. Tú eres ahora el Jefe, ¿qué hacemos?

—¡Yo lo cuidaré! —ha exclamado Tana desde detrás del Mandarino—. Tú eres vieja y gruñona, Kika, y Roco todo un macho prepotente y rudo. Aconséjale y enséñale a vivir como hiciste con nosotros. Yo me ocuparé de sus mordiscos y desastres cuando lo separen de su madre.

»Creo, además, que es una pequeña hembra de cuarenta días y de nuestro nombre. Será la alegría de la Manada, y el pequeño Jefe la nombrará y será su dueño. Lo he oído comentar mientras comían los humanos.

Echados los tres a la sombra del Mandarino hemos charlado y recordado nuestros tiempos de

cachorritos junto a nuestros padres. Kika no se acuerda, pero Tana y yo sí.

Al atardecer he cantado una canción a todos mis amigos del Valle:

«Viene otro Pastor a la Manada. Escucha tú, Petirrojo del Bosque. ¡Cántale al amanecer! y tú, Jilguero de los almendros, arrúllala cuando duerma. ¡Escuchadme, Ladin y viejas Doberman! Respetadla como miembro de mi Manada. Si no, este perro llamado Roco verá la sangre en vuestro cuello».

La pequeña «bola negra» ha llegado al Territorio en brazos de una Humana con una tremenda actitud positiva hacia los animales. Después de frotarse los hocicos con nuestros Amos ha entregado al Pequeño Jefe «su cachorra».

Mi impaciencia por reconocerla ha hecho que el Jefe me reprenda por enredar entre los humanos que estaban charlando.

—Kika, ¿quién es?

—Espera, Roco, el pequeño Jefe no la suelta.

La Vieja perra ha escuchado atentamente la conversación y los gestos de los Amos para venir trotando, donde nos encontramos Tana y yo.

—Es una auténtica Pastora, como vosotros. Procede de la misma madre que tú, Tana, pero su padre es Odin. ¡Es tu hermana pequeña, cachorra!

Mi ánimo se ha alterado al conocer la procedencia de la nueva perra. ¡Otro ciclón como su hermana!

—¡No estoy dispuesto a aguantarla, Tana!

—Eso es cosa mía, Roco. Es de mi sangre.

Tranquilizado por la actitud de mi compañera, he ido corriendo al cubil del Pequeño Jefe, donde tiene comiendo a la cachorrita, con el fin de investigar. Al intentar abrir la puerta con mi cabeza, he sentido un mordisco en la trufa.

¡Ya empezamos!

He observado, echado en la puerta, cómo mi antiguo compañero de juegos prestaba toda su atención a su Perra. Sin poderlo evitar, una sensación mezcla de celos y agresividad se ha apoderado de mí cuando el pequeño Jefe ha nombrado a la hembra «Terra». Mi ronco gruñido de desaprobación ha sido cortado con una reprensión del Humano que ya nunca será el Gran Cachorro que yo conocí.

Con la cabeza baja he trotado hasta el jardín junto al Gran Charco donde mi Jefe y la Gran Hembra departen con sus invitados. La presencia y la actitud inalterable de mi amo me han recordado una sentencia de Kika.

«Un perro sólo tiene un dueño».

Me he echado a sus pies y unas palmadas cariñosas han reconfortado mi espíritu. Soy el Perro

del Jefe de la Manada, y eso nadie lo va a discutir.

Hoy me he negado a dormir fuera del cubil del Jefe. Cuando las respiraciones de todos los Humanos indican que su sueño es profundo, me he deslizado hasta la pequeña alfombra en la que yo dormía cuando vine al Territorio, al lado de mi amo. La proximidad del Jefe y su emanación me han introducido en un profundo ensueño en el que mi pequeña mente evoca momentos de gran felicidad al lado de los Humanos que me adoptaron. Sigo siendo Roco, hijo de Arthur y Jefe de Manada, pero con más responsabilidades.

Mi compañera Tana ha tenido su primer celo y... ¡Kika también! El acontecimiento trae loca a toda la Manada. Mi ánimo se ha alterado, algo en mi sangre desata un instinto desconocido en este infeliz cachorro de apenas un año de vida. Me he vuelto obsesivo en la persecución de las Hembras por todo el Territorio.

Kika ya me advirtió que no podría hacer una monta. Que los Amos no quieren que mi adolescente compañera quede aún, preñada. Que ella es vieja y de talla pequeña y, por último que yo soy también muy joven para esos avatares de macho adulto.

Ahora entiendo qué es eso de «cortejar». Consiste en correr detrás de las hembras como un poseso, endemoniar al Jefe con mis desobediencias, llorar como un loco cuando me sujetan con la trailla, aullar y lamentarme toda la noche cuando los Humanos ponen a buen recaudo a las hembras antes de dormir, negarme a comer, adelgazar y poner de mal talante a todos los Humanos, recibir del Jefe algún zarpazo, impedir las conversaciones de los Humanos que terminan encerrándome y, sobre todo, no ver a Tana como a mi compañera, ni a Kika como a mi Maestra.

La pequeña Terra, más mala si cabe que Tana con su edad, chilla despavorida cuando paso por encima de ella en mis febriles acometidas. ¡Qué desastre! ¿Qué me pasa?

—¡Roco, salvaje, me has pisoteado! ¡Tana, Kika, ayudadme! ¡El Macho acabará matándome!

La buena de Tana ha prohijado a la perversa Terra. Aguanta estoicamente sus agudas dentelladas mientras Kika se retira del campo de batalla y yo me dedico a ese follón del «cortejo».

El pequeño Jefe cuida, con sorprendente maestría, de la crianza de la pequeña bestia. Ya apenas juega conmigo o... ¿Será que en mi locura yo tampoco quiero hacer otra cosa que correr a las hembras?

Al amo lo saco a veces de sus casillas y la sensación de ser atacado por el Jefe de Manada me acobarda profundamente. Temo a sus garras y, sobre todo, a la pérdida de su amistad.

¡El Gran Alguien me echará de entre sus criaturas, y el Jefe, de la Manada! ¡Anouska: esto no me lo enseñaste! Y tú... Vieja Kika, endemoniada perra, nunca me hablaste de esta enfermedad que convierte a un serio Pastor alemán en un chiflado conejo.

He llegado, en mi locura, a plantar cara al viejo Ron para tratar de echarlo del Territorio. ¡He cometido una falta de cortesía con mi más viejo amigo! ¡Con el Gordo que me vio crecer!

Entre persecución y jadeo he tenido tiempo esta noche de cantar una disparatada canción que formará parte del repertorio que se oye a diario en el Valle, todos los atardeceres, desde que

aprendí a cantar.

«¡Escuchad, hermanos de raza! Esta noche canta Rabú el conejo loco del Bosque del Oeste. Pero detrás está Roco, con sus colmillos afilados. Si consigo escapar cortejaré a todas las hembras del Valle. ¡Detenedme si podéis!».

Nadie ha contestado hoy mi canto. Sólo un gruñido sordo y socarrón llega del territorio Doberman.

—¡Kika! ¿Qué pasa? ¿A nadie le gusta mi canción?

—¡Roco, vete a dormir! Si no descansas, el Jefe llamará a «el que cura» y te clavarán uno de esos pinchos largos en el trasero.

Como es lógico, no he dejado dormir a nadie con mis lamentos.

—¡Os invoco a vosotros, perros antepasados: Arthur, Natz, Farhu y al Gran Padre Lobo, enviadme una buena emanación que acabe con mi locura!

Han pasado tres semanas y mi espíritu se ha sosegado. Las hembras que me rodean han acabado con su celo a la par que la profecía de Kika se ha cumplido ¡pero al revés! A la que han atizado el pinchazo ha sido a ella. Los Amos, desconfiando de nuestras andanzas, se han curado en salud y han arreglado el cuerpo de la Vieja perra para que nuestras sangres no se mezclen.

¡Perra descendiente de chacales! ¡Me ha provocado!

La Gran Hembra ve con satisfacción cómo su pequeña Tana se ha convertido en un magnífico ejemplar que sustituye sus antiguas travesuras y su alocado carácter en un tremendo afán protector hacia su diminuta hermana.

La pequeña Terra, expertamente criada por el pequeño Jefe, hace las delicias de los Humanos con sus femeninos trucos, poses y embestidas. Me respeta profundamente como Macho Dominante y ve en Kika a una especie de «Abuela», como dice el Jefe.

De vez en cuando me dejo morder por ella cuando sesteo debajo del Gran Almendro ¡eso sí! bajo la atenta mirada de Tana que, lejos de enfrentarse conmigo, hace causa común con Kika para apostrofarme.

—¡Perro vanidoso, descendiente de un lobo cojo! ¿Por qué no permites a Terra comer contigo ni echarse al lado del Jefe? ¿Por qué no le enseñas a defender el Territorio como Kika te enseñó a ti? ¿Por qué eres tan soberbio que no consientes que interrumpa tu canto al atardecer? ¿Acaso no eres hijo de la cariñosa Anouska?

El alarde de mi ronquido y el lucimiento de mis colmillos impresionan tan seriamente a la cachorra que huye despavorida a refugiarse entre las patas de su hermana.

¡Me estoy volviendo un perro hurraño!

—¡Roco, recuerda que eres un Macho Dominante! ¡El Jefe de Manada! Entre tus obligaciones no está asustar a una pequeña y cariñosa hembra. Hace tan sólo unos meses tú eras igual de

pequeño y yo te protegí. Cuídate del pequeño Jefe, tu amigo no consentirá que dañes a su perra.

Como siempre, el sabio consejo de Kika me vuelve a mis casillas y mi mal humor torna pronto en tolerancia y afecto hacia Terra.

Ante mi público femenino he cantado una reflexiva canción al atardecer, debajo del Manzano del Norte. El cálido viento de Levante ha llevado mi aullido a lo largo y ancho del Valle, desde el bosque del Este hasta la Alameda del Oeste. Entre los «pinitos» de Tana y el cascado acompañamiento de Kika, la canción ha sonado así:

«Hijos del Bosque, perros del Valle, hoy canta Roco para alegraros la existencia a los que estáis atados. Yo vivo en libertad rodeado de mis hembras: Kika la veterana, Tana mi compañera y Terra la diminuta Pastora. Nunca mi amo me ata y corro por donde quiero. Mi Territorio es amplio y la comida buena. El agua es fresca y para nosotros cantan los Ruisiñores y Pardillos. El Alcaudón y el Petirrojo anidan en mis árboles. Me respetan mis amigos y me siento orgulloso de mi apodo. ¡Cantad aunque estéis atados!».

El Jefe ya no va a trabajar al lugar de los caminos duros. Dice que está cansado, que quiere dormir y bañarse en el Gran Charco del Territorio.

Su descanso ha coincidido con la mayor desgracia acaecida en mi corta vida.

¡Se nos muere Terra! Lo ha dicho «el que cura» después de ser avisado por los Amos. Ha contraído una grave enfermedad al parecer como consecuencia de la inveterada costumbre de beber en los charcos cuando el Pequeño Jefe no la vigila. La diminuta Pastora no sabe todavía olfatear el agua limpia ni la distingue de la corrupta. Creo que ya nunca aprenderá a hacerlo.

—Me muero, Roco, me arde la trufa y mis patas no me sostienen.

El pobre animal se ha arrastrado hasta el cubil de los Amos y parece esperar, pacientemente, el abandono del cubil y del Planeta.

Mi espíritu, levantado en íntima rebeldía me ha hecho correr como un loco por la valla del Este esperando la llegada del Jefe. Tana y Kika lamen a la cachorra en un último intento de salvar su vida. Quizá sea su despedida. Mi compañera pierde a su hermana, Kika a su discípula, la Manada a su máspreciado componente.

El pequeño Jefe, presintiendo que pronto dejará de serlo, se inculpa y busca el consuelo de la Gran Hembra. La Cachorra Humana llora mientras pide al Gran Alguien, su creador, que nos devuelva la vida de nuestra «perrilla».

Cuando el Jefe ha llegado al Territorio he saltado sobre su pecho desafiando sus enseñanzas. Lo he sujetado por el brazo con los dientes y lo he llevado al cubil donde Terra se debate en estertores finales. Mientras con sus grandes zarpas acaricia a la cachorra ha musitado algo ininteligible que sólo he podido detectar por su emanación. Pide, como su Manada, que el que da

la Vida no se la quite a nuestra perra. Poco después, sudando por todos sus poros, ha llegado «el que cura». Después de abrazar a mis Amos se ha ido a reconocer a Terra. Es un Humano de menos envergadura que mi Jefe. Sus ojos, inquisitorios, se esconden detrás de cristales. Debajo de su nariz luce unas cerdas de reflejos rojizos. Su actitud siempre ha sido buena hacia nosotros. Nadie nos ha curado que no sea él. Mi Jefe es compañero suyo y amigo desde hace muchos años. Sus cachorros, más pequeños que los de nuestros Amos, juegan a menudo en el Territorio.

Nunca me he llevado bien con él. Sé que detrás de su buena emanación se esconde el tremendo pinchazo o la maloliente medicina.

Hoy sí lo he recibido con alegría.

—¡Sálvala, Humano, y yo defenderé a tu prole! Te respetaré como al Jefe y cazaré para ti. Nadie podrá molestarte en mi presencia y mi Manada cantará cuando te vea.

Un silencio ominoso flota en el cubil mientras reconoce a la perrilla. Sus hábiles garras palpan el cuerpecillo, casi sin vida, del animal.

Kika es la primera en traducir sus palabras:

—Se está muriendo pero van a intentar salvarla.

A partir de ese momento una actividad febril se ha desatado en el Territorio. El Jefe va y vuelve, en el artefacto de dos ruedas, al sitio donde hay medicinas. La Gran Hembra y sus Cachorros sujetan y ayudan a «el que cura». Tana y Kika intentan lamer a Terra sin conseguirlo.

—Roco, díles que me dejen morir en paz, con la dignidad de un perro que no llegará a serlo. Que no me claven más agujas como las del Pino del Este.

—¡Aguanta cachorra! «El que cura» ha dicho al Pequeño Jefe que si pasas esta noche sobrevivirás.

—Me gustaría llegar a ser tan fuerte como vosotros y tan sabia como Kika. No os separéis de mí, Roco, ¡tengo miedo!

Con mi instinto de protección a flor de piel y una gran tristeza en mi espíritu, me he echado en un rincón del cubil donde la Manada se mueve frenéticamente.

Al cabo de un tiempo, que me ha parecido una vida, «el que cura», quitándose algo que protegía sus zarpas ha entablado conversación con los Amos. Kika, más atenta que yo no ha perdido gesto ni emanación humana. Mientras estudia las caras de los Jefes, los gestos y movimientos de su cabeza con sus pequeñas orejas enhiestas trata de atraer la atención de su dueña. Sus vivaces y redondos ojos negros embutidos en su potente matorral de pelo, destellan mientras se agitan en movimientos rápidos.

—«Kika, ¿qué te pasa?».

La Joven Hembra ha hablado con su perra en gruñidos quedos mientras ésta movía la cabeza en evoluciones que a los Humanos hacen creer que los entiende... ¡Claro que los entiende! Después de la charla, la Vieja perra mohína y triste ha venido al rincón donde me encuentro.

—Roco: me siento culpable, a la vez que responsable, de la vida de la perrilla. No la he acogido como a ti. Me he apartado de su crianza, y la Manada es demasiado grande para que los Amos puedan atendernos a todos.

»Si yo hubiese vigilado a Terra no hubiera bebido agua corrupta. ¡Juro por los Perros Sin

Nombre que me engendraron, que si sobrevive la cachorra, tendrá en esta vieja griffona, la Madre que perdió!

Con un último lamento, Kika ha marchado al Bancal del Noroeste donde, sentada a la Luna del atardecer, ha emitido potentes aullidos, demasiado potentes y demasiado ásperos para su atiplada voz de chacal:

«¡Oíd perros del Valle, criaturas del Bosque y Humanos que no me entendéis! Soy Kika, de la Manada de Roco. La Vieja perra que no se ocupó de su cachorra. La gruñona que ha incumplido la Ley. Demando vuestra justicia de la mano del Gran Alguen. Mordedme en el cuello, Dobermans, si me encontráis. Negadme, Mastines, el acceso a vuestro Territorio. No me olfateéis, perros sin nombre, en mi celo pero... ¡Cuidado con mi perrilla si sobrevive! Mataré por ella si no lo hace el Jefe Roco. ¡El Gran Alguen hará que rejuvenezca para que la críe!».

Con un postrer y desgarrador aullido la perra ha vuelto donde Tana y yo nos encontramos. Ha fingido dormirse, pero un constante calambre en su oreja izquierda, indica su completa vigilia.

Han pasado dos atardeceres sin que Terra despierte de su febril sopor. Su cuerpecillo, sin apenas alimento, parece empequeñecer a nuestros ojos.

Los Amos la cuidan constantemente. El Jefe, con aire preocupado, deambula alrededor de la perrilla cuando no habla por el artefacto que se pone en la oreja. La Gran Hembra medica regularmente a su cachorra enferma. El Pequeño Jefe, ayudado por su padre, clava agujas en el cuerpecillo exhausto de Terra. La Cachorra y su vieja griffona no se separan de ella. Mientras, Tana y yo, viendo en peligro a nuestra compañera, hemos perdido hasta el instinto básico de la alimentación.

Está saliendo el sol de un caluroso día del mes que los Humanos llaman Agosto. Al terminar mi ronda habitual al Territorio, me he acercado al cubil del Pequeño Jefe. Mi instinto y mi olfato, muy superiores al de los Humanos, me alertan de algo. Con mi trufa he empujado la puerta y, sigilosamente, introducido la cabeza.

—¡Hola Gordo! ¡Tengo hambre!

Olvidando toda la educación recibida de mi Jefe he saltado encima del lecho del amo de Terra y lamido su cara. Luego, como Rabú el conejo loco, he corrido y ladrado despertando, con mi algarabía a toda la Manada.

—¡Despierta Tana! ¡Kika, la cachorra está viva!

Todos los habitantes del territorio hemos corrido al cubil del Pequeño Jefe.

Ante nuestros ojos, la simpática carita de Terra se mueve de un lado a otro mientras se esfuerza en levantarse sobre sus vacilantes patas. Hasta los Humanos han restregado el hocico con

la perrilla.

Todos vemos con alegría cómo se alimenta con fruición mientras su rabillo se mueve horizontalmente.

He corrido a la Terraza del Oeste donde el Canario Curro evoluciona en su jaula.

—¡Curro, si entiendes a Roco el Pastor, canta para su cachorra!

El Gran Alguien, capaz de crear la Ley Natural y dar la vida, ha empujado al simpático pajarillo a lanzar un melodioso trino, coreado enseguida por los Jilgueros de los almendros. El día ha transcurrido entre risas y juegos de toda la Manada. Sin excepción de los Humanos, nos hemos revolcado en el césped del gran Charco.

Kika, como prometió, no se separa de la Perrilla. Parece que su mal humor y envejecimiento Natural han sido frenados por la mano del Creador. Tana, siempre celosa de la garra de la Gran Hembra, gruñe entre socarrona y alegre, solicitando para ella, alguna que otra caricia.

La alegría ha vuelto al Territorio. ¡Yo haré que también vuelva al Valle!

Luna llena en Agosto, estupenda para despertar mi espíritu de perro cantor.

«¡No durmáis, hijos del Valle! Mi perra ha vuelto a la vida. Atentos Ramón, Paco, Jesús, Ron, Wolf y todos los machos: cuidadla cuando yo no pueda. ¡Sira, Berta, Isa! Hembras de nuestra especie no provoquéis el mal humor de Roco con vuestras envidias hacia mi cachorra. ¡Enseñadla a vivir!».

CAPÍTULO XI

El mes en que «mis humanos» vuelven a sus trabajos en la Ciudad, me ha traído la consagración como miembro de la familia del Valle.

Entre los continuos juegos con la pequeña Terra y los concursos a los que somos condenados Tana y yo, el Jefe ha terminado mi adiestramiento. Las órdenes de SITZ, PLATZ, FUSS, HOP, BUSCA, APORT, NEC, AUSS, VIGILA, PRRRREEEE, PIISSSTA, junto con los ruidos del silbato que no se oye, se mezclan en mi pobre cerebro de perro dominante.

El ascendiente que tengo sobre la Manada y el cariño que profeso por mi amo hacen que me esfuerce en la comprensión de todo lo que él exige de mí.

Aún recuerdo, en mis pesadillas, la imagen de mi Jefe retándome cuando yo no era mas que un estúpido cachorro grandullón y falto de espíritu que se atrevió a probar sus fuerzas con las de su mejor amigo.

Ahora podría derrotarlo fácilmente en solo dos impactos pero, el solo pensamiento de tal encuentro me produce una auténtica repulsa difícil de superar.

Hace poco, he vuelto a ver a mi padre Arthur. Quiere tanto a su amo como yo al mío, me lo contaba mientras, echados en el césped de un Territorio lejano, observábamos las evoluciones de nuestro jefes que departían amigablemente.

—Te pareces mucho a mí, Roco. Nuestros Amos dicen que somos iguales como dos abejas del mismo panal y que ambos llevamos la impronta del abuelo Natz... ¿Has visto a tu madre?

—No Arthur. Solo me queda de ella el recuerdo de su olor y la agradable nostalgia de la tibieza de su vientre. Cuando me tumbo con mi Manada, al abrigo de la nieve invernal, recuerdo mientras dormito los consejos que me daba.

»Mucho me sirvieron sus enseñanzas pero, de no ser por Kika, quizás fuese ahora un estúpido perro de los que se limitan a gritar su impotencia a todo el que se acerca a él. Tú los has visto, padre. Son la deshonra de nuestro Nombre y, en ellos, se refleja la falta de atención se sus jefes... ¡Por cierto! ¿Conoces a Kika?

—Vi a esa iracunda griffona plantarle cara a un Rottweiler que se atrevió a gruñirle a su Ama mientras tú concursabas. Parece una buena perra pero su genio es peor que el de un lobo cojo y solitario.

—Así es, padre. Es astuta como Ladin el zorro, sabia como Anouska y corajuda como Ramón el Doberman. Ella me crió y me enseñó a entender a los humanos. Cuando vengas a mi territorio, te contará cosas que te embelesarán... ¡Escúchala Arthur! ¡Siempre tiene algo que enseñarnos!

La voz de nuestros jefes nos sacó, ese día, de un diálogo que por mi parte podría haber continuado durante muchas lunas.

Mi padre ya no me impresiona como antes. Es tan alto y fuerte como yo, Dominante en su Territorio pero, como dice Kika, más sabio por viejo.

La consagración de mi lugar en la Manada del Valle se ha producido, hoy, como consecuencia

de un penoso trance para los humanos que cuidan tanto de sus cachorros como nosotros.

Esta mañana casi otoñal, han venido al Territorio unos amigos de mis amos para hacer una especie de reunión en la que todos comen juntos... ¡Extraña costumbre!

El más pequeño de los invitados, un cachorro macho de mi misma edad y que todavía anda con dificultad, ha jugado con Terra hasta cansarse. La perrilla, cachorra como él, se defiende de sus hábiles «dedillos» cuando estos tratan de perforarle ojos y orejas, en un afán humano de investigar que hay dentro.

Al medio día, cuando el sol se coloca en el Sur, la hembra madre del humano le ha dado de comer algo repulsivo que huele igual que las plantas que la Gran Hembra cultiva en «sitio prohibido». Al cachorro también le ha parecido asqueroso y lo escupe con violencia una y otra vez, ante la desesperación de su madre.

Después de la batalla, el pequeño se ha acurrucado en el cubil de la dueña de Kika, hasta que ha sido vencido por el sueño.

Me he ido con las hembras que dormitan en el Bancal del Suroeste del Territorio.

—Gordo; estoy reventada. Ese cachorro es más malo que yo. Ha arrancado pelo de mi lomo, me ha hecho daño en las orejas y me ha mordido la trufa.

—A esa edad, Terra, los humanos son como nosotros al destete, capaces de rendir al perro mas fogueado.

Cuando ya apenas se ve claridad en la montaña del Oeste que domina el Valle, Kika se ha presentado donde dormitamos, presa de una gran agitación.

—¡Pastores! ¡El cachorro humano ha desaparecido!

—¡Yo lo buscaré, Vieja perra! ¡El Jefe me ha adiestrado en el rastreo!

He trotado alrededor de toda la valla hasta que, en un punto de ella, el olor típico del cachorro me ha advertido que su cuerpecillo ha conseguido pasar entre dos de los barrotes.

Al entrar corriendo en el interior de la morada, he olfateado una febril actividad entre los humanos. Mi Jefe, su hijo y el Dominante de la otra manada ya se han adentrado en el bosque del Este desde donde se oyen las voces angustiadas del padre del cachorro.

La Gran Hembra habla sola con el aparato de la oreja, mientras la Cachorra trata de calmar a la hembra madre que derrama por sus ojos y nariz más lágrimas que un perro con moquillo.

Cuando la luna de Septiembre brilla en todo su esplendor regresan los machos humanos con emanaciones de desaliento... ¡No lo encuentran!

—¡Jefe; yo puedo rastrearlo! Sé como llegar hasta él. ¡Ponme el peto de adiestramiento!

Mis fuertes ladridos solo han sido respondidos por un «PSSSSS» que mi amo me ha lanzado entre iracundo y preocupado.

—¿Por qué no me entiendes? ¿Para esto me has enseñado a descubrir al pequeño Jefe escondido a doscientos trotes de aquí? ¿No ves que la pista es muy fácil? ¿No comprendes que el cachorro no separa los pies del suelo al andar?

Lejos de hacerme caso, el Jefe ha recibido bien avanzada la noche, a unos humanos llegados en un coche con luces verdes que dañan mis sensibles ojos.

Llevan en la cintura un pequeño artefacto que mi Jefe también posee y, que al cogerlo con la

mano, provoca un estampido como el rayo en las noches de tormenta. Me acuerdo de los ruidos que hacía con él mi amo en el adiestramiento... ¡Ya no me impresionan!

Según Kika «los hombres de verde» han rastreado el bosque sin éxito.

—Kika; si ellos no tienen olfato... ¿Cómo lo van a encontrar? Ha pasado mucho tiempo desde que se fue. El bosque está lleno de peligros para un cachorro humano. Desde el traidor alacrán hasta el peligroso Ladin, atentarán contra su vida. El frío de la noche lo enfermará y el hambre lo debilitará.

»¡Vieja perra: siempre te he considerado la hembra más sabia del planeta! ¡Dame tu última lección! Dile al Jefe que yo soy capaz de encontrarlo, pero... ¡Hazlo pronto!

Kika, nerviosa, ha fijado en mí sus redondos ojos negros y un destello de conmiseración ha salido de entre su enmarañada frente.

—¡Pobre Pastor, macho prepotente que no sabe aún comunicarse con su jefe! Te daré tu última lección y te la daré delante de tus hembras.

Ha desaparecido y, al volver trae en la boca algo. ¡Mi peto!

Colocada al lado de mi amo y, con el chisme en la boca, se ha levantado hasta alcanzar la posición en la que solicita golosinas de la Cachorra. Luego ha gruñido hasta que la Gran Hembra ha fijado en ella, su atención.

De momento, en el Territorio, todos han enmudecido. Mi jefe se ha golpeado en la frente con la garra en un gesto humano que nunca he llegado a entender. Luego todo ha venido rodado. La Gran Hembra me ha colocado el peto de rastreo mientras mi amo, rebusca por el Territorio algo del cachorro que darne a oler.

—¿Para qué quiero esto, Jefe? ¡Yo sé lo que buscáis!

He desarrollado toda la parafernalia de olfateos y ladridos para convencer a los humanos que estoy listo.

Al fin, la orden tan esperada, ha resonado en todo el Territorio... ¡Piiiiisssta!

Mi amo ha tomado el mando del rastreo. Los hombres de verde han desplegado a nuestro lado, el pequeño Jefe en un ala y, en la otra, el macho padre del cachorro. Todos llevan en la mano algo que arroja una pequeña luz y que a mí, me acarrea mas molestias que ayuda.

Situados en el punto en que el humano abandonó la verja, ha comenzado la marcha. La pista es todavía fresca y fácil. El pequeño hombre no es capaz de andar sin arrastrar los pies y su olor, impregna el húmedo tomillo que rodea el bosque del Este.

—«¡Roco: nos queda poco tiempo! ¡Avanti!».

He comenzado a tirar del peto mientras el Jefe me anima con la voz y la orden de... «¡Piiiiisssta!».

Kika me decía que los hombres, cuando andan en campo abierto, suelen terminar, después de miles de trotes, en el sitio donde empezaron. Sólo los que conocen los grandes espacios fijan referencias y se orientan por el Sol y las estrellas como nosotros. Además, me comentaba, los humanos tienen un lado del cuerpo predominante sobre el otro, casi siempre el derecho. Por eso

comienzan a andar y, al perderse, dan vueltas hacia ese lado creyendo que caminan en línea recta.

El ascenso por el monte bajo es dificultoso para mi jefe y los humanos que le acompañan. No quieren perder el enlace entre ellos. Los matorrales y pequeños pinos les hieren retrasando el avance.

Mi impaciencia por seguir la pista y los continuos tirones de la trailla, han determinado a mi amo a soltarme.

—«El perro se detendrá cuando alcance el objetivo. Está adiestrado para ladrar y echarse a su lado. Esperará a que lleguemos».

Arrodillado a mi lado y, mientras palmea cariñosamente mi cabeza, sus ojos brillantes en la oscuridad, se fijan en los míos... ¡Lo espera todo de Roco, el hijo de Arthur!

Sobre mi peto ha colocado una especie de «zurrón» como el que llevábamos en el adiestramiento. Huele a agua y a comida de humanos. Por fin sus órdenes secas entre imperativas y suplicantes, han sonado en el bosque creando un pequeño revoloteo en el pino cercano... «¡Avanti Roco, Piiissta!».

He partido como el palo que dispara el pequeño Jefe en sus clases de combate. El rastro se dirige hacia la vaguada del Suroeste, en cuya cabecera habita Ladin. Al parecer el humano está derivando hacia el Valle después de describir un amplio círculo, como vaticinaba Kika.

Corro entre los matorrales dejando mechones de mi pelaje enganchados en las enmarañadas zarzas, que hieren mi piel y cierran mis ojos.

¡El rastro del cachorro se confunde con el de Ladin!

El sentimiento que observo en mis Amos, cuando sus hijos se retrasan por las noches, lo he experimentado por primera vez en mi existencia.

Me he encaramado a una gran roca en el otero del Suroeste y entre jadeos he cantado cara a la Luna:

«No es un lobo el que aúlla, lo hace Roco, Jefe de Manada del Valle. Busco a un cachorro humano. ¡Ayudadme criaturas del bosque! ¡No rocéis su desnuda piel o mis colmillos destrozarán la vuestra!».

Recuperada la pista, he corrido hacia la madriguera de Ladin. Un tufo de sangre fresca se confunde con el olor a zorro y a humano.

—¡Has incumplido la Ley! Acabaré contigo, vieja alimaña. ¡Sal a campo abierto o esperaré a que te mate la sed! ¡Si el cachorro ha muerto, tú lo estarás mañana!

Del interior de la madriguera, la sibilina voz de Ladin se deja oír con dificultad. El astuto animal se ha refugiado en lo más profundo de su agujero.

—¡Te reconozco Roco! ¡Por tu emanación sé que estás excitado y no saldré hasta que me oigas!

»Hace muchas lunas te dije, cuando viniste con tus hembras a mi territorio, que nunca atacaría a tu manada ni a tus crías. También te advertí que mi sagacidad es superior a la tuya, estúpido

petulante. Si hubieses matado alguna vez, no confundirías el olor de la sangre de Rabú con el de la del humano.

Hoy he cazado una cría de conejo y su olor es lo que desata tu cólera... ¡Vete de mi territorio!

—Admiro tu astucia, zorro. Reconozco que eres un gran cazador... ¡Mejor que Roco el Pastor!

¿Podría esperar de tu sagacidad que averigües el tiempo que tiene la huella del humano?

La treta ha dado resultado. La afilada cara de Ladin asoma por el agujero y sus ojos, entre desconfiados y arrogantes, se encienden como chispas en noche de tormenta.

Después de olfatear el rastro, procurando no ponerse al alcance de mis colmillos, ha sentenciado:

—Ha pasado por aquí cuando yo mataba el conejo en el Viso del Noroeste. Lo tienes a doscientos trotes tuyos.

—¿Sabes algo más?

—Nada que te interese.

Pavoneándose en ostentosos movimientos de cola y no fiándose aun de mí, se ha introducido en su cubil.

¡Buena caza Pastor!

¡Que el Gran Alguien cuide de tu camada, viejo zorro!

Aprovechando la escueta información de Ladin, he vuelto al rastro, no sin antes olfatear el viento del Norte. Los humanos siguen en su lento ascenso por la vaguada que hace tiempo dejé atrás.

—Tengo que avisar al Jefe que el rastro se dirige hacia abajo.

Después de ladrar a todo pulmón y cuando me considero casi vencido, el silbato que no se oye ha entrado en mi cerebro con muy poca intensidad pero con la suficiente para indicarme que mi Amigo se encuentra a menos de cuatrocientos trotes de mí.

Mientras corro y rastreo en mi humilde y esquemática mente se reproducen las imágenes de mi infancia en el Territorio del Valle.

—¡Cuántas lunas de charla con Kika! ¡Cuántas horas de adiestramiento con mi Jefe! Qué ratos mas felices con la Manada a la que tanto quiero. Ahora ellos me exigen que cumpla la misión que el amo me ha encomendado. Todos esperan que un humilde perro consiga lo que varios humanos no logran... ¡Por mis antepasados que lo haré, aunque me deje la piel en el bosque!

El ensimismamiento al que me he sometido no me ha dejado ver la rama de pino desgajada por el rayo de la tormenta de Invierno. He tropezado con ella y, al voltearme, he caído por un desmonte de cuatro trotes de profundidad.

Me duele todo el cuerpo pero la pata derecha no puedo moverla. Mientras intento levantarme sin éxito una sensación de impotencia se apodera de mi espíritu. Un profundo y lastimero aullido se ha escapado de mis fauces.

«Criaturas del bosque, ved como el Pastor Roco fracasa por su torpeza. Cuando mi Jefe me encuentre tendrá más problemas de los que merece. ¡Viejo búho avisa a las criaturas libres que un perro adiestrado por su amo ha sido incapaz de encontrar al

pequeño humano perdido en vuestro Territorio!».

Mis lamentaciones se han visto interrumpidas por el olor característico de algún miembro de mi especie.

—¡Aunque esté herido te plantaré cara si vienes a combatir!

Sin estar convencido de mi capacidad combativa he mostrado mis colmillos y erizado mis cerdas dorsales.

El resoplido de un perro adulto es cada vez más audible y cercano. Las matas al Sur de donde me encuentro comienzan a moverse mientras un ronco gruñido mío intenta advertir al forastero que, aunque tumbado, soy capaz de defender la vida que el Gran Alguien quiso otorgarme.

Una enorme cabeza en la que brillan dos carbones encendidos ha roto la última rama que nos separaba.

—¡Hola cachorro!

—¡Truco, amigo mío! ¿Eres tú? ¿No has muerto aún?

—Buen Roco, me alegro de verte aunque te encuentre en esta situación. Efectivamente he sobrevivido al Invierno pasado. Quizás no te acuerdes que Kika guardaba comida debajo del Bancal del Pino de vuestro territorio. Gracias a tu Maestra y al cubil que encontré conservo la vida aunque ya, por poco tiempo. El Bosque y las próximas nieves acabarán conmigo. Antes, cachorro, me gustaría hacer algo por ti y por tu manada.

»Sé porqué estás aquí y lo que buscas. El pequeño humano está mas cerca de lo que crees. Yo te llevaré hasta él. No esta herido como tú; simplemente agotado y temeroso de la oscuridad. Ladin me ha contado que lo buscabas y lo he vigilado mientras lo protegía de alguna alimaña que ronda estos parajes.

»¡Intenta levantarte! Trataré de llevarte como lo hacía con los hijos de Rira... ¡Mis cachorros!

Una sombra de nostalgia ha cruzado la frente del viejo perro abandonado y ahora cimarrón.

—¡Vamos, Truco, tírame del morrillo!

Los desgastados colmillos del animal amigo han desgarrado mi piel hasta conseguir ponerme en pié. La marcha es una tortura para mi cuerpo. Solo el aliento de Truco y el febril deseo de acabar la misión encomendada por mi amo me hacen seguir adelante.

—¡Ahí esta, compañero!

El cachorrito ha detectado nuestra presencia. El horrible aspecto de Truco le hace gritar y derramar lágrimas. A mí me confunde con Tana y, entre llantos, tiende su rolliza mano hacia mi hocico.

—Viejo amigo, te rechaza por miedo. Nunca sabrá que le debe su vida a un perro abandonado por su amo. Ya no puedes hacer nada por nosotros. Ve en paz y que el Gran Alguien te cuide cuando llegue el invierno. La Vieja perra se sentirá orgullosa de su antiguo amigo... ¡Adiós Truco!

Con un desgarrador aullido, el viejo perro se ha despedido de mí. Sabe que su vida puede correr peligro de encontrarse con los humanos. Ellos ya lo abandonaron una vez.

—¡Buena caza, Roco!

¡Increíble la inteligencia humana! Ningún animal de la Creación, ni el astuto Ladin ni aún el gigante de la trompa larga, que he visto en la «Caja que no huele», pueden compararse con los hijos predilectos del Gran Alguien.

Un diminuto cachorro de Hombre me ha enseñado como, sin olfato ni instinto, se puede ser infinitamente mas listo que mi vieja Kika.

Cuando la atroz visión del buen Truco se ha perdido entre la maleza, el pequeño humano, con su vacilante paso, se ha dirigido llorando y tiritando hacia donde me encuentro echado. Sus heladas manitas se han tendido hacia mí.

—¡No puedo levantarme, humano, estoy herido!

Parece que el cachorrito capta mis lamentos y se acerca entre temeroso e implorante.

—«¡Tana, Kika!».

—¡No hombrecito! Soy Roco o lo que queda de él. Acércate y toca lo que llevo en el peto; es bueno para ti.

Con un brillo de curiosidad en sus claros ojos y, perdiendo poco a poco el respeto que le impongo, ha toqueteado el zurrón del Jefe y... ¡Lo ha abierto!

Yo tendría que destrozarlo para conseguir abrirlo y, además, no me atrevería a tocar nada sin que mi amo me diese la contraseña de alimentarme... ¿Cómo sabe él que puede disponer de lo que hay dentro si no se lo dice otro humano?

Cuando yo era cachorro me consideraba tan estúpido como las tortugas del Bancal del Noroeste, sin embargo, el hombrecillo parece saberlo todo a su corta edad.

Con sus hábiles dedillos ha extraído de la bolsa comida y un recipiente que huele a agua. Más que comer como un humano, ha devorado como un lobo solitario, mientras el olor del recipiente del agua martiriza mi seca y ardiente trufa.

Evidentemente la conducta de los humanos, no se ajusta a nuestros patrones. Yo no como ni bebo lo que lleva el Jefe si él no me lo permite y, por supuesto, nunca hasta que él ha terminado.

El cachorrito come sin, al parecer, importarle mi necesidad.

—¡Tengo sed, cachorro!

He acompañado mis quejidos de unos movimientos de rabo que siempre enternecen a la Gran Hembra, consiguiendo de ella golosinas que mi amo no me da fuera de la escudilla.

El inteligente hombrecito ha tratado con escaso éxito, de darme agua. Mi lengua no puede hacer el «cuenco» si el chorro cae en dirección a mis belfos. De todas formas, me ha refrescado la maltrecha trufa y aliviado en parte mi sufrimiento. Un buen pedazo de pan y algo que huele muy fuerte a carne, ha desaparecido de la pequeña garra del humano en cuanto me lo ha acercado.

¡No me ha dado la contraseña! ¡El jefe se enfadará!

—¡No se lo cuentes cachorro!

El hombrecito, agotado por la caminata y tiritando de frío en la madrugada, se ha acurrucado entre mis patas... ¡Igual que Tana cuando fue mordida por la mala Doberman!

Mi grueso pelaje y mi temperatura superior a la humana, han conseguido que se duerma casi

instantáneamente.

El pobre está casi tan magullado como yo. Las zarzas han abierto surcos en su piel y de su cabeza mana un pequeño hilo de sangre.

—¡Esta sí que huele a sangre humana! ¡Llevabas razón viejo zorro! Su olor es menos fuerte que el de la de Rabú.

El dolor que atenaza mi pata herida y la preocupación por mis costillas rotas no me han dejado pensar hasta ahora en mi Jefe.

—¿Dónde estará? He cambiado muchas veces de dirección y ellos aguardarán con impaciencia mis ladridos.

Por otra parte el Jefe sabe que yo canto. Está muy orgulloso de mi habilidad y la fomenta acompañándome con «música» cuando me oye aullar a la Luna.

—¡Trataré de componer una canción que se oiga en todo el Valle, y utilizaré agudos tonos que alcancen hasta los duros oídos humanos!

«Criaturas de la noche, compañeros del Bosque. Entre mis patas duerme el pequeño hombre que el viejo Truco me ayudó a encontrar. Ya tengo lo que quería. Levantad el vuelo pájaros libres y desconcertad al Humano con vuestra conducta. No os acerquéis a mi cachorro. Mi cuerpo está roto pero mis colmillos enteros».

Entre canción y canción he lamido profusamente las heridas del hombrecito. Recuerdo la buena medicina que resultó mi lengua cuando el Jefe cayó presa de la fiebre el Invierno pasado. El que cura a lo humanos pretendía echarme de su cubil, pero mi amo y yo sabemos que un perro tan cuidado como yo apenas puede contagiar algo malo a sus amigos los Hombres. Sin embargo... ¡Mis lametones fueron buenos para él!

Al pequeño hombre no lo despiertan ni los cantos ni lo ásperos restregones de mi lengua. ¡Inteligente e inválido cachorrito! ¡No sobreviviría solo en el Bosque!

El cuerpo se me está enfriando. Por momentos crece el dolor y la contractura de mis músculos. —¡Cantaré otra vez!

La última estrofa de mi canción ha coincidido con un sonido mental inconfundible.

—¡El silbato que no se oye!

Por su intensidad sé que está muy cerca.

—¡Estoy aquí Jefe!

Mientras la montaña del Este se torna rojiza, el sonido de ramas rotas que producen los humanos al andar se hace oír cada vez con más intensidad. Su marcha provoca la fuga de alguna ardilla que quería ver el amanecer del nuevo día.

—«¡Roco, amigo mío!».

La presencia del Jefe ha sido para mí, como la de Anouska cuando nació. Su gran envergadura y

el fuerte olor a sudor que emana su cuerpo me han traído la imagen de un nuevo nacimiento.

Mientras asciende en compañía de los demás humanos hacia el calvero en el que me encuentro una canción espontánea ha salido de mi pecho casi aplastado.

«Jefe, compañero: tu perro está acabado pero feliz de verte. Pon tu garra sobre mi cabeza y saca de tus labios el dulce sonido de la “música del Valle”. Traes el olor de nuestra Manada, de mis hembras y de las tuyas, del Pino y del Gran almendro, de los mandarinos del Sur y los manzanos del Norte. Hueles a los hinojos del Oeste y al humo de la chimenea del Cubil... Hueles a mi familia».

El cachorrito ha sido rápidamente atendido por el macho de su manada. Ambos frotan sus hocicos y derraman lágrimas en abundancia, mientras de la boca del hombrecito salen ruidos muy familiares para mí.

—«¡Papá... Roco!».

Totalmente ajeno al ajeteo organizado a nuestro alrededor, mi amo me acaricia y con las garras que tantas veces me han sacado espinas o curado heridas, trata de arreglar mi maltrecho cuerpo. Sabe donde me duele y discute con el Pequeño Jefe la forma de aliviarme.

Después de un tiempo en el que he gozado de la total atención de mis Amos, de la mano del Jefe han salido dos truenos que resonando con fuerza en todo el Valle, han hecho levantar el vuelo a todos los pájaros que contemplan el amanecer, creando un revoloteo preñado de ruidos muy agradable a los oídos de un animal de mi especie.

Desde nuestro territorio dos estampidos lejanos arrojados por el artefacto de la Gran Hembra contestan a los emitidos por mi amo... ¡Sabemos que lo hemos encontrado!

El Pequeño Jefe si entiende de dar de beber a un perro. Haciendo «cuenco» con sus garras y ayudado por un «hombre de verde», ha vertido en ellas el agua que porta en su cintura hasta que su padre le ha indicado que no debe darme más hasta saber el estado en que se encuentra mi panza.

Mientras los demás se afanan en curar las heridas y magulladuras del cachorrito, él sonrío feliz entre los brazos de su padre buscando con sus ojos los míos, en íntimas miradas de complicidad...

—«¡Roco... malito! ¡Papá, Roco malito!».

Sus manitas se extienden hacia mí tratando de zafarse del abrazo paterno y venir adonde me encuentro echado.

El macho humano, complaciendo a su hijo, lo ha depositado entre mis patas. La gran ternura humana se ha plasmado en un abrazo que me colma de alegría.

—«¿Roco malito? ¡Yo curo!».

Mi lengua ha recorrido hábilmente la pequeña faz del cachorro mientras sus garritas acarician mi frente.

¡Hombrecillo, algún día serás un jefe de manada!

El humano, intentando impedir que siga lamiendo la cara de su machito ha tratado de separarnos. La férrea zarpa del Jefe, posándose sobre su pecho, ha detenido en seco su avance.

—«Deja a los cachorros que se comuniquen... ¡Lo hacen mejor que nosotros!».

Murmurando la clave de comer, en mi oído, el Pequeño Jefe ha introducido una maloliente pastilla entre el final de mi lengua y el paladar. Yo sé lo que es esta porquería que lo sana todo... ¡Poderosa medicina humana! Me la dan cada vez que me acatarro o me golpeo saltando de bancal en bancal en mi Territorio. También Kika y mis hembras han pasado por el mal trago.

Mientras el dolor del miembro herido y el del pecho aminoran, el Jefe, con sumo cuidado, me ha atado la pata a una rama joven de pino con un trapo largo y blanco que ha extraído de su zurrón. Mis lengüetazos en sus garras y esa «lánguida» mirada que me enseñó Kika, han dado como fruto una prolongada caricia en mi frente.

—«Gracias Roco. ¡Vámonos al Territorio!».

El Jefe y los «hombres de verde» han preparado la marcha. Ellos llevarán al cachorro turnándose con su padre y a mí, me bajarán mis Amos.

Con la cabeza apoyada en el hombro de mi Amigo evoco, mientras bajamos, la última vez que me cogió como ahora para llevarme al Bancal del Manzano e indicarme donde debía depositar mis boñigas. A partir de entonces el Jefe sentenció:

—«¡No se debe coger en brazos a un Pastor alemán!».

Ya no me coge pero la verdad es que a mí me encanta.

Al cabo de un rato y cuando el Jefe ha empezado a jadear, los recios brazos del amo de Terra se han hecho cargo de mi desmadejado cuerpo. Parece que le peso menos que a su padre... ¡Qué fuerte se está poniendo este cachorro! Mis continuos lametones en el cuello son respondidos por unas demostraciones de ternura que el Pequeño Jefe, últimamente solo prodiga a su perrilla.

—«¡Ay mi Rockito, qué chico es!».

Me promete dejarme dormir dentro de su cubil junto a Terra y curarme él en vez de dejar que lo haga mi segunda madre.

—«Te voy a cocinar un gran trozo de hígado con arroz, zanahorias, aceite crudo, corazones de peras y verduras del huerto de mi madre».

La comida de «perro enfermo» que me promete el Gran Cachorro hace que la saliva que chorrea de mi boca empape la ropa de mi porteador. Han pasado muchas lunas desde que cogí el último empacho y, después de un día sin comer, la Gran Hembra me dio el succulento manjar al que ahora hace alusión el Pequeño Jefe. Desde entonces... Pelotillas.

A nuestro lado camina mi amo. De reojo observa atentamente mi cara mientras que sus pelos, revueltos por el viento del Norte, me recuerdan la imagen del día que me llevó a este mismo bosque, apoyado en un bastón y... ¡Me habló!

De sus labios sale la eterna «música» que le acompaña a todos lados y que a mí, me produce ensoñación. La emite cuando está preocupado o alegre, cuando trabaja, se arranca los pelos de la cara u observa distraído la «caja que no huele»... La emite siempre. Yo se la he oído a otros humanos, pero no con tanta insistencia como a mi Jefe. Solamente la suelta de su boca cuando se sienta delante de un artefacto negro y provoca con sus manos otra «música» mucho mas

complicada que hace las delicias de los humanos del Territorio o invitados. Sus dedos corren por un espacio blanco con rayitas negras del que salen ruidos musicales, que hacen a la Gran Hembra cantar en voz baja mientras se afana en el cuidado del Cubil y de su prole. Todos cantamos en el Territorio menos la perrilla que todavía y, a pesar de las lecciones de Kika la atiplada chacal, no ha aprendido.

Terra es mala alumna y aún se burla de la maestra cuando la Vieja perra le exige atención.

—¡Los Pastores alemanes no cantan, vieja condenada!

Kika, al oír tamaño desatino, amonesta a la cachorra con gruñidos y simulacros de combate.

—¡Si te oye el Jefe Roco, recibirás dos colmillazos en el cuello, estúpida perra! En el Territorio y, cada uno a su manera, todos cantamos. Desde nuestros Amos hasta el Jilguero del Gran Almendro... ¿Por qué no lo haces tú?

Evidentemente yo sí que oigo las tonterías de la cachorra pero, he decidido no darle colmillazos hasta que su cuerpo esté hecho. Entonces sí que cantará... Por las buenas o por las malas.

El descenso hasta el Valle se hace lento para los humanos y corto para mí... ¡Yo voy en brazos de mis Amos!

El cachorrito grita desaforado cuando no me ve.

—«¡Roco... malito, toma un caramelo!».

Lo que me ofrece el inocente humano nunca se me ha permitido ingerir pero hoy es un día especial. Cuando agotados por la caminata los humanos han hecho alto en el Calvero del Este, el hombrecito abrazado a mi cuello, me ha ofrecido el dulce manjar.

¡Huele mejor que el corazón de la pera!

Mientras el Jefe vuelve a revisar las heridas que me produjo Truco en el cuello y, ante mi ansiedad, me ha susurrado en la oreja en la que pintaron mi nombre, la clave de comer.

Esta pelotilla si que la he masticado hasta el último crujido.

¡Está deliciosa! ¿Porqué no me dejará el Jefe probarla nunca?

Ya huelo el Territorio. Mi fino olfato, tan superior al de los hombres, detecta el olor del líquido negro y caliente que la Gran Hembra ofrece a todos sus amigos. ¡Estamos muy cerca!

Los ladridos de las hembras ya son audibles para mis enhiestas orejas. Pero... ¿Qué es eso que se oye abajo? ¡Parece un aullido!

¡Que mis antepasados me protejan! ¡La perrilla está cantando!

«Oíd hijos del Valle la primera canción de esta joven hembra. Pertenezco a la manada de Roco, el hijo de Arthur y nieto de Natz. Mi padre es Odin y mi hermana es Tana la hembra del Dominante. Mi maestra está conmigo y me ayuda en el canto. Lo hago para celebrar que el macho Roco baja de la montaña del Este. Cantad conmigo hermanos de raza».

El Valle se ha encendido como el Sol en el Este al amanecer. Oigo aullar a los Doberman

Ramón, Paco y Jesús, Al Mastín Ron, a Tino el mestizo e incluso a Khurtz, el Dogo recién llegado a un territorio cercano. El trino matinal del canario Curro también se une a ellos.

Todos hablan el idioma que el Gran Alguien nos enseñó. El lenguaje de la Naturaleza.

He entrado en el Territorio en brazos de mi Jefe y acosado por la Gran Hembra que trata de revisarme como si yo fuese otro de sus cachorros.

—¡Hola segunda madre! ¡Mira como está tu perro!

Me han instalado cómodamente en mi jergón y mientras mi amo y los demás humanos hablan por el artefacto de la oreja, la Gran Hembra ha saciado mis necesidades alimentarias acariciándome la cabeza con la misma ternura con que lo hacía cuando vine del territorio de Anouska y lloraba por las noches en su cubil.

Todos la llamamos Madre y más aún Kika, que no conoció a la suya.

Ella nos consiente lo que nuestros Jefes nos prohíben y, hasta para apalearnos con la escoba del jardín, utiliza un tono entre iracundo y jovial que, por supuesto, no nos impresiona. Sólo se enfada cuando entramos en el «sitio prohibido» y comemos las plantas que ella cultiva, o nos cagamos en el césped; y, aún así, corre detrás de nosotros provocando más alegría que miedo en nuestras humildes y sencillas almas caninas. Un profundo sueño se ha apoderado de mí después de que el Jefe me suministre otra apestosa pastilla. Los hondos suspiros que nos liberan de tensiones han sido cada vez más frecuentes hasta que, arrullado por la voz de la Gran Hembra, he caído en un profundo sopor en el que la última imagen que recuerdo es la de mis hembras lamiéndome las heridas.

Según me ha contado Kika he estado mas de una luna sin conocimiento. Los humanos forasteros, con su pequeño cachorro, partieron después de que viniera «el que cura» pero antes, el Macho estuvo acariciando mi cabeza, en compañía de mis Amos, durante todo el tiempo que ha durado la «reparación» de mi maltrecho pellejo.

Cuando el hábil humano de los ojos inquisitivos ha dado por terminada la operación, inmovilizando mi pata con algo duro y blanco, el padre del cachorrito se ha desprendido de algo que llevaba colgado de su cuello y ha rodeado el mío con el objeto.

Dice Kika que el Jefe le ha prometido que el «chisme» lo llevaré, a partir de ahora, en mi collar de paseo y yo supongo que, aunque no sirva para comer, el Macho debe tener en gran estima el regalo que me ha ofrecido.

Los días que han seguido me han recordado a los que pasó el Jefe cuando vino de la Casa Grande después de estar enfermo. Toda la Manada del Valle me «cachucea» cuando me desplazo, lentamente como el Gran Lobo cojo solitario... ¡Qué daría por saltar un bancal o atizar un par de colmillazos a mis hembras!

Dice la Gran Hembra que en pocos días me quitaran la cosa dura de la pata y podré volver a correr y cazar lagartijas por el Territorio. El Jefe también ha prometido que no iré a concursos ni a adiestramiento durante una larga temporada.

El Otoño incipiente me llena de melancolía cuando el fresco viento del Norte anuncia la

inminente muerte del viejo Truco. Las ardillas han comenzado el febril ajeteo que precede al duro Invierno en el Valle, la estación en que mi amigo predijo su muerte aquella noche, junto al cachorrito, en el Viso del Este.

¡Que el Gran Alguien cuide de ti perro sin nombre!

Las heridas tratadas con maestría por mi segunda madre, curan con sorprendente velocidad. Como dice mi Jefe, los perros tenemos una encarnadura que para sí la quisiera él. Recuerdo que cuando le abrieron la panza para extraerle el pedazo de tripa que estuvo a punto de matarlo, quedó fuera de combate casi tres meses.

A los veinte días de mi aventura en el bosque del Este, todos mis destrozos corporales han cicatrizado perfectamente menos mi pata, que resultó rota. El polvo blanco que se endurece la mantiene totalmente inmóvil dándome un aspecto como dice Kika, de lobo cojo. Mi cuerpo alimentado en exceso y poco trabajado, engorda con rapidez, y mi musculatura sabiamente modelada por mi amo, se va recubriendo de la grasa que la Vieja perra tiene en su trasero.

Lo que más me fastidia de mi enfermedad es el hecho de no poder mear en los árboles de mi Territorio. Cada vez que lo intento, el dolor y el desequilibrio hacen que termine «marcando», como una hembra, y esto acarrea la ironía y burla de mi Manada.

De todas formas, el contacto con mis humanos llena con más intensidad mi pobre existencia de perro enfermo.

El Otoño se presenta en el Valle particularmente duro. Las nieves tempranas han helado los frutos de los mandarinos del Sur, mientras que los eternos y renovados pobladores del bosque ralentizan su actividad. El fuego de la chimenea del Cubil crepita día y noche, el pajarillo Curro duerme dentro, las hembras cambian su pelaje y yo paso largos ratos durmiendo o componiendo canciones en las que el viejo Truco siempre está presente.

«Criaturas libres del Bosque; no consintáis con vuestra desidia que un perro noble que salvó a un humano, abandone en soledad el Valle que le vio nacer. Haced por él lo que los hombres olvidaron. Caza para el perro, Ladin, aunque no sea de tu raza. Advértele del peligro búho del Viso y tú Petirrojo del Pino, arrúllalo al amanecer para que su despertar no sea tan doloroso. Cededle hermanos silvestres el calor que el viejo necesita, y sobre todo, no oséis enfrentaros al buen amigo de Roco, o su Manada acabará con la vuestra antes de que el almendro se vuelva blanco.»

Mis tristes aullidos son respondidos en ocasiones por ecos lejanos que quiero interpretar como señales de vida de Truco aunque en realidad, no sean más que los silbidos del viento en la Vaguada del Oeste.

Mi Jefe sabe de mi congoja por la próxima muerte de mi amigo... ¿Quién se lo habrá dicho? Recuerdo como tuve que recurrir a la interpretación de Kika para hacerme entender por él. La

certeza de mis premoniciones la obtengo cuando mi amo vuelve de su paseo por el bosque sin la comida con la que parte y con un fuerte olor a perro cimarrón en su bolsa de adiestramiento... ¡Está alimentando a Truco!

—¡Kika, Vieja perra condenada hija de un chacal! ¿Cómo te atreves a ocultarme cosas tan importantes? ¡Mereces que te expulse de la Manada, endemoniada Griffona!

Lejos de asustarse con mis ladridos, la indolente perra ha hecho su aparición en el Cubil y, después de estirar su aterida musculatura, me ha mirado con esa actitud de «maestra» que tanto me inquieta. Sus negros ojos brillan encendidos entre el pelo que cubre su frente.

—¿Qué le pasa al Macho Dominante? ¿Acaso no puede entender a su dueño sin necesitar de esta condenada chacal? Los Pastores sois fatuos y petulantes. Os fiáis demasiado de vuestra fuerza e inteligencia innata... ¡Pero todas esas virtudes que el Gran Alguien os ha otorgado hay que cultivarlas! ¿Necesita el gran Roco aún más lecciones?

La verdad es que Kika siempre lleva razón. ¡Necesito lecciones! Hace ya muchas lunas que mi amo no conversa conmigo o, si lo hace no presta toda la atención que debiera. Los acontecimientos en la vida de un perro son mucho más rápidos que en la humana y, últimamente, mi Jefe ha suspendido el adiestramiento por mi estado de salud.

El frío otoñal hace que pase muchas horas al lado del fuego, mientras la Vieja perra instruye a la cachorrita. Yo debería atender los sabios consejos de mi maestra pero, siendo el Dominante, me da vergüenza. Por otro lado Kika, en contra de sus propias sentencias, sigue siendo para las hembras, la dirigente.

Nadie osa acercarse a su escudilla y cuando levanta el rabo, Tana y Terra se echan al suelo y lamen su hocico en un ancestral intento de solicitar comida.

—Kika: siento el insulto a tu nombre. Te pido con la humildad del cachorro Roco que sigas explicándome el lenguaje de mi amo. Ya lo tenía casi aprendido pero desde que asumí la jefatura de la Manada he olvidado comunicarme con él de la forma en la que solíamos hacerlo.

Mi amago de sumisión ha enternecido el corazón de la vieja Kika.

Entre burlona y arrogante, se ha paseado por el Cubil mientras estira su acalambrada pata.

—Bien, pastor, empezaremos ahora mismo aprovechando que el viento del Norte entumece mis cansados huesos... ¡Vamos al lado del fuego!

He seguido a la griffona con la misma avidez con que lo hacía cuando me llevaba debajo del Gran Almendro siendo yo aún cachorro.

—Mira Roco. Sé que el Jefe alimenta a Truco, porque entiendo todo lo que dicen los humanos. Observa que ellos no basan su idioma en el lenguaje corporal como nosotros, sino ¿cómo es posible que no se entiendan los que no nacen en territorios cercanos? ¿Acaso entiendes tú al Jilguero de los almendros? Entre ellos no existe comunicación cuando les separa la distancia, de tal forma que cuando viene al Cubil uno de los que viven en el país de tus antepasados, les cuesta a todos gran esfuerzo enterarse de lo que dice el otro. Sin embargo, yo los entiendo, sean del color y raza que quieran.

—Kika: eso ya lo sé pero... ¿Cómo puedo provocar que el Jefe hable espontáneamente conmigo como lo hizo el día que fuimos al Bosque del Este?

—Roco: míralo fijamente a los ojos, mueve el rabo de un lado a otro y emite un suave gruñido de alegría. Él te entenderá al momento, acariciará tu cabeza y, si tiene ganas, charlará de sus «cosas» contigo. Sabes que nuestro amo habla más con nosotros cuando está solo que con el aparato de la oreja.

—¿Por qué no se enfada cuando lo reto con la mirada?

—Simplemente, Roco, porque el mirarlo tú no significa en su idioma que pretendas mostrar tu dominancia. En el nuestro la mirada fija, el pelo levantado y el rabo en alto trae inexorablemente la sumisión del más débil y, de esa forma, evitamos el cruel enfrentamiento.

—¿Todo eso lo sabe el Jefe Kika? ¿Él entiende todo nuestro lenguaje corporal?

—Si no todo, gran parte de nuestra conducta... ¿Cómo crees tú que te adiestró?

La larga clase se ha prolongado hasta que nuestros amos han llegado de la Ciudad y, cuando el Jefe después de encerrar el coche ha entrado en el Cubil, le he seguido con insistencia poniendo en práctica todo lo que la Vieja perra me ha enseñado esta tarde.

—«¿Qué te pasa Chico, te encuentras peor de la pata?».

—No Jefe, quiero charlar contigo.

A partir del día en que Kika me aleccionó sobre la forma de entablar conversación fluida con mi amo, lo busco siempre que está solo porque, al parecer de mi maestra, los hombres se sienten algo ridículos cuando son observados hablando con un perro. No creo que a mi Jefe le importe tal sensación, pero no debo ponerlo a prueba. Recuerdo que la charla que mantuvo conmigo se produjo en el bosque y, allí es donde nos encontramos en completa intimidad.

Han pasado los días y aunque «el que cura» ha roto el polvo blanco de mi pata, la cojera impide que mi amo continúe mi eterno adiestramiento.

Hoy es uno de esos días que el Jefe no va a trabajar a la Ciudad. El frío intenso del Invierno hace que la Manada se dedique a las tareas pendientes dentro del Cubil. Oigo el repiqueteo de un artefacto que maneja la Gran Hembra uniando unos trapos con otros, los golpes que produce el Pequeño Jefe al jugar con Terra, el gruñeteo de Kika en el cubil de su ama y... ¡Cómo no!, la eterna música que sale de la boca de mi Amigo mientras mira un montón de papeles pintados que los humanos llaman «libros».

—«¿Qué haces con el collar en la boca, muchacho?».

—Quiero salir al bosque, Jefe.

—«Hace frío Roco. Observa el vuelo del grajo y el temblor del Pino. De todas formas tu pata necesita ejercicio... ¡Vaaamos!».

Embutido mi amo en una gruesa zamarra que huele a oveja, con su palo en la mano y sus recias botas de guerrero untadas en grasa de caballo, me recuerda la figura de un amo de cabras que pasa de vez en cuando por las cercanías del Territorio.

Con el zurrón oliendo a fruta y el frío metal que siempre porta, hemos comenzado el ascenso por el bosque que tan bien conozco. Ahora es él quien tiene que andar lento para que yo pueda seguirlo. El tintineo del colgante que me regaló el padre del Cachorrito le indica mi ritmo de

avance.

—«¡Estás viejo, Gordo!».

—Ya verás cuando sane mi pata. Nunca podrás alcanzarme.

Mi Jefe es un hombre de costumbres fijas. Hemos terminado, como siempre en el calvero de la Gran Roca. Parece que es su sitio preferido. Se sienta en el suelo, echa humo por la boca y se dedica a observar las evoluciones de los pobladores del bosque.

—«¡Canta Roco!».

Mientras él comienza a emitir «música», de mi boca ha partido el aullido que siempre hace las delicias de mi manada.

«Viejo Truco: responde con tus lamentos si es que oyes a Roco el pastor. El viento del Norte no trae tus efluvios y, de la Vaguada del Oeste no sale tu gruñido. Estoy con mi amigo y él te recibirá. ¡Ven a cantar con nosotros!».

El final de mi canto ha tornado la actitud del Jefe en otra de tristeza. Después de ordenarme sentar, ha acariciado mi cabeza.

—«Sé a quién cantas, compañero. Echas de menos a tu amigo, el perro cimarrón. Él ya no vendrá cuando yo le llame. Las nevadas han acabado con su vida. Durante el Otoño lo he alimentado y le he proporcionado medicinas, cuando enfermó. Incluso traté de llevarlo al Territorio para que mi mujer lo atendiese pero no quiso seguirme hasta el valle, no quiso encariñarse otra vez con los humanos. Ayer lo enterré en la Solana del Este».

El concepto de muerte para nosotros los de mi especie es distinto en la concepción, que para los humanos. Ellos lloran y se entristecen, los perros simplemente «echamos de menos».

—Él no tenía nada que le hiciera vivir Jefe. Se había asilvestrado. Su hembra, Rira, ya no existe, y su manada humana lo abandonó.

—«Era un lobo solitario Roco, desterrado y enfermo. Ahora descansa en paz en el Territorio de Siro».

La melancolía me ha hecho cantar largo rato canciones de despedida a mi viejo amigo Truco, hasta que mi amo respetuoso con mis sentimientos y creo que para consolarme, ha roto su silencio.

—«¿Quieres que te hable de tus antepasados los lobos?».

La mirada fija en la suya, la boca cerrada, y mis enhiestas orejas han dado al Jefe la respuesta que esperaba. No he perdido una sola palabra de su monólogo. Habla con el entusiasmo del amante de «los que no pensamos». A veces creo que se identifica con el viejo macho Dominante, a veces con el cachorro y otras con un humilde perro como el suyo.

—«Hace varios millones de años aparecieron en el Planeta unos animales que los hombres dimos en llamar *Canis lupus*. Perteneían a tu misma especie y fueron los padres de todos los lobos. Aún hay quien dice que tu raza es una descendencia directa de aquellos especímenes aunque, esto Roco, no deja de ser mas que una leyenda. La verdad es que vosotros y ellos lleváis la

misma sangre y pertenecéis a la gran familia de los Canes. Todavía no sabemos quien se acercó primero al otro: el Perro al Hombre o al revés. Lo cierto es que entre ambos nació una amistad y una simbiosis que, en el devenir de los tiempos, hizo que el Humano considerase al Perro como su animal predilecto de compañía. Por otra parte, los lobos siguen en estado salvaje, pero eso no quiere decir que no puedan ser domesticados por nosotros. El hombre que entiende a los animales sabe que intercalándose en la jerarquía de la Manada puede conseguir que, hasta los machos dominantes, le obedezcan. En ese momento, el Lobo se convertirá en un buen amigo de su Jefe».

—¿Por qué cantan como yo?

—«Al revés, Roco. Tú eres el que canta como ellos y, debo decirte que, por más que insistas, hay perros que nunca te acompañaran en tus canciones. Los lobos cantan a la Luna, a sus hembras, a su manada, celebran el nacimiento de una camada, se llaman para aparearse, para cazar, comer... Cantan a la vida».

—¿Muerden a sus hembras como lo hace Roco, el Pastor?

—«Sí, amigo, pero con el mismo cariño con que lo haces tú, o con el que yo educo a mis cachorros, sintiendo más los golpes en mi corazón que ellos en su duro pellejo. Ayer mordiste a Terra por intentar apropiarse de tu comida. En realidad, no pasa nada si te la quita porque mi mujer te habría dado otro plato, pero tú debes imponer la Ley que el Creador inculcó en tu alma colectiva. Todo está muy bien ordenado en la Naturaleza y pienso que cuanto menos me entrometa en vuestra Ley, más fácil te resultará adaptarte a la mía».

—¿Tú peleas también, Jefe?

—«¡Claro que sí Roco! Todos los días desde que me hice adulto, pero no en la forma en que tú crees. Peleo para traer el sustento a mi familia, para que otros humanos no traten de imponer la injusticia, para educar a mis cachorros en nuestra Ley y, de vez en cuando, para demostrarme a mí mismo que no soy demasiado viejo. Esta lucha física la practico cada vez menos. La última vez, mi adversario me rompió un brazo y dos costillas. Medí mal mis fuerzas y él resultó ser mejor deportista que yo».

—¡Mira Jefe, un humano volando con un trapo!

—«Los hombres no volamos, simplemente nos deslizamos por el aire en un chisme en el que hasta tú volarías».

—¿Tú sabes hacerlo? Un día dijiste que, por más veces que lo haces más miedo te da.

—«¿No estás hoy demasiado curioso, perro?».

Después de acariciarme la cabeza, el Jefe ha dado la voz de marcha mientras que mi entumecida pata trata de desacalambrarse, y mi fino olfato detecta el olor de la escudilla en el Territorio.

—«¡Vamos con las hembras! Te cogerán celos y no te dejarán vivir».

—Kika, he tenido una charla con el Jefe. Sé muchas más cosas que antes, pero una de ellas has de explicármela tú. ¿Cómo es posible que sea una dominante como yo una vieja y pequeña Griffona?

—Trabajo me cuesta Roco, el mantener mi lugar en la Manada. Todos los días debo adoptar posturas de dominancia cuando me encuentro entre las Pastoras. Tana y Terra siguen viendo en mí a su maestra, pero el día en que tengas que intervenir para que no me destrocen está cercano, querido cachorro.

—Me estás poniendo de mal humor, vieja chacal. Hace unas lunas dijiste a tu Ama que te quedaban pocos inviernos, ahora que te van a despedazar mis hembras.

»¡No hagas mas profecías, condenada! Vamos donde el Jefe hace «música». La gran Hembra está cantando con él y seguro que allí se te olvidan esos pensamientos tan tristes.

Cuando toda la Manada se ha concentrado junto al gran artefacto que maneja el Jefe, los humanos han entonado una canción que habla de otro hombre que pretendía morir junto a la hembra que quería. Yo he hecho, de inmediato, que mis hembras canten otra muy distinta.

«Hoy canto a mi Maestra, a la que nunca he cantado. Se siente vieja y cansada pero, aunque no sea de mi nombre, es la dominante de mi manada. Para acabar con ella antes hay que hacerlo con Roco y su Jefe. Sola mente él podrá llevarla junto a Truco, al Territorio de Siro. Respetad, perros de mi Especie, a la hembra mas sabia de las que el Gran Alguien creó».

Al parecer la canción ha provocado en Kika un profundo sentimiento, expresado en un escueto y seco gruñido:

—¡Gracias, perro Alfa, me encuentro mejor!

—¿Por qué me llamas Alfa, en vez de Roco?

—En el lenguaje del Jefe, un Alfa es el dueño indiscutible del Territorio. Yo te crié para que lo fueses. Aquel pequeño cachorro que trajeron los humanos al Valle hoy es el orgullo de mi manada. ¡He terminado mi misión de hembra sin hijos!

... Y Kika marchó al Territorio de Siro.

Desde que la Vieja perra me entregó la supremacía absoluta del Territorio, una conducta extraña se apoderó de ella. Antes comía con toda la manada, y ahora lo hace sola, en su cubil y siempre, en presencia de su dueña. Prácticamente ya no me instruye en ninguna de sus habilidades y no consiente que ningún otro animal, excepto yo, la contemple mientras duerme.

—Vieja amiga: ¿te encuentras bien como siempre?

—No, Roco. Ya no puedo acompañaros en vuestras correrías, cada vez me duele más el cuerpo y, aunque digas que todo esto son profecías de vieja gruñona, sé que mis días se acaban.

—Kika, ayer vi como el Jefe te llevaba a «el que cura», y volvía con aire satisfecho de la visita.

—¡Buen humano el amigo del amo! Pero a veces también se equivoca. Solo yo sé que estoy terminando la feliz estancia en la Manada del Valle. Mis ojos ya no pueden percibir la presencia

de mis seres queridos, las patas apenas si me sostienen, y los paseos con mi Ama ya se han vuelto una tortura. Solo me queda una cosa por enseñarte, amigo Roco, a morir con dignidad. Y ahora, ¡márchate de mi cubil!

Los días del incipiente Invierno pasan lentos en mi ánimo de consagrado Dominante. La ausencia de Kika en nuestros juegos hace que el buen talante de antaño se troque en mal humor constante. Ya no canto a la Luna en los bancales del Sur, sólo espero el juego con el Jefe, y el rato en que la Vieja perra me admite en su cubil.

—¿Te acuerdas, Roco, cuando nos perdimos en el Valle, y el Jefe dio con nosotros? Entonces te enseñé a leer en el viento.

—¿Recuerdas, Kika, cuando atacé al humano que te golpeó? Me enseñaste, con tu valor, a desarrollar el mío.

—¿Serías capaz de cantar la primera canción que salió de tu garganta cuando eras sólo un cachorro?

—Recuerdo todas las que me enseñaste.

Las conversaciones en el cubil de mi maestra me entristecen cada vez más. Cuando introduzco la cabeza por la puerta y me autoriza a entrar lo hace sin levantar siquiera la cabeza. Sus ojos cerrados indican que solo advierte mi presencia por su gran instinto de perra vagabunda y superviviente.

Cuando le he llevado hoy un trozo de carne que se le ha quemado a la Gran Hembra, ni siquiera ha tratado de olfatearlo. Sus escondidos ojos ya no parecen ver.

—¡Tana, Terra, mi maestra nos abandona!

Hoy ha salido un suave sol invernal casi incapaz de penetrar la niebla formada en la cabecera del Valle. Desde que el pájaro Curro tuvo descendencia, el Jefe me obliga, por razones de seguridad, a dormir en la cueva donde guarda el coche, junto a ellos. Los tiene encerrados porque, al parecer, volarían de estar en libertad.

—Curro: el Jefe me ha ordenado proteger a tu manada de los gatos asilvestrados, y de la culebra que ronda el bancal de las tortugas. Lo haré con mucho gusto pero ¿serías capaz de contestarme a una pregunta? ¿Acaso no vives bien en el Territorio? ¿Serías más feliz si volases libre entre los árboles del bosque?

Un largo y potente trino del pájaro parece responder al interrogante lanzado.

Mientras reflexiono sobre la vida de los pajarillos del Jefe, aprovecho para estirar mi entumecida musculatura y dirigirme al bancal del Suroeste para «marcar» el Territorio.

—¡Roco: el Jefe y la Cachorra se llevan a Kika!

El grito de Tana me ha sacado del ensimismamiento y, antes de darme cuenta, me he encontrado en la terraza del Noreste. Mientras el Jefe corre precipitadamente a sacar el coche de la cueva de Curro, la Cachorra lleva en brazos a mi vieja maestra en dirección a la verja. De sus ojos caen a raudales las lágrimas, que los humanos sólo derraman cuando un fuerte dolor interno les atenaza. Restriega su cara contra el hocico de la perra en un vano intento de infundirle la vida

que se le escapa a chorros.

Me he acercado a ellas y, con el respeto al que me acostumbró la vieja Kika, he lamido su cara descubriendo los ojos que el pelo siempre tapó.

Ya no están negros y chispeantes como siempre. Ahora su opacidad hace presagiar la proximidad del último aliento.

Con un quedo gruñido se ha despedido de mí:

—¡Adiós, viejo amigo! ¡Cuida de tu manada y de nuestros humanos!

Después todo ha sucedido muy rápido. El coche ha partido a toda velocidad en dirección a la ciudad. La gran hembra y su hijo han permanecido todo el día al lado del artefacto que se ponen en la oreja.

Mis perras y yo nos hemos tumbado a su lado, presintiendo la tragedia.

A media tarde el artefacto ha sonado. La Gran Hembra ha comenzado a sollozar mientras nos acaricia con inusitada ternura.

¡Nuestra Kika ha muerto!

Tana ha ido inmediatamente al cubil de la Cachorra y, mientras reptaba acercándose al vacío rincón, su cola se mueve en señal de sumisión hacia la ausente hembra dominante.

La perrilla Terra no acierta a comprender sus ausencia del Territorio y yo, lo acepto porque es la Ley, pero el sentimiento de «echar de menos» se ha apoderado de mí con tanta intensidad, que he buscado el sitio en que la vieja Kika me hizo cantar por primera vez y, a la puesta del sol, he aullado con toda la potencia de mis pulmones:

«Escuchad, criaturas del Valle, la voz del triste pastor que perdió a su maestra. Ella ha marchado del Territorio para ir al de Siro, el macho de perdiz que corteja en la solana del Este. Ya no volveréis a escuchar su voz de chacal, pero oiréis todos los días la de Roco, y la de los hijos de Roco, y la de los hijos de sus hijos».

Entrada la noche han regresado al Territorio el Jefe y su Cachorra. Al meter el coche en la cueva de Curro, me he lanzado sobre la dueña de Kika. Parece mas débil y afectada ante la situación. La he lamido profusamente secándole las lágrimas que corren por sus mejillas como el río del Valle, mientras ella me abraza tratando de sustituirme, por un momento, por la compañera de tantos y tantos años.

Los he acompañado hasta la chimenea donde todos serios y tristes, tratan de consolarla con palabras de cariño y promesas de nueva perra.

Pero la dueña de mi maestra solo quería a su vieja Kika. Cuando el Jefe la llevó a casa ella era tan solo una niña que empezaba a vivir, y descubrió parte de su entorno en la eterna compañía de su perra. Ahora es una hembra adulta que ha perdido a un ser querido, y su dolor es más serio y profundo. Contempla el rincón en el que Kika dormía, y las lágrimas en sus mejillas indican la reciprocidad del cariño que existía entre ambas.

He buscado a mi amo para tratar de evadirme del sentimiento de pesar que me embarga. Lo he

encontrado en la terraza del Norte con la mirada perdida en el bosque colindante. Como en todas las situaciones difíciles, echa humo por la boca chupando un palo que arde por un extremo.

—Jefe: ¿Llevaste a Kika a la solana del Este?

—«Ya sabes que sí. Allí descansarán al sol los ateridos huesos de la Vieja perra, junto a los de tu amigo Truco».

—¿Estás triste, amo?

—«Roco: Yo he perdido muchos perros. Desde pequeño he disfrutado de vuestra compañía pero, al ser el Perro menos duradero que el Hombre, he visto morir a Wolf el alobado, a Palomo, el blanco labrador, a mi amigo Sigfrid el pastor, a Guaqui el caniche y ahora, a mi querida Kika, la vagabunda griffona. Tampoco te miento si te digo que ella ha sido para mí una perra muy especial y por eso, sí estoy triste Roco, muy triste».

La noche es fría. El viento del Este trae los efluvios del bosque de pinos... ¡Cuántos recuerdos encerrados entre sus árboles! Allí está la Gran Peña donde el Jefe medita, debajo del viso el cubil de Ladin el zorro gris, al Sur el revolcadero de Talú el jabalí de afilados colmillos y al Este, el territorio de Siro. Cuando Truco murió, el Jefe lo llevó allí y Kika profetizó que ella pronto le acompañaría.

Ahora ambos están juntos. Donde el macho de perdiz corteja a la hembra. En la solana del Este.

EPÍLOGO

El Otoño y el Invierno han sido crudos en el Valle. Muchos animalillos han muerto entre ventisca y nevada. El pajarillo Curro voló... ¿O lo solté yo? No me acuerdo. A mis casi tres años de vida soy capaz de eso y de mucho más.

La esplendorosa Primavera ha reventado hoy en música de naturaleza empañando el amanecer.
—«¡Roco: mira a ver que pasa!».

Después de mi ronda me he dirigido al cubil de Tana, construido hace poco, en los Bancales del Sur. La hembra duerme apaciblemente mientras su vientre se agita en plena ebullición.

Una bola pequeña y negra ha salido de entre sus patas y, mirándome con unos ojos que aún no ven, me ha olfateado:

—¿Quién soy? ¿Dónde he venido a parar? ¿Quién eres tú?

—Eres un perro de Pastor alemán, nacido el primero de la camada. Soy tu padre, y tu madre es Tana. El Humano te ha nombrado Sigfrid. Estás en el Territorio del Valle, con muchos perros de tu nombre, y el recuerdo de tu abuela Kika, y yo soy... para la Manada: el Jefe; ante los ojos de mi amo: su amigo; para ti: el hijo de Arthur y, para el Gran Alguien... solamente un perro, al que el Humano llamó Roco.